



IMPERFECTA

RARA AVIS

M.C. Gómez



IMPERFECTA

RARA AVIS

Por: M.C. Gómez

Título original: *Imperfecta Rara Avis*

© M.C. Gómez, 2017

Diseño de portada: Maribel Caparrós Gómez

Fotografías de portada:

© Zach Damberger/ Pexels

© Sylvain Reygaerts/ Pexels

© Frank McKenna/ Pexels

TABLA DE CONTENIDO

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[EPÍLOGO](#)

PRÓLOGO

Detuvo el coche en donde le fue posible, el tráfico en hora punta siempre le fastidió más de lo necesario. Ella se sentó a su lado.

—Hola guapo, siento haberte hecho esperar tanto rato, pero ahí arriba son de la Gestapo por lo menos.

—No será para tanto, anda vámonos que no estamos en un buen sitio y me multarán.

De pronto una mujer cruzó por delante de su coche, atractiva pero no excesivamente guapa, de figura perfecta y paso firme, emanaba seguridad por todos los poros de su piel. Caminaba a paso ligero, pero aunque solo fue un segundo, consiguió captar su esquiva mirada.

«No eres lo que quieres que los demás vean», pensó para sus adentros.

—¿Conoces a esa chica? —preguntó él fascinado.

—¿Quién?, ¿esa? —preguntó ella señalando con el dedo y luego añadió. — Nadie, no te gustaría conocerla, créeme.

Arrancó el coche, pero ese día, el siguiente, el otro y todos los de más allá, no consiguió quitársela de la cabeza.

CAPÍTULO 1

Me llamo Daniela Wolf, soy la directora financiera de Claiser Ibérica, una empresa que fabrica y distribuye productos que prometen dejar tu hogar limpio como una patena, otra cosa es que eso sea cierto.

Soy una trabajadora incansable, mi vida es trabajo, más trabajo y si me sobra tiempo, me dedico a trabajar. Elia, mi mejor amiga y la recepcionista de la empresa, siempre me dice que moriré sin conocer el amor y aunque me enfado muchísimo con ella, pienso para mis adentros que tiene toda la razón. Hace siglos que no tengo una cita.

Hace tiempo que la fecha de mi documento nacional de identidad es algo que pienso dos veces antes de mostrar, estoy en los últimos coletazos de la treintena. Pero en realidad, ¿para qué quiero complicarme la vida? Con lo bien que estoy yo soltera, sin dar cuentas a nadie, haciendo cuanto me place y llorando a moco tendido cuando veo películas en las que todo el mundo está enamorado y feliz de la vida. Sintiendo envidia de la mala el Día de San Valentín porque a mis compañeras les regalan rosas, las invitan a cenar y les hacen proposiciones matrimoniales de novela romántica con hincar de rodilla incluido por parte de los muy galantes enamorados. Lo siento, pero para no pensar tengo que seguir trabajando, escalando peldaños, llegando a ser la mujer más dura de la empresa, algo que me he ganado con mi lucha diaria y todo el esfuerzo del mundo. No necesito a ningún hombre para sentirme realizada, y eso lo tengo muy claro.

Suena el despertador, no sucumbo a la tentación de atrasarlo cinco minutos más, eso no es para mí, soy la mujer de hierro. Me levanto de un salto y me dirijo al cuarto de baño para darme una ducha rápida alternando el agua caliente para abrir los poros y luego la fría para cerrarlos, hay que hacer las cosas bien.

Abro mi impoluto vestidor lleno de trajes de chaqueta prácticamente iguales, Elia dice que mi armario es lo más aburrido que ha visto en su vida, monótono, escrupulosamente ordenado, sin color, sin polillas, sin nada que dé

la nota, así soy yo, la mujer perfecta.

Arranco mi coche, un Mini blanco que siempre tengo como los chorros del oro, trabajo en una compañía que fabrica productos de limpieza, sería muy raro que estuviera sucio, ¿o no?

Me dirijo al trabajo por la autovía A-7, siempre respetando los límites de velocidad, con las dos manos en el volante, nunca cojo el móvil mientras conduzco, no es legal. Y puedo presumir de ser la persona española con más puntos en el carné de conducir.

Hago mi entrada triunfal en la oficina, todo el mundo se calla cuando yo paseo mis ruidosos tacones por el reluciente suelo de mármol. Sé que hablan de mí a mis espaldas, pero eso es algo que no puedo evitar, al fin y al cabo, soy la jefa de mi departamento. Y, ¿quién no ha despotricado de su jefe a la espalda alguna vez?, yo no, claro está, pero la gran mayoría humana sí lo hace, puede que por ello sea un bicho raro, pero no me gustan los cotilleos ni hacerle un traje a nadie, las cosas a la cara.

No siempre fui así, en mi adolescencia era una chica rebelde y alocada, pero todo ello me pasó factura y con los años, cultivé mi personalidad, aprendí que el esfuerzo y la superación eran las claves del éxito, pero a cambio de todo ello perdí algo, la niña que un día fui, esa que era feliz en su barrio, jugando con sus amigos, ensuciándose en los charcos, llegando a casa descalabrada día sí día también, a veces que creo que perdí mi alma, o se la vendí a alguien que la codiciaba. A veces, algo dentro de mí me dice que no soy feliz.

CAPÍTULO 2

Hoy es un día importante, mi jefe se jubila y su hijo ocupará su lugar a partir de ahora, hoy es la «presentación en sociedad». La verdad es que una persona joven y sin experiencia demostrable ocupe un cargo así en una empresa de la envergadura de Claiser me irrita, pero, donde manda capitán, no manda marinero y como empleada fiel que soy, aceptaré lo que venga.

Todo el personal de oficinas está reunido en el salón de actos. El señor Claiser se sube al atril y comienza a hablar, de pronto todo se silencia a mí alrededor, no puedo creer lo que ven mis ojos, es el hombre más impresionante que he visto en mi vida. Alto, ojos verdes, pelo castaño, facciones perfectas, porte elegante, sencillamente me he quedado de piedra y en mi momento de obnubilación no me doy cuenta de que el señor Claiser me ha llamado para que acuda junto a él.

—Señorita Wolf, ¿le ocurre algo?

—No, disculpe. —Y me acerco al atril intentando que no se note mi momento de flaqueo hormonal.

—Señorita Wolf, estoy seguro de que usted hará un magnífico equipo con mi hijo Carlos, ambos son un modelo de perfección, perseverancia y ambición. Creo que se entenderán muy bien y harán que esté orgulloso de Claiser hasta el fin de mis días.

Carlos me clava sus grandes ojos verdes, intento no mirar, pero es imposible, hay algo en la mirada de este hombre que me hipnotiza. Pensaba que era una mujer dura, creía que a mí no me iba a pasar, pero creo haber caído donde no debía, creo que me he enamorado.

Pasan los días y cada vez paso más tiempo con Carlos, nuestra relación es estrictamente profesional, pero las miradas nos traicionan, sé que siente lo mismo que yo y muchos días tengo que hacer de tripas corazón para no flaquear, para no declararme a este dios griego. Me repito una y otra vez, Daniela sé fuerte, no te líes con él, no demuestres lo que sientes, pero el fuego

de mi interior me traiciona una y otra vez, simplemente no puedo más y sin más dilación después de remojar mi cara en el lavabo, me armo de valor y entro en su despacho cual huracán. Ahí lo encuentro de pie, tan guapo, tan elegante, tan perfecto. Me acerco a él con decisión y lo beso. Él corresponde a mi atrevimiento, y ahí, pierdo el norte, el sur, el este y el oeste. Simplemente, me pierdo a mí misma en los labios de Carlos Claiser.

CAPÍTULO 3

1 año después

Dentro de dos meses y unos días me caso, debería estar contenta, todo está como a mí me gusta; perfecto, pero, por alguna extraña razón que desconozco siento que me falta algo. Algo que no alcanzo a entender. Mi relación con Carlos va viento en popa. Miro el anillo de compromiso de diamantes que me regaló el día que me pidió en matrimonio. Aún recuerdo con nostalgia ese momento. Carlos de rodillas en un selecto restaurante de París. Yo vestida y peinada al estilo Audrey Hepburn en Desayuno con Diamantes. La felicidad completa, el clímax, algo que antes solía eludir trabajando incansablemente.

Pero ¿por qué si mi vida es tan perfecta y me va tan bien siento un vacío tan grande en mi interior?

—Tranquila Dani, son los nervios normales de la boda, ya verás que cuando te cases se te pasa. —me dice mi amiga Elia intentando animarme.

Pero aunque cada día me digo a mí misma, las mismas palabras que me repite ella, no sueño convincente.

A decir verdad, desde la pedida de mano de Carlos todo ha cambiado radicalmente, no sé qué me ha pasado, pero cada día lo siento más lejano, más frío, más calculador. Es como si estuviera viendo un reflejo de mí misma en él y no puedo con tanta planificación. Si hasta ha decidido los hijos que tendremos, cuándo los tendremos y el sexo de los mismos. Parece que se sienta por encima de la naturaleza, es como si se creyera un dios omnipotente que todo lo puede. ¿De verdad soy yo así?, quizás ahora comienzo a comprender a todas esas personas que no me pueden ni ver. Carlos es un buen hombre, pero estoy empezando a pensar que la perfección no existe, ya que Carlos tiene un defecto de fábrica, creo que nació sin corazón.

Por la mañana, mientras repaso unos extractos bancarios, alguien posa su mano en mi hombro. No puede ser otro, es Carlos. ¿Por qué nunca se acerca y me abraza sin más, o me hace la típica broma de taparme los ojos? ¿Por qué siempre es tan correcto? A lo mejor estoy volviéndome paranoica, pero mi ansiedad crece por cada segundo que paso a su lado y veo su fría mirada color

esmeralda, sí, esa mirada que antes me enloquecía.

Cuando Carlos vuelve a su oficina y después de haber mantenido una conversación completamente templada acerca de dónde colocar a nuestras familias en el banquete; me quedo sola en mi despacho. Me dirijo al gran ventanal que ofrece unas vistas impresionantes de La Rambla y el Balcón Mediterráneo. Veo un avión cruzar el cielo, y fantaseo con ser una de sus pasajeras, me gustaría desaparecer, irme a un lugar donde pueda pensar, donde la relación monocrorde que mantengo con Carlos Claiser no sea un impedimento para poder respirar.

Entonces noto que el aire me falta, que me ahogo, que necesito salir de mi templo, de la empresa que antes era mi reto diario y ahora se ha vuelto mi cárcel personal. Cojo el bolso y me dirijo al aparcamiento subterráneo. Me subo a mi pequeño coche y abandono el centro de Tarragona sorteando semáforos y coches por doquier. Me dirijo a la Vía Augusta, la recorro hasta llegar al final y luego, no sé cómo, me pierdo en unas callejuelas de la Vall de l'Arrabassada. No entiendo como después de los años que llevo en Tarragona me puedo perder en la misma. Entro en un puente de piedra, no hay salida, han puesto unos pivotes de cemento y una cadena. Los observo como anonadada, representan a la perfección lo que es ahora mi vida, un bloqueo total. Paro el motor del coche, apoyo mi cabeza en el volante y las lágrimas brotan de mis ojos, la rabia se apodera de mí y golpeo el volante repetidamente. Luego me incorporo y me quedo mirando a la nada hasta que todo se desdibuja a mí alrededor.

—¿Cómo he llegado aquí? —me pregunto en cuanto abro los ojos y veo que estoy sentada en la mesa de lo que sin duda es una cafetería.

—¿Perdona? —dice una voz desconocida tras de mí; una voz masculina que me transmite con solo una palabra toda la paz del mundo.

Me giro y veo a un chico más o menos de mi edad, vestido de modo informal y de apariencia desenfadada. No es ni alto ni bajo de estatura, moreno de piel y con el pelo un poco más largo de lo debido. Su cara es simpática, aunque no es el chico más guapo del mundo. Lleva un delantal blanco, por lo que deduzco que es un empleado de la cafetería; que está solitaria, a decir verdad soy la única clienta de ese curioso lugar. Los techos son altos, las paredes forradas de madera color wengue a media altura y el

resto pintadas de color melocotón y plagadas de cuadros de lugares fantásticos que nunca visité, ni conocí. Las sillas y las mesas también son de madera muy oscura, el suelo es antiguo, casi diría que de antes de la guerra civil. De unos listones que atraviesan el techo de punta a punta cuelgan lamparitas de Tiffany. La verdad que no es el ideal del buen gusto, pero el lugar es muy acogedor, casi mágico.

—¿Dónde estoy? —digo a sabiendas que este hombre debe pensar que estoy loca.

—Estás en el Café Canalla.

—¿Café Canalla? ¿Pero qué clase de nombre es ese para una cafetería?

—¿Por qué no?, tiene su punto y siempre hay un motivo para todas las cosas.

Pongo los ojos en blanco, pero luego intento hacer callar a la arpía controladora y perfeccionista que hay en mí, que no hace más que decirme lo estúpida que soy por haber acabado en semejante lugar sin saber cómo demonios he llegado hasta él.

—Por cierto, se le va a enfriar la infusión que le he preparado.

Miro a la mesa y ahí veo una preciosa taza pintada a mano con su platito a juego y dos caramelos en forma de violeta. Pruebo la infusión, todavía está caliente, no sé qué es, pero su sabor es muy agradable.

—Es una infusión de violetas, le sentará bien.

—Señor, ¿cómo se llama?

—¿Señor?, por Dios, que no soy tan mayor, mi nombre es Júpiter.

—Ah... Júpiter —Y no puedo disimular el desconcierto en mi expresión, pero por suerte, la risa me la aguanto como buena represora de sentimientos que soy—. Pues, señor Júpiter, no quiero ser maleducada pero tengo mucha prisa, dígame que le debo, es muy tarde y ya tendría que haber vuelto a la oficina.

—Tranquila, invita el Canalla.

—Insisto, dígame cuanto es.

—No te preocupes, ha sido iniciativa mía, te vi entrar tan afligida, llorando e hiperventilando. No pude menos que intentar ayudarte.

Me avergüenzo de mi comportamiento, es más, no me acuerdo de nada, yo estaba en mi coche, es algo que no puedo controlar, y yo no puedo sentir que pierdo el control, soy yo quien maneja los hilos, quien dirige mi cuerpo, mi mente, mi alma, no puede ser que esas tres cosas vayan a su libre albedrío sin pauta.

Busco mi bolso, pero no lo tengo. Intento levantarme pero me siento mareada y pierdo el equilibrio. Júpiter me agarra a tiempo para que no me caiga al suelo y me mira a los ojos. Unos ojos color caramelo tan penetrantes que me hacen apartar la mirada.

—Siéntate un rato más, estás muy débil, las crisis de ansiedad son así.

—Yo no tengo ansiedad, jamás la he tenido.

—Todo el mundo la tiene, la ansiedad es un sentimiento más, simplemente hay veces que puede llegar a convertirse en un gran problema.

—Yo no tengo ese problema.

—No digo que lo tengas, pero deberías bajar el ritmo en tu vida. No te conozco, pero creo que lo que te ha pasado ha sido fruto de un cúmulo de circunstancias que no has podido asimilar.

—Si me disculpa, tengo que volver al trabajo.

—Perdona, no quería ofenderte.

Me levanto con furia y aunque todavía me siento mareada, me marcho de la cafetería indignada.

«¿Quién se cree que es para decirme lo que me pasa? Júpiter, ¿qué clase de nombre es ese?, seguro que es el típico tío que con sus discursos psicológicos se piensa que las féminas caen rendidas a sus pies, que impresentable». Pienso.

Cuando llego a mi coche, que para mi sorpresa está aparcado a escasos metros de la cafetería, hallo mi bolso en el asiento del acompañante y pienso para mí misma que he tenido mucha suerte, no me lo han robado. Jamás me había dejado el bolso dentro del coche, mi amiga Elia sí y solo fueron unos

minutos, suficientes, el ladrón de turno le rompió el cristal y se lo llevó.

De vuelta a la oficina me encuentro con Carlos.

—Pero nena, ¿dónde estabas? Y menuda pinta llevas, anda ve y arréglate un poco, han venido esos clientes de los que te hablé, son muy importantes y ya sabes que en Claiser la imagen lo es todo.

Carlos no me pregunta por mis ojos rojos, he llorado durante todo el trayecto desde el Café Canalla hasta el edificio Atlántico y eso abre un poquito más la herida que ya hace tiempo que sangra en mi interior.

—Dame un par de minutos Carlos, enseguida estoy contigo.

—De acuerdo pero, por favor, no tardes; sabes que nos jugamos mucho con esta operación.

Me dirijo a los aseos con celeridad, allí me encuentro a un par de becarias riéndose y fumando a escondidas. Cuando me ven entrar y se sienten descubiertas intentan esconder los pitillos y un silencio sepulcral se instala en la estancia. Las fulmino con la mirada y las dos chicas abandonan el lugar cabizbajas y pensando de mí quién sabe qué barbaridades, pero, en el fondo sé que soy un bicho raro, la típica estirada que todo el mundo evita en la oficina; bueno, a excepción de Elia, poca gente cruza conmigo más que las palabras justas y necesarias para realizar su trabajo. Intento fingir que no me importa, que todo me resbala, pero en el fondo me gustaría ser como las dos chicas que acaban de poner pies en polvorosa al verme. Me encantaría reírme de todo, tener complicidad con mis compañeros, disfrutar de una relación menos rígida y más imperfecta con Carlos. Quizás hasta me gustaría un trabajo con menos responsabilidad, uno de esos que si un día no puedes venir por cualquier cosa nadie te apedree a llamadas. Hay días en los que me encantaría dejar de ser una *«rara avis»*.

CAPÍTULO 4

El despertador me hace volver del mundo onírico, poco a poco se desdibuja todo lo que he vivido en las últimas horas abrazando a Morfeo. Pero sé que él estaba en mis sueños, el tal Júpiter y el halo de misterio que lo rodea, pero rápido me deshago de esos pensamientos. Es hora de ponerse en marcha, de dirigirme a esa fortificación en la que se está convirtiendo Claiser para mí en los últimos tiempos. Me visto con uno de mis impolutos trajes de chaqueta, me recojo el pelo en uno de mis perfectos moños, me maquillo en tonos tierra, discreta, no quiero parecer una puerta.

Me tomo un café descafeinado y salgo para la oficina. Conduzco por la Nacional 340, mala elección, hay demasiados coches y no quiero llegar tarde. Hoy se firma el contrato con los clientes que según dice Carlos impulsarán a Claiser aún más arriba de donde está. Hace un tiempo hubiera ido como loca, casi emocionada, soy una maga de las finanzas, y me encantan las cifras, el dinero, los logros, el poder; pero, por alguna extraña razón hoy no me importan esas cosas, únicamente quiero meterme en mi despacho y pasarme toda la mañana haciendo algún trabajo repetitivo que permita a mi cerebro evadirse, empiezo a pensar que tengo algún tipo de crisis existencial.

Elia me saluda efusivamente, pero pronto pasa de su habitual expresión risueña a una seria y afligida.

—Pero Dani, ¿qué te pasa?, últimamente me tienes preocupada, yo creo que necesitamos una noche de chicas para ponernos al día.

—No pasa nada Eli.

—Ya, eso cuéntaselo a otra, a mí no me engañas Danielita. —dice Elia señalándome con su dedo inquisidor.

—Es lo de siempre Elia, son solo los nervios normales de antes de la boda.

—No, déjate de historias, ya llevas muchos días con esa cara de perro, con

perdón, pero es la verdad, pareces el perro tristón.

Elia me conoce muy bien, si es que a mí se me puede llegar a conocer completamente, claro; lo poco que exteriorizo lo hago con ella, y no necesito palabras para que Eli me entienda y sepa lo que me pasa. Siempre procuro evitar los sentimentalismos, pero cuando yo he explotado, ella me ha apoyado incondicionalmente y jamás se ha burlado al verme flaquear. Pero aun así, sigo intentando escurrir el bulto, no quiero darle la lata a mi única amiga.

—¿Y bien?, ¿noche de chicas? ¿Sí o sí?

—En fin, eres terrible.

—Así me gusta, a las nueve en mi guarida.

—No, Elia por Dios, en tu leonera no, vente a mi apartamento, hoy Carlos no vendrá de «visita». —digo con retintín.

—No me digas que todavía sigue con la tontería esa de reservarse hasta el matrimonio.

Miro a Elia y no contesto, pero mi expresión lo dice todo.

—Sabes niña, yo así no tendría solo cara de perro tristón, sería más bien como un rottweiler salido y muy malhumorado.

—No es solo eso, son más cosas... —digo notando las lágrimas intentando salir de mis ojos.

De pronto suena el teléfono y Elia tiene que cogerlo, me ha salvado la campana, pero ella me hace un gesto para que no me mueva del sitio, niego moviendo mi cabeza a ambos lados y le hago señas para que dejemos nuestra conversación para después. Otra vez me derrumbaré frente a mi fiel amiga y es algo que no quiero, no le deseo amargar la noche del viernes.

La firma del contrato se produce sin apenas contratiempos y digo sin apenas porque me he quedado en blanco cuando tenía que intervenir yo con mis estados de cuentas y mis cifras mágicas. He vuelto a pensar en ese ser desaliñado y en su Café Canalla, no sé qué me pasa, vuelve a mi cabeza una y otra vez, todo fue tan surrealista que se ha convertido en un pensamiento cíclico que da vueltas en mi cerebro como si de una rueda para roedores se tratara.

—Señorita Wolf, exponga.

—Ay, sí, disculpen, estaba terminando de repasar unas cifras. —Me excuso intentando no parecer una calamidad y al otro lado de la mesa Carlos me mira con desaprobación.

Cuando salimos de la sala de reuniones y después de que todo esté atado y bien atado, Carlos me mira y me hace un gesto para que entre a su despacho.

—¿Se puede saber que te ha pasado nena? —pregunta sin poder disimular su enfado.

—Nada Carlos, ha sido un pequeño lapso.

—¿Pequeño Daniela?, has estado todo el rato en la luna de Valencia, estabas ausente, dispersa. Sabes lo importante que es este contrato para la empresa, para nosotros. Es nuestro futuro y el de nuestros hijos, sabes de sobra que en los últimos tiempos Claiser no nada en la abundancia, y tenemos que hacer lo posible para solucionarlo.

—Lo sé Carlos, lo siento, no volverá a pasar.

—Daniela, no me vale con eso, necesito que no pase, te necesito al cien por cien, si hay algún problema prefiero que me lo digas, sabes que puedes confiar en mí.

—Sí, lo sé.

—¿Qué te pasa?

—Nada Carlos, es solo el nerviosismo de la boda.

—No te preocupes nena, ya verás que todo irá bien, pero necesito que te calmes, mira, si quieres mañana podemos escaparnos a Prades.

—Como quieras.

—Solo si tú quieres nena.

—Claro que sí, iremos a la casita de tus abuelos.

—Ya sabes que para mí es muy especial.

—Lo sé Carlos. —Y esto lo digo forzando una sonrisa que no me creo ni yo.

Carlos y yo no salimos mucho, de vez en cuando y para desconectar, nos vamos a la pequeña casita que tiene Carlos en Prades y que fue de sus abuelos. A decir verdad, me encanta el lugar y el precioso pueblo. Quizás me venga bien un fin de semana de desconexión y para reencontrarme con el hombre con el que me voy a casar.

Elia llega a casa media hora tarde como es habitual en ella. Ya no le digo nada, cuando me dijo la hora en la que quedábamos mi cerebro automáticamente la cambió a esa media hora más. Ella es así, tan contraria a mí y a la vez tan fascinante. Eli es feliz en su caos ordenado como ella lo llama. Su casa es una verdadera pocilga, ella lo reconoce y yo no tengo pelos en la lengua. No es suciedad en sí lo que hace a su pequeño apartamento un lugar claustrofóbico, es su desorden caótico con el que soy incapaz de lidiar. Aun así, Elia no le da tantas vueltas a las cosas como yo, ella es un espíritu libre que vive el momento.

Elia y yo empezamos el mismo día a trabajar en Claiser, quizás eso nos unió desde un principio, tan diferentes pero tan leales la una con la otra. Me encanta que sea mi amiga, lo de su caos personal me trae sin cuidado, para mí es una de las personas más importantes de mi vida.

—¡Hola petarda! —Me saluda Elia con efusividad—, Ay, ay, ay... ¿Todavía con esa carita?, no te preocupes Dani, que traigo algo que te hará olvidarte de todas tus pajas mentales.

—¿Eso qué es? —le digo a Elia cuando veo el contenido de la bolsa de papel que trae debajo del brazo.

—Esto es el remedio a todos tus males, mira. —Y extrae de la bolsa una botella de *whisky* de una marca desconocida para mí, y probablemente para el resto de la humanidad.

—Pero ¿no pretenderás que me beba eso?

Elia sonrío y me guiña un ojo.

—No pienso emborracharme y menos con *whisky* de dudosa procedencia, ni se te ocurra insistir, no, no y no lo haré...

Dos horas después...

—Elia, ahora no dejes de pensar en ese canalla y en su antro de mala

muerte. —digo arrastrando las palabras, estoy como una cuba.

—Pues vuelve a esa cafetería, y dile... ven «pacá» que me vas a quitar las telarañas del chichi.

Ambas nos reímos y no dejamos de decir tonterías, pensaba que sería una noche de llorar a moco tendido, pero por raro que parezca esta noche me ha salvado una botella de *whisky* de poco más de tres euros. Lo terrible de todo esto es que mañana en cuanto me levante volveré a mi agujero negro personal. Elia lo ve muy fácil, no puedo presentarme delante de Júpiter y abrirme de piernas sin más. No es eso lo que pretendo, solo quiero saber el porqué de no dejar de pensar en ese extraño lugar y en su camarero.

Cuando nos cansamos de decir burradas, ambas nos quedamos dormidas sin darnos cuenta en el salón.

Por la mañana me despierto con un dolor punzante en la cabeza, Elia se ha marchado y me ha dejado una nota.

«No quería despertarte, me he marchado, tengo comida familiar, nos vemos el lunes, no te olvides de ser más CANALLA».

Y sonrío sin poder evitarlo al leer su post-it.

De pronto oigo las llaves y la puerta de mi piso se abre, es Carlos.

—Pero nena, ¿qué haces todavía así?, he venido porque llevo toda la mañana llamándote y no me coges el teléfono.

—¿Qué hora es? —le pregunto confusa.

—Son cerca de la una del mediodía.

No me lo puedo creer, he dormido de un tirón y he perdido la noción del tiempo. Alcanzo mi móvil y veo que está silenciado, hay como veinte llamadas, la gran mayoría de Carlos, el resto, en número desconocido.

—Lo siento Carlos, ayer acabamos muy tarde Elia y yo.

—Ya veo, y al parecer se os fue un poco de las manos. —dice Carlos intentando no parecer molesto, pero sé que lo está, aunque no entiendo el motivo.

—Tan solo nos echamos unas risas.

—No sé Daniela, hay algo en esa chica que no me termina de gustar.

—Eli es mi mejor amiga, sé que es algo alocada, pero es una persona genial.

—No, si, yo no te diría jamás que dejaras de frecuentar su compañía, tan solo creo que hay veces que te hace salirte del camino.

El camino, el famoso camino, no sé por qué Carlos siempre habla de líneas rectas a seguir, de senderos en los que no hay que perderse y del buen y mal hacer. Me sabe mal por él, no sé qué me pasa últimamente, hasta hace solo un par de meses bebía los vientos por mi pareja, pero en las últimas semanas algo ha cambiado dentro de mí, y desde que aterricé en el Café Canalla, aún se ha vuelto más fuerte mi aversión hacia mi novio. Empiezo a creer que soy una persona horrible.

—Voy a vestirme, no tardo nada. —le digo a Carlos cambiando de tema.

—Yo te espero en el coche.

Quince minutos después entro en el todoterreno de Carlos, me encanta este coche, solo lo utiliza cuando vamos a la casita de Prades. Me he dado una ducha rápida y he optado por ponerme ropa cómoda. Carlos me da un casto beso y nos ponemos en marcha.

—Carlos.

—Dime.

—¿Por qué no nos acostamos? —Y Carlos se queda estupefacto, creo que no puede asimilar lo que acabo de preguntarle. Jamás lo había hecho, jamás me había enfrentado tan cara a cara con lo que quería saber. Normalmente, me había andado con rodeos, siempre se lo había dicho de manera sutil, solo me faltó hablar de la flor, la maceta, la polinización y demás... Elia me dijo ayer que le dijera sin rodeos «¿Se puede saber por qué no me follas?», al pensarlo no puedo evitar sonreír.

Carlos coge aire y me vuelve a decir una vez más.

—Nena, ya hemos hablado de esto en varias ocasiones, lo que me sorprende es que hayas sido tan directa esta vez. Quiero que lo nuestro sea especial, ya no nos queda mucho para la boda, solo te pido un poco de

paciencia. Quizás yo esté chapado a la antigua, pero en mi familia siempre ha sido igual, no tenemos relaciones con nuestras parejas hasta la noche de bodas, es una tradición y quiero respetarla.

—Pero, es que creo que lo necesitamos, yo necesito ese momento íntimo, me da mucha vergüenza decirlo, pero tengo ganas de hacerlo.

—Nena, es muy importante para mí, yo sé que podrás esperar, ¿lo harás verdad?, luego no te arrepentirás, palabra.

—Carlos, ¿lo has hecho alguna vez?

—Bueno, no tiene importancia.

—¿Lo has hecho?

—Sí, Daniela, lo he hecho, ¿algo más?

—Pues entonces no entiendo tus motivos para no hacerlo conmigo si ya lo has hecho con otras.

—Daniela, lo he hecho con mujeres que no importaban, con ellas jamás llegaría a nada más que una noche, a lo sumo dos, pero jamás me casaría con ellas.

—¿Qué tengo yo que ellas no tenían?

—Eres implacable, como yo, no te arrugas por nada, tienes una mente fría y calculadora y eso me encanta. También tu perfección, tu orden, y claro, físicamente me pareces increíble.

Dentro de mi pecho se forma un nudo a cada adjetivo que me ha colgado Carlos, me duele, sé que soy así, pero solo a ojos de la gente que no me importa. ¿Por qué tengo la sensación de que mi novio no ha intentado ni tan siquiera saber que hay detrás de esta fachada de mujer de hierro? Detrás hay una mujer vulnerable, lo confieso por mucho que me duela, toda mi aparente frialdad es solo un muro, una pared que me fabriqué hace mucho tiempo, cuando todos se reían de mí, cuando me apedreaban al salir del colegio, cuando me bajaban los pantalones en la fila, cuando me utilizaban de papelera, cuando me humillaban, cuando exploté, cuando sugerían una y otra vez que lo mejor era que me cambiase de colegio antes de expulsar a los acosadores, cuando fui víctima de lo que hoy llaman «bullying» y antaño eran «cosas de

críos».

CAPÍTULO 5

Como todo mortal, odio los lunes. Ese momento en el que suena el despertador es la peor tortura. Si no fuera por mi disciplina personal sucumbiría sin remedio a los famosos cinco minutos más que la mayoría de la población ve como algo tan placentero; y seguramente lo sea, pero creo que no quiero saberlo, puede que luego me guste y me pase atrasando la alarma del móvil toda la mañana.

Hoy, al oír el infernal tono de la alarma me he tomado dos minutos para pensar, no me he quedado en la cama, eso no; pero en el cuarto de baño frente al espejo he mirado mi reflejo y me he preguntado «¿Quién eres Daniela?». Luego, tras no saber qué responderme y al percatarme de que el espejo no iba a ofrecerme más que el reflejo de una chica con cara de cansada, me he puesto en marcha.

El fin de semana en Prades fue algo más frío de lo habitual. Carlos se enfadó conmigo después de mi muestra de intenciones. Él me dijo que no, que solo estaba algo cansado, pero a mí no me engaña. Está claro que lo que le dije le pilló por sorpresa, y no le gustó por mucho que él diga que lo halago. Carlos es demasiado puritano; a decir verdad su familia es religiosa hasta la médula. Raro es que no vayamos a la iglesia los domingos, pero sé que él de vez en cuando se escapa a escuchar misa a la iglesia de Santa Clara.

Yo desde un primer momento le dejé claro mi aversión por todo lo que tenga que ver con la iglesia y el clero, a decir verdad, no es lo mío. Estoy bautizada, hice la comunión en su momento y hasta me confirmé obligada por mi madre, pero mi relación con Dios es difusa y muchas veces algo interesada, me suelo acordar de él cuando las cosas no me van bien y necesito ayuda en algo. Para mí, Dios es la representación de la bondad, de la ética y de las cosas bien hechas, quizás solo sea bajo mi criterio, cada persona tiene su moral, y sus creencias, las mías son algo extrañas, pero quizás sea en lo único que trasgredo las reglas.

De nuevo Carlos y yo dormimos en camas separadas, dijo que la tentación

era demasiado para él y que era mejor que nos lo tomáramos con calma. Estoy empezando a sentirme como una ninfómana, pienso en sexo a todas horas, pero es que la carencia está empezando a hacer mella en mí. La verdad, no entiendo el porqué de todo mi fuego interior, Carlos apenas me ha tocado y por mucha vergüenza que me dé admitirlo, la única verdad es que soy virgen.

Eli y Carlos son los únicos que saben mi secreto mejor guardado. Mi amiga siempre dice que ese fue mi gran error, confesarle a Carlos Claiser que jamás había tenido relaciones sexuales más allá de los pocos y fugaces besos de mi adolescencia. Quizás si le hubiera dicho que era una loba en la cama, hubiera pasado a ser una de esas mujeres con las que Carlos se acuesta un día o dos y luego las desecha cual pañuelos de papel.

Un par de golpes en la puerta de la oficina me hacen volver a la realidad. Es Carlos que me saluda algo más simpático de lo normal.

—Nena, te necesito. —me dice con efusividad.

—¿Para?

—Tengo en mi despacho a unos clientes chinos, necesito que les demuestres que Claiser es un ejemplo de solvencia y de buena gestión.

—¿Ahora? —le pregunto mostrando mi fastidio.

—Ahora mismo, es una magnífica oportunidad, ya te contaré los detalles, pero ahora no hay tiempo, sal ahí fuera y deslúmbrales.

Mostrando mis pocas ganas, me levanto de mi cómodo sillón y sigo a Carlos a su despacho. Cuando entramos veo a una pareja de unos treinta y tantos, él, el típico hombre chino de baja estatura y de complexión delgada, ella un monumento de mujer con facciones asiáticas y europeas; a su lado parezco una escoba con moño.

—Les presento a mi colaboradora más competente, es la directora financiera de Claiser Ibérica y mi mano derecha. La señorita Daniela Wolf, los señores Lin.

Después de los pertinentes apretones de mano nos sentamos y procedo con mi perorata habitual y que normalmente suele dejar boquiabiertos a los nuevos clientes. Pero en esta ocasión algo va mal, el ambiente se enrarece por momentos y de pronto y sin venir a cuento, Carlos interrumpe mi discurso

automatizado.

—Muy bien Daniela, puedes volver a tu puesto.

Miro a Carlos estupefacta y los dos supuestos nuevos clientes me sonrían en un acto reflejo, creo que no les ha impresionado mi discurso mágico, ese que suele romper todas las barreras entre mi persona y los desconocidos, ese que hace que caigan en mi tela de araña tejida con algodón de azúcar. En esta ocasión, Danielita, has fallado.

Vuelvo a mi despacho con un nudo en la garganta, una vez allí me encierro a cal y canto, llamo a mi secretaria y le digo que no me pase llamadas.

Giro el cómodo sillón y me quedo mirando al gran ventanal de mi oficina y la espectacular vista al Balcón Mediterráneo.

—¡Otra vez aquí! ¿Cómo he llegado?

Júpiter me mira extrañado y pone los ojos en blanco.

—Me estás empezando a preocupar, has aparcado justo ahí enfrente, tú coche es ese precioso Mini. Has entrado, me has saludado un poco seca, siento ser sincero, pero no has sido un ejemplo de simpatía. Luego me has pedido un cortado descafeinado. Me has dicho que hoy no había sido tu día y después te has quedado dormida.

—No lo entiendo, esto tiene que ser un sueño.

Me pellizco como una tonta, pero quizás sea la forma de averiguar si en realidad estoy durmiendo en mi oficina. Mis propios pellizcos me duelen y no puedo evitar soltar un pequeño gemido.

—Eres un poco extraña, es la primera vez que me encuentro con una persona que pierde la noción del tiempo en mi café.

Observo a Júpiter y me vienen las palabras de Elia a la cabeza. La verdad, el chico tiene un no sé qué, que me confunde, me hace meter la pata cada vez que suelto algo por la boca y me hace flaquear en mi imagen de mujer perfecta. No quiero mirarlo, pero no puedo evitarlo.

—¿Puedo sentarme? —pregunta con cautela, pero yo no respondo, tan solo hago un leve gesto de asentimiento.

—Mira, no me conoces de nada —empieza a decir—. Pero por tu actitud creo que tienes algún problema que te produce estas ausencias.

—Yo no tengo ningún problema, no insistas, es solo que...

—Habla, no te juzgaré, además mis amigos dicen que tendría que haber sido psicólogo.

—Yo no necesito ningún psicólogo.

—Créeme, todos lo necesitamos alguna vez en nuestra vida y en este caso no soy psicólogo, solo un camarero algo canalla. —me dice con esa sonrisa pícaro que le hace tan atractivo.

Suspiro, y Júpiter me mira divertido.

Cambio mi suspiro por lo que podría ser un rebuzno, tengo que disimular, odio que se haya dado cuenta de que he suspirado por su sonrisa.

—De verdad, solo necesito estar sola, desconectar.

—Ves, vamos bien, no es tan difícil.

Elevo ambas cejas y le lanzo una mirada asesina.

—Son tonterías, de verdad Júpiter.

—Si hasta me has llamado por mi nombre, esa es mi chica.

—Yo no soy tu chica.

—Vale, pero entonces necesito que me digas quién eres.

—Me llamo Daniela. —digo mostrando una timidez que me desarma.

—Precioso nombre, como su dueña.

Me enfurezco, odio que me esté intentando camelar, este no quiere escuchar mis problemas, lo que quiere es llevarme a la cama. Por fuera estoy realmente enfadada, pero mi interior se siente muy halagado, tanto que un diablo ha aparecido ya en mi hombro.

—No conseguirás nada de mí si es lo que crees.

—A ver, señorita sabelotodo ¿Qué quiero conseguir?

No puedo ocultar mi incómodo cabreo, y me levanto, cojo mi bolso y me voy sin ni siquiera despedirme.

—De acuerdo, señorita Daniela, hasta la próxima. —dice Júpiter en tono burlesco, ni me molesto en mirar atrás, salgo del maldito Café Canalla y me subo a mi coche, pero para cumplir la ley de Murphy el cacharro infernal no arranca.

Intento una y otra vez poner en marcha mi pequeño coche, pero la cosa se está poniendo fea, estoy segura de que es la batería. Miro por el rabillo del ojo y veo a Júpiter mirándome divertido por la cristalera de su local.

—Joder, esto no puede estar pasándome. —mascullo entre dientes.

Cuando veo a Júpiter abrir la puerta de su cafetería con intenciones de ayudarme, cojo mi móvil y finjo hablar por él. Ni de coña aceptaré que me ayude. Pero creo que es demasiado tarde, oigo unos golpecitos en el cristal, maldita sea, lo tengo aquí plantado con unas pinzas para cargar la batería.

—Deberías ser más amable con las personas Daniela, no todo el mundo quiere llevarte a la cama.

—En ningún momento he dicho...

Júpiter pone los ojos en blanco y niega con la cabeza.

—Va, señorita sabelotodo, ayúdame, vamos a arrancar este cochazo. —No, eso nunca, ahora hace broma sobre el tamaño de mi coche.

Júpiter se ausenta un par de minutos y vuelve con un «Cuatro Latas». Ahora entiendo porque le llamaba cochazo a mi precioso Mini.

—¿Crees que con eso, vamos a poder arrancar mi coche?

—No subestimes el poder de Carraqueitor.

—¿Carraqueitor?

—Sí señorita, así lo llaman. Lata por fuera, fuego por dentro.

No puedo evitar reírme, hacía días que no lo conseguía sin estar borracha. Júpiter al verme reír me regala una de sus amplias y bonitas sonrisas.

—Sabes, ahora sí que estás preciosa.

No puedo evitar sonrojarme y agacho la cabeza, al lado de este chico me siento tan vulnerable.

Cuando conseguimos que mi coche arranque, Júpiter me dice que si no tengo que ir muy lejos, mejor que lo deje en marcha todo lo posible, pero que lo suyo sería hacerle kilómetros y pisarle para que la batería vuelva a cargarse. Al parecer me había dejado las luces encendidas, pero Júpiter me ha recomendado cambiar la batería, ya que no ha pasado suficiente tiempo para que se descargue totalmente como lo ha hecho.

—Sabes, tengo una idea —me dice con la expresión más canalla que jamás he visto—. Sube señorita.

—Estás loco. —digo poniendo los ojos en blanco y seguidamente me subo en el asiento del acompañante de mi Mini.

Júpiter conduce rápido, demasiado para mi gusto, llevamos las ventanillas bajadas y en la radio suena «Holding Out for a Hero» de Bonnie Tyler. Siempre me ha encantado ese tema, me siento como Lori Singer en la película Foot Lose. No puedo evitar sentirme totalmente atrapada por la fuerza que emana este hombre, tan enérgico, tan diferente, tan vivo, con ese no sé qué que me estremece y me asusta a la vez. Él me mira y me sonrío.

—Mira al frente por favor.

—A la orden mi capitana. —dice haciéndome el saludo militar.

Miro al horizonte, el mar de la Costa Dorada es mágico y el sol me atrapa en sus cálidos rayos, me siento libre, me siento feliz.

Paramos en la playa de l'Arrabassada, salimos del coche y caminamos por la arena hasta la orilla. Me he quitado la estirada americana y llevo la blusa anudada a la cintura. Mi falda de tubo dificulta sobremanera mis movimientos, pero obviamente no me la puedo quitar.

Júpiter y yo nos sentamos en la arena, no decimos nada, solo miramos al horizonte. Necesitaba esta paz, necesitaba desconectar de Claiser, de Carlos y de todo el orden minucioso de mi vida. Tan inmersa en mi sensación de libertad estoy, que no me percató de la hora que es.

—Son las siete y media. —responde Júpiter cuando le pregunto.

—Dios, me tengo que ir, es demasiado tarde.

—Vale, tranquila, no estamos muy lejos de la ciudad.

—Lo sé, pero, tenía una reunión a las cuatro de la tarde.

—Daniela, cuando llegaste a mi café eran cerca de las cinco.

CAPÍTULO 6

Cuando dejo a Júpiter en su cafetería y me alejo lo suficiente de la misma, paro para llamar a Carlos, pero éste me responde furioso.

—¿Se puede saber en qué estabas pensando cuando te fuiste de la reunión sin mediar palabra? —pregunta muy enfadado.

—Yo... lo siento Carlos.

—Lo siento, lo siento, por tu culpa no hemos conseguido el contrato, ¿sabes lo que eso significa?

—Carlos yo, no sé cómo disculparme, mi comportamiento no tiene pretexto alguno, de verdad que lo siento.

—Ya claro, ¿sabes lo qué haría contigo si no fueras mi novia?, te despediría Daniela.

—Pues, haz lo que creas conveniente.

—Y ya está, ¿tan poco te importa la empresa?, piensa que en cuanto nos casemos todo esto a lo que das tan poca importancia pasará a ser tuyo también.

—Sabes que me he dejado la piel en Claiser, llevo muchos más años que tú en esta empresa, no puedes recriminarme un solo fallo en tanto tiempo, solo necesitaba un respiro ¿me entiendes?, últimamente me siento desbordada, si no puedes entender eso es que no me quieres una mierda.

Cuelgo el teléfono y golpeo el volante con mis puños, no puedo parar de llorar. Sé que mi comportamiento estará siendo de lo más extraño, pero me pasa algo y no es muy normal. Debería ir a un médico, hay períodos de tiempo de mi vida cotidiana que se están borrando, no sé lo que pasa durante todo ese tiempo eliminado de mi cerebro por a saber qué motivo.

Días después de mi discusión telefónica con Carlos sigue sin dirigirme la palabra. Bueno, me habla para temas estrictamente profesionales, pero de la

boda y de lo nuestro no ha abierto la boca en todo este tiempo. Tampoco quedamos fuera del trabajo, no me llama por teléfono, ni un triste mensaje. Pienso en entrar en su despacho y disculparme, pero no sé qué más decirle que ya no le haya dicho. Carlos necesita su tiempo, si lo presiono solo conseguiré que se encierre más en sí mismo y a lo peor, que se enfade aún más conmigo.

Después de unas dos primeras horas maratonianas en mi trabajo me acerco a la pequeña sala de descanso y me saco un cortado de la máquina de café.

—Ay, chiquilla —me dice Elia que ha entrado sacándose los zapatos de tacón y luego añade—. Tengo los pies destrozados.

Le sonrío forzando los músculos de mis labios de tal manera que parezco una aprendiz del Joker.

—¿Todavía sigue el impresentable de Carlos sin dirigirte la palabra?

Asiento con la cabeza mientras remuevo mi aguachinado cortado.

—Ese tío se merece unos cuernos retorcidos.

—Solo necesita tiempo.

—Solo necesita una hostia Dani.

—No seas bruta.

—Ahora en serio, no sé qué le ves al estirado de Carlos, que sí, que es muy guapo el gachón, pero es un culo tieso y no te merece.

—Elia, que aquí hay oídos por todas partes.

Le digo cuando veo pasar de refilón a la chivata de turno.

—Lo has dicho por esa, ¿no?

—¿Tú también la has visto pasar?

—Ya te digo, esa está deseando que metas la pata para tirarse encima de tu novio, ándate con cuidado, lleva unos días entrando a su despacho sin venir a cuento.

María, la chivata, me odia a muerte, sobre todo desde que se enteró que Carlos y yo nos íbamos a casar. Siempre la encuentro cuchicheando con otras chicas de la oficina, es entrar yo a donde quiera que ellas estén y callarse

todas, pero eso, no me sorprende, de todos es sabido que aquí soy considerada como alguien non grata.

Los días pasan monótonos y en algunas ocasiones como verdaderas losas que me van aplastando cada veinticuatro horas. En cuanto me da el bajón pienso en Júpiter y en la sensación de libertad que me rodea en cuanto estoy a su lado, eso me hace sonreír, es curioso que un simple paseo en coche me haya aportado muchísimo más calor que todo el tiempo que llevo de relación con Carlos. Y eso que no pasó nada fuera de lo normal, pero no sé, el interior de Júpiter emana algo cálido y reconfortante, algo de lo que Carlos carece, junto a él solo hay hielo.

He pensado en más de una ocasión en volver al Café Canalla, pero no quiero que Júpiter piense que pretendo algo más allá de una simple amistad. La verdad es que me horroriza la idea de presentarme allí, creo que me quedaré en blanco. Quizás mis ausencias me estén ayudando más de lo que creo, pienso en ello continuamente, pero al momento descarto la idea.

Ayer quedé con Elia para tomar unas cervezas, le expliqué mi tarde con Júpiter, ella escuchaba como si yo le estuviera contando un cuento y ella fuera una niña pequeña ansiosa por saber el final.

—Me cae bien ese tío Dani, vas a tener que presentármelo que si no lo quieres tú, yo estoy dispuesta a todo.

—Venga ya...

—O sea, que no me lo quieres presentar, que lo quieres para ti solita, anda que no sabes nada Daniela, te gusta ese chico, no me lo niegues.

—No sé, no es eso, solo es que me aporta frescura, ya sé que apenas lo he visto un par de veces, pero es un soplo de aire fresco y yo Eli, necesito respirar, siento comerte la cabeza.

—Qué va cariño, sabes que conmigo puedes contar para cualquier cosa, hasta para llevarme a conocer tipazos con nombre de planeta.

Ambas nos reímos, si no fuera por ella, no tendría a nadie con quien desahogarme.

El fin de semana pasa rápido, Carlos sigue sin dar señales de vida. En el trabajo la atmósfera entre los dos se puede cortar con un cuchillo. Como ya me

estoy cansando de esta situación decido ponerle fin de una vez. Tras terminarme un café que sabe a rayos, para variar; me dirijo al despacho de Carlos. Llamo a la puerta y no oigo nada. Vuelvo a llamar, sigo sin tener respuesta, abro la puerta y una luz me ciega.

—Daniela, Daniela ¿qué te pasa? Daniela, tranquila.

El abrazo de Júpiter me trae a la realidad, otra vez he llegado a este lugar sin comerlo ni beberlo. Pero a decir verdad, esta vez lo agradezco. Estoy llorando desconsolada, mis medias de verano están totalmente agujereadas y mi perfecto moño es como una madeja de lana con la que ha jugado un gato, o más bien un tigre.

—¿Estás mejor? —susurra Júpiter con dulzura.

—Júpiter, sí, estoy mejor ahora que estoy aquí, a tu lado, pero es que no sé qué me ha pasado, no sé por qué estoy llorando, lo último que recuerdo es que iba a entrar en la oficina de mi...

—Sigue Daniela.

—Me disponía a entrar en el despacho de mi prometido.

La decepción se instala en la expresión de Júpiter, pero no dice nada, tan solo sigue abrazándome.

—Júpiter, me caso en un mes.

—Entiendo, y estás nerviosa por la boda.

—Eso pensaba yo, pero; déjalo, no importa.

—Ahora lo importante es que te calmes, ven, vamos a dar un paseo, quizás te haga bien tomar el aire.

—No sé Júpiter, me siento muy cansada, demasiado cansada.

El sonido del despertador me hace volver a la realidad, estoy en mi casa, no sé cómo he llegado aquí, la congoja se instala en mi semblante, lo veo en mi reflejo al mirarme al espejo. Quizás he soñado mi encuentro con Júpiter de ayer, sé que me consoló, pero estaba tan cansada que me quedé dormida, lo que no sé es como he llegado a mi casa y quién me ha puesto mi precioso camión corto de verano. Estoy preocupada por mi salud mental, empiezo a

creer que me estoy volviendo loca, no sé qué es real, no sé qué es fantasía, será que yo misma soy un sueño, no lo sé, pero todo esto es demasiado surrealista.

Oigo ruidos en la cocina.

—¿Quién anda ahí?

—Dani soy yo. —la voz de Elia hace que mi corazón deje de galopar a mil por hora.

—¿Qué haces aquí?

—Ayer recibí una llamada desde tu móvil, un chico me dio una dirección, me dijo que te recogiera que no estabas bien y no sabía dónde vivías, me dijo que me llamó porque vio en tu agenda del móvil que me tienes por «Elia Amiga». ¿A cuántas Elias conoces tú?, granujilla.

—Sería Júpiter.

—No lo sé, pero cuando llegué, él no estaba contigo. Te encontré sola, durmiendo en el interior de tu coche. Tenías unas pintas horribles. Te traje a tu casa, imaginaba que no querrías dormir en la mía. Te puse el camisón y te metí en la cama, solo me faltó leerte un cuento.

—Entonces, ¿no lo viste?

—No, lo que me sorprende es que te dejara sola en ese lugar, daba miedo.

Me siento algo descolocada, pero, no sé nada de Júpiter, solo que tiene una cafetería en un lugar extraño y que a su lado me siento otra persona. Al fin y al cabo, quizás ese chico tenga familia, mujer, novia, qué sé yo. No tiene ninguna obligación conmigo, esa es la verdad.

—Eli, ese chico debe pensar que estoy chiflada, aparezco en su local llorando, con crisis de ansiedad, diciendo que no sé cómo he llegado a ese lugar, ¿tú que pensarías?

—No sé qué decirte, la verdad es que me tenías muy preocupada, pasaste llorando por la recepción, te llamé y no me contestaste, te seguí hasta la salida del edificio, pero te perdí. Me pasé toda la tarde llamándote, pero no me cogiste el teléfono. Eran las once de la noche cuando tu amigo me llamó, que por cierto, su voz parecía una motosierra oxidada.

—Pues a mí me parece que tiene una voz muy sensual.

—Bueno, hay gustos para todo, serás zorrón, te pone el hombre planeta.

—No seas burra.

—Pero reconoce que te gusta, aunque solo sea un poquito.

Miro a Elia y le sonrío, pero le cambio de tema.

—Anda, liante, que nos espera un duro día de trabajo.

Eli me tira un cojín a la cara, no puedo evitar devolvérselo. Luego me tira otro y empieza una guerra de almohadas y cojines, cuando nos damos cuenta las plumas vuelan por la habitación.

—No me lo puedo creer, la dama de hierro desplumando cojines y en su casa. —dice Elia partiéndose de la risa y saltando como si fuera una niña pequeña.

Me siento mucho mejor, ahora, a ponerme seria, hoy sí me siento con fuerzas para enfrentar a Carlos.

CAPÍTULO 7

—Hola Daniela. —La Voz de Carlos me obliga a desviar la mirada del extracto bancario que estoy contabilizando.

—Hola Carlos, yo...

—Lo siento nena, no quiero que pienses que no te quiero, lo siento mucho.

Me acerco a él y lo abrazo, por primera vez siento que el abrazo de Carlos es más cálido de a lo que me tiene acostumbrada. Lo abrazo más fuerte y reparte pequeños besos por mi frente. Pero yo quiero más y busco sus labios, nos besamos apasionadamente, acaricio su pecho, me empotra contra la pared y por primera vez veo que la pasión hacia mí es real. No hay frialdad, solo fuego, fuego escondido, fuego que era brasa y ha prendido con un solo beso cálido, húmedo, el beso de un hombre, no el de una máquina de hielo. Desabrocho su camisa poco a poco, acaricio su torso perfectamente depilado, paseo mis dedos por cada centímetro de piel esculpida a golpe de gimnasio, me vuelvo loca, quiero más. Mis manos escapan a mi control e intento desabrochar la hebilla de su cinturón. Pero Carlos me para en seco.

—Daniela no por favor, tenemos que parar, no lo estropees.

—Lo siento Carlos, yo no quería importunarte, pero comprende que te deseo, que necesito esa intimidad contigo.

—Sé que con lo de ayer te has podido confundir, pero, compréndeme, no significa nada.

—¿Lo de ayer?, ¿qué pasó ayer Carlos?

—Daniela, hay veces que me impresiona, no hay mujer más madura y comprensiva que tú. Te prometo que te compensaré por todo, no te arrepentirás.

No entiendo nada, pero yo no me voy a quedar sin saber que pasó ayer.

—Te lo estoy diciendo en serio, ¿qué pasó ayer Carlos?

Carlos se queda pensativo, y luego se acerca a mí, me abraza tímidamente y me explica.

—Ayer entraste en mi despacho, María estaba sentada a mi lado, me estaba enseñando a utilizar la nueva web del banco, sabes de sobra que para la informática soy un negado. Tú malinterpretaste la escena y te abalanzaste sobre ella.

—¿Qué dices que hice?, no me lo puedo creer.

—Sí nena, y no te culpo por haberte puesto así, he estado ausente todos estos días, necesitaba tiempo para pensar, ha sido culpa mía.

—Dios, tendré que pedirle disculpas a María.

—No hace falta, es más, estará unos días fuera, le he dado vacaciones.

—Carlos yo... me está pasando algo raro, tengo ausencias, es como si ciertos períodos de tiempo se borrarán de mi cerebro. No me acuerdo de nada. Lo último que recuerdo es que entré en tu despacho.

—¿De verdad no recuerdas nada? —pregunta sorprendido.

—No Carlos y estoy muy preocupada.

Le explico mis ausencias omitiendo, claro, mis aterrizajes forzosos en la cafetería de Júpiter.

Carlos se muestra muy comprensivo y atribuye mis lapsos mentales a los nervios de la boda.

—No te preocupes nena, cuando nos casemos seguro que todo esto se te pasa, lo verás como un mal sueño, estoy seguro.

Carlos me abraza y me acaricia el pelo, necesitaba un momento cálido con él y hoy me está demostrando que no es tan duro como aparenta.

En los próximos días, Carlos se muestra amable y atento conmigo. Incluso me propone pasar el fin de semana en Cádiz.

—Pero ¿cómo vamos a ir tan lejos para solo un fin de semana?

—Tranquila, el viernes terminaremos de trabajar a medio día. Cogemos

un avión que nos llevará a Sevilla, de ahí y en un coche alquilado nos iremos a Cádiz, todo está planeado.

—No esperaba menos. —le digo cariñosa, la verdad que estoy sorprendida del cambio que ha dado este hombre en tan poco tiempo.

Todo va bien, viento en popa, pero sigo pensando en Júpiter, se está convirtiendo en una obsesión y todo me recuerda a él. He llegado a confundir a varios chicos con él, los he llegado a llamar y a tocarlos por la espalda, se deben haber pensado que soy una chiflada, menudo nombrecito para ir proclamándolo a los cuatro vientos por La Rambla. Ello hace que me sienta mal frente a Carlos. Ahora que todo va bien, ahora que hemos limado asperezas, me paso el día pensando en otro, le estoy siendo infiel de pensamiento.

Después de comer en una pizzería con Elia vuelvo a mi rutina de extractos bancarios, hay tantos movimientos que suelo perder la noción del tiempo introduciendo asientos repetitivos, en ocasiones me siento como un robot. Carlos me ha dicho infinidad de veces que me ocupe de la supervisión y deje el trabajo contable pesado a otra persona, pero hay algo que está claro, cuantas más manos toquen peor, prefiero tenerlo todo controlado, y tengo claro que es mejor que sea yo quien haga ese trabajo, lo que menos quiero es pasarme el día corrigiendo fallos de otros, la responsabilidad es mucha y me ha costado horrores ponerlo todo al día. Mi antecesor era un contable que no se tomaba en serio su trabajo e hizo una verdadera chapuza, de hecho, le costó una inspección y su correspondiente sanción de la Agencia Tributaria a la empresa.

Cuando me siento abrumada en demasía por los números, decido salir a tomarme un café catastrófico de la desvencijada máquina de Claiser. Parece mentira que en un lugar tan increíblemente moderno y provisto de la última tecnología tengamos semejante desastre de máquina de café.

De pronto oigo la puerta del despacho de Carlos abrirse a mi espalda, me giro y veo salir a la chica asiática que me presentó como la señora Lin. Es muy guapa y lleva un vestido ceñido al cuerpo y unos tacones que estilizan su figura. Habla con Carlos y parece que se lo está pasando de lo lindo con él. Me escondo detrás de una columna, mi comportamiento está siendo infantil, pero no me gusta nada como la chica mira a mi prometido. Después de unos

minutos de comentarios entre los dos y risitas tontas, ella se despide con un gesto pícaro, luego se marcha contoneándose.

Decido no darle importancia a la escena y sigo mi camino a la sala de descanso y envenenamiento cafetero del personal.

CAPÍTULO 8

Júpiter se acerca a mí, me besa apasionadamente, estamos en la playa, recorre mi cuerpo depositando pequeños besos por todo mi cuerpo, luego se me sube encima y noto su sexo entrar dentro de mí, no puedo explicar lo que siento, se mueve rítmicamente y me transporta a otro lugar, a otra dimensión, a algo desconocido para mí como es el sexo.

De pronto un estruendo me hace regresar al mundo real, solo era un sueño. Por unos momentos siento rabia, me hubiera gustado que fuera realidad, pero no, solo ha sido una ilusión. Llevo días soñando con él, que me mira, que me besa, que me hace suya, que me eleva a otra dimensión, incluso he llegado a tener orgasmos sin comerlo ni beberlo. Definitivamente soy una salida, estoy en celo como dice Elia, y me avergüenzo por ello. Pero luego lo pienso mejor, ¿qué malo hay en desear algo tan normal como es el sexo? Lo sé, para mí no es lo normal, me he metido tanto en mi papel de mujer de hierro que me he olvidado de sentir, de amar, de experimentar algo tan normal y tan tabú al mismo tiempo para mí.

Me miro al espejo, tengo que tomar una decisión, no puedo estar debatiéndome entre dos hombres, no puedo casarme si deseo a otro chico, si no solo es deseo lo que siento, hay algo más profundo, pero no es normal, apenas lo conozco. A veces siento que es una obsesión, otras creo que me estoy enamorando, no hay nada totalmente claro, pero de lo que estoy segura es de que algo me atrae como si fuera un imán hacia los brazos de Júpiter y me aleja por momentos de los de Carlos.

Salgo de mi apartamento y bajo al parquin, me subo a mi Mini y arranco, de pronto veo en el suelo enmoquetado una nota. Hay un número de teléfono apuntado bajo el nombre de Júpiter.

Sonrío y me guardo el pequeño papelito en el bolso.

A media mañana Carlos llama a mi puerta, estoy tan inmersa en los números que los pequeños toquecitos rítmicos me hacen dar un respingo.

—¿Estás muy ocupada nena? —pregunta esperando una respuesta negativa.

—Bueno, lo normal, pero dime, ¿qué necesitas?

—Estoy pensando en cambiar de banco.

Elevo las cejas a modo de sorpresa, con lo que me ha costado conseguir mil y una ventajas para la empresa, ahora Carlos quiere empezar de nuevo con una entidad desconocida. Luego no es él quien tiene que lidiar con ellos, soy yo.

—No sé si es una buena idea Carlos, con nuestro actual banco principal tenemos muchísimas ventajas, por no hablar de la atención al cliente totalmente personalizada, estoy muy contenta con ellos y quizás deberías pensarlo mejor.

—No he dicho que lo vaya a cambiar, simplemente me gustaría valorar otras opciones.

—¿Cómo cuáles?

—Pues, ¿recuerdas al matrimonio Lin? Son propietarios de un banco en su país. Se están expandiendo y acaban de abrir varias sucursales en España, y por suerte, hay una en Tarragona.

—No sé Carlos, te han pasado alguna oferta, algo succulento por lo que estás valorando seriamente el cambio de banco, ¿No?

—No seas paranoica nena, te estás irritando por nada, solo ha sido un comentario.

—No me irrito Carlos, tan solo no creo que sea buena idea cambiar de banco ahora, de sobra sé que Galdiu-Bank es la mejor opción en cuanto a entidades españolas.

—Tú lo has dicho, el Banco Lin es chino, tienen una mentalidad cien por cien diferente a los españoles, más responsable, más transgresora.

—En fin Carlos, la empresa es tuya, yo ya te he avisado, no me inspiran confianza esos dos.

—Ya estamos nena, hay veces que pienso que no tienes ni dos dedos de frente. —Suelta Carlos despectivamente.

—¿Perdona? —pregunto totalmente sorprendida por su desafortunado comentario.

—¿Qué problema tienes con los señores Lin? —No me ha respondido y evade su metida de pata con otra pregunta.

—Carlos, sabes de sobra que cuando yo digo que alguien no me inspira confianza no me suelo equivocar, no sé explicarlo, instinto, qué sé yo. Pero, no me cambies de tema, ¿por qué narices me dices que piensas que no tengo ni dos dedos de frente?

—No me voy a molestar ni en explicártelo, me acabas de arruinar la mañana.

¿Pero a este que mosca le ha picado?, debería haberle dicho que él es el único sin cabeza que hay en este despacho, debería haberle escupido a la cara que no soporto su frialdad y su manera de hacerle pensar a todo el mundo incluida yo que está por encima de todo y de todos. Debería haberle dicho que se fuera tranquilamente y sin escalas a la mierda más lejana. Pero no, ahí me he quedado después de que me echara la culpa de su frustrada mañana sin decir ni pio. Carlos se ha marchado dando un portazo y ahora no sé si voy a poder volver al trabajo que estaba realizando, sencillamente, se me han quitado las ganas.

Entonces miro mi bolso colgado en el moderno perchero de diseño, me levanto de mi silla y lo alcanzo, lo abro como si estuviera ante la mismísima caja de Pandora y fuera a encontrar en su interior todas las desgracias humanas, pero en su lugar, un interior pulcramente ordenado me hace suspirar aliviada. Tan solo hay algo que altera el orden del mismo, y no es otra cosa que una pequeña nota de papel con el número telefónico de Júpiter. Al deslizar mis dedos para tocar la pequeña nota siento una ligera descarga y pienso para mí misma que no lo estoy haciendo bien, que tengo pareja y no debo andar llamando a otra persona con intenciones poco claras.

Vuelvo a cerrar el bolso y me dirijo de nuevo a mi cómodo sillón giratorio.

—Qué narices... —En un impetuoso arranque vuelvo a coger el bolso y saco de su interior la nota, sin pensarlo mucho más marco el número de Júpiter, un tono, dos, tres, me pregunto nuevamente, ¿qué estás haciendo? Y vuelvo a colgar.

Suelto el móvil encima de mi mesa como si me quemara el solo contacto con él y me quedo ensimismada mirándolo. De pronto mi móvil suena, es él.

—Café Canalla, tengo una perdida tuya. —responde al otro lado del hilo telefónico la masculina voz de Júpiter, no puedo evitar sonreír al escuchar el nombrecito de su cafetería.

—Hola... —susurro con timidez.

—Hola Daniela.

—¿Cómo sabes que soy yo?

—Sabía que me llamarías.

—Te lo tienes un poco creído, ¿no?

Oigo a Júpiter suspirar.

—No, señorita, solo que dejé la nota en su coche a cosa hecha para que me llamara. —Y me lo suelta así, sin corte ninguno.

—¿Y qué te hizo pensar que yo llamaría?

—Te espero esta tarde Daniela, en el café a las seis.

Y me cuelga el teléfono. Estoy nerviosa, confundida y eufórica, son cerca de las doce, y hoy finalizo a las tres mi jornada, perfecto, podré pasar por mi casa a cambiarme, no quiero aparecer con mi incómodo traje de chaqueta.

Me dirijo a recepción, necesito hablar con Eli. Me saluda con una pícaro mirada cuando me ve llegar más contenta de lo habitual.

—¿Qué te traes entre manos loba? —me pregunta intrigada.

—He quedado con él.

—¿Con el planeta?

—Con el mismo.

—Ten cuidado Dani, si se entera Carlos puede ser implacable contigo.

—¿Por qué me dices eso ahora? Fuiste tú la que me dijiste que me lanzara a sus brazos.

—Lo sé Dani, pero, tu no acostumbras a actuar así, cuídate vale. — Sospecho que Eli sabe algo que yo no sé.

—Tranquila, no haré nada de lo que pueda arrepentirme.

Cuando me marchó reflexiono acerca de lo que me ha dicho mi amiga, ¿y sí tiene razón?, a lo mejor me estoy precipitando, pero no puedo explicar lo que me pasa, necesito conocer a ese misterioso chico, necesito saber lo que hay detrás de Júpiter.

Durante el resto de mi jornada no hago prácticamente nada, estoy demasiado alterada, es una sensación que no tenía desde que estaba en el instituto, cuando me gustaba el chico de turno y quedaba con él. Solo puedo pensar en qué pasará, en qué me voy a poner, en qué va a pensar él de mí, pero también necesito esa inyección de libertad que me brinda el desconocido Júpiter.

Cuando el reloj marca las tres ya tengo mi mesa recogida, la copia de seguridad hecha y el bolso a mano. Pero cuando me dispongo a salir de mi oficina Carlos me cierra el paso.

—¿A dónde vas Daniela? —pregunta con el ceño fruncido.

—Hoy tengo prisa, mi hermana me está esperando para comer en su casa.

—¿Tu hermana? Si hace siglos que no vas a su casa.

—Lo sé, por ello hoy decidimos vernos.

—Pues, te agradecería que te quedaras un rato más, tengo que pasar documentación al Banco de los Lin y necesito que lo hagas tú, ya sabes que soy un negado para la informática y no sé cómo localizar lo que me han pedido.

—Lo puede hacer tu secretaria.

—Sabes que ella no tiene acceso total, por favor, es importante.

—Creí que solo estabas valorando el hecho de cambiar de banco y ¿sabes? También creí que yo era una persona que no tenía ni dos dedos de frente.

—Lo siento nena, siento haber dicho esa tontería, no pienso para nada lo que he dicho, pero, es que últimamente estás muy rara, estás ausente y no veo

en ti a la mujer fuerte que eras hasta hace poco.

—Quizás te estás dando cuenta de que no soy lo que tú creías, va, dime rápido qué necesitas, pero en cuanto les pase la documentación a los chinos me voy.

—Por Dios Daniela, parece que hables sobre ellos de manera despectiva, no entiendo la manía que les tienes.

—¿Acaso no son chinos? No creo que eso sea hablar de nadie de manera despectiva. Apuesto lo que quieras a que ellos nos llaman los españoles, y no pasa nada.

—No es lo que has dicho, es cómo lo has dicho.

—Va, es igual, déjalo, voy encendiendo mi ordenador.

CAPÍTULO 9

Carlos me ha dado trabajo para una hora, después de enviar la dichosa documentación a los Lin me ha pedido al menos tres cosas más, apuesto lo que sea a que se huele algo, no entiendo que me haya entretenido de esa manera para algo que se podría haber hecho perfectamente mañana por la mañana. Definitivamente soy demasiado tonta.

Cuando he llegado a casa eran al menos las cuatro y media, me he metido en la ducha, he arreglado mi pelo, que para variar, hoy volará suelto al aire y dejará de estar escondido en mi mítico moño estirado. Me he puesto un vestido veraniego que me sienta genial y unas sandalias planas, sí, hoy no me pondré tacones, quiero sentirme libre.

Cuando salgo de mi casa son cerca de las cinco y media, vivo como a unos diez kilómetros de Tarragona y si no encuentro mucho tráfico no demoro mucho en llegar, pero la ley de Murphy hace su peculiar aparición y llevo el tiempo pegado, con perdón, en el culo.

Cuando llego a la Vall de l'Arrabassada doy vueltas como una tonta, no encuentro el dichoso café, hoy todo parece confabularse para que no llegue a mi destino. Cuando pierdo la esperanza de encontrarlo y me acabo parando en aquel puente sin salida me siento totalmente tonta. Cojo mi móvil y marco el número de Júpiter, no contesta, vuelvo a llamar, un tono, dos, tres, no obtengo respuesta. Cuando ya estoy a punto de dar media vuelta y volver a mi casa con las orejas gachas suena mi teléfono.

—Daniela, ¿dónde estás?

—Tengo un problemilla, no encuentro tu cafetería.

—Es que mi cafetería es un lugar mágico que hago aparecer y desaparecer a mi voluntad —Bromea y luego añade—. Es que es algo complicado el camino, espera, ¿dónde estás?

—En el puente sin salida, ese que tiene los pivotes de cemento.

—Pues estás más cerca de lo que crees, no te muevas de ahí, salgo a buscarte.

Suspiro aliviada, me apoyo en el asiento de mi coche contemplando los rayos de sol que se filtran por el parabrisas, estoy muy a gusto, no hace excesivo calor, la sensación es del todo placentera. De pronto la sugerente voz de Júpiter me saca de mi particular momento de felicidad para hacer que mi sonrisa denote que ahora aún soy más feliz.

—Daniela, ¿nos vamos?

Asiento levemente y le cedo mi asiento, hoy prefiero dejarme llevar.

Júpiter hace volar mi Mini, no es que hoy conduzca muy deprisa, pero su manera de manejar mi pequeño automóvil es etérea, como si flotara en lugar de circular por la carretera, no hablamos, solo me dejo arrastrar por el momento, en la radio suena Soldadito Marinero de Fito y Fitipaldís, me encanta ese tema. Júpiter me mira y sonrío.

—Estás muy callada Daniela. —dice sin dejar de mirar la carretera.

—Quizás no tengo nada que decir.

—¿Te sientes bien?

—Todo perfecto, después de la mañana ajetreada que he tenido esto para mí es como un soplo de aire fresco.

Júpiter vuelve a mirarme y me regala una preciosa sonrisa.

—Mira, ya llegamos.

Júpiter aparca mi coche, estamos en la playa Larga. A este hombre le gustan las playas, eso está claro, si lo hubiera sabido me traigo el bañador.

—¿Vamos a la playa? —pregunto por decir algo.

—No exactamente, ven. —ordena cogiéndome de la mano y mil terminaciones de mi cuerpo se estremecen.

Caminamos unos metros a ritmo de paseo, hasta que llegamos a un edificio de apartamentos. Algo en mí se activa, como una pequeña alarma que me dice,

«este tío me quiere llevar a la cama». Entramos al edificio y en la planta baja pasamos a un pequeño apartamento. La decoración es muy personal, muy parecida a su cafetería, sin grandes detalles pero emana la esencia de Júpiter por doquier.

—Sígueme. —dice haciéndome un gesto con la mano. Luego levanta la persiana de una gran cristalera y lo que ven mis ojos hace que pierda el norte.

Júpiter ha preparado una cena para dos en el pequeño jardín del apartamento, está todo increíblemente bonito, una mesa perfectamente preparada bajo una pérgola. Los muebles de jardín son de ratán y los asientos blancos de lona. En la pérgola hay una guirnalda de pequeñas lucecitas que le dan a la escena un toque mágico.

—¿Me has preparado la cena?

—Lo sé, es un tópico, lo que haría cualquier tío por su chica, pero es que jamás lo he hecho y me gustaría recurrir a un tópico romántico por primera vez en mi vida, y quiero que sea contigo.

Me estremezco, me acabo de quedar de piedra.

—Conmigo... ¿Por qué yo?

—Porque desde que entraste en mi cafetería supe que eras la mujer de mi vida.

—Eso se lo debes de decir a todas, ¿o me equivoco?

—Créeme Daniela que no. No me siento orgulloso de mi comportamiento con las mujeres en el pasado, pero esta vez mis intenciones son buenas.

Eso de su comportamiento con las mujeres me mosquea y no puedo reprimir mis preguntas.

—¿Por qué dices que no te sientes orgulloso de tu comportamiento con las mujeres?

—Es muy largo de contar, pero, no malpienses, no soy ningún maltratador si es lo que estás pensando.

Este hombre sabe lo que pienso y eso me irrita.

—Júpiter, piensa que no te conozco y me has traído aquí, que vale, yo

agradezco todo esto, pero estoy algo nerviosa, a decir verdad no sé qué hago aquí.

—Solo quiero conocerte, si no te sientes bien no pasa nada, volvemos a dónde me has recogido, no quiero que te sientas mal.

Suspiro, no sé qué hacer, Júpiter me inspira confianza, pero yo no estoy acostumbrada a hacer estas cosas.

—Verás, haremos una cosa, vamos a cenar, pero luego quiero volver a mi casa, yo estoy prometida y no debería estar aquí, no debería dejarme llevar de esta manera, no es honesto por mi parte y no quiero jugar con nadie.

—Sé que tienes novio, pero tenía que intentarlo, Daniela me gustas de verdad, dame al menos la oportunidad de conocerte.

—Si a mí también me... es igual déjalo.

—¿Qué ibas a decir?

—Nada, yo prefiero que nos vayamos.

Salgo corriendo hacia la salida en un arranque de furia, no sé por qué lo hago, pero no creo que me esté comportando como es debido, este chico me hace perder el oremus y ahora ha manifestado claramente sus intenciones.

Cuando llego a mi coche me apoyo en el capó con ambas manos. Júpiter no demora en alcanzarme, me coge suavemente por la muñeca para que me gire y lo mire. Me abraza, me acerca hacia él tanto que nuestras bocas están a escasos milímetros, entonces soy yo la que lo beso con dulzura, y él responde mucho más tiernamente aún. Jamás un beso había calado tan hondo en mí, tan a dentro que no puedo evitar que se me salten las lágrimas. Es él, lo encontré, eso a lo que llaman tu media naranja, eso por lo que la gente es capaz de todo, algo que hasta ahora había sido superficial en mi vida, he encontrado el amor de mi vida y no es un hombre perfecto, tiene un nombre ridículo y no tengo ni idea de dónde viene o a dónde va.

Volvemos al jardín y cenamos, la velada es de lo más divertida, hablamos de todo, de nuestras aficiones, de nuestras vidas, del amor, de tonterías, de manías, ridículos y calabazas varias por parte de los dos. Me cuenta que abrió su cafetería porque era su sueño, que se cansó de ser un ejecutivo sin alma. Qué se crió con su abuela y a ella debe el curioso nombrecito su negocio.

—Desde muy pequeño mi abuela decía que yo era un canalla, un canalla bueno, como ella decía, pero a todos los efectos para ella lo era, siempre me llamaba así.

—¿Y lo de Júpiter? —pregunto con curiosidad.

—Eso te lo cuento en otra cita. —me dice guiñándome un ojo.

—Estás tú muy seguro de que volverás a tenerme a tu merced.

—No lo dudes sabelotodo.

—¿Por qué me llamas así? —digo tirándole la servilleta.

—¿Acaso no lo eres? una sabelotodo, digo.

—Anda ya, pirado, que estás muy pirado.

Ambos nos reímos, pero de pronto la imagen de Carlos viene a mi cabeza y no puedo evitar cambiar la expresión. Júpiter se da cuenta y toma mi mano suavemente.

—¿Qué te pasa?, te has puesto triste.

—Júpiter, yo... me gustas mucho, ¿para qué negarlo? Y siento algo especial por ti, no soy persona de demostrar sentimientos, me cuesta mucho, pero, me caso en muy poco tiempo y ahora mismo estoy hecha un lío.

—Te voy a hacer una pregunta, si quieres respóndeme, si no, no pasa nada, pero te vendría bien hacerte esa misma pregunta a ti misma —Espero expectante su pregunta con los codos apoyados en la mesa y mis manos en ambos lados de la cara—. ¿Tú quieres casarte con él?

Me quedo pensativa unos segundos y me doy cuenta de que el remordimiento y los nervios no me dejan pensar. Intento buscar razones para convencerme de que mi vida será maravillosa junto a Carlos, pero no las encuentro, en su lugar solo recuerdo la presión a la que me somete, su falta de cariño, la ausencia de sexo, de calor. Sus besos son tibios, no siento nada cuando me besa, solo deseo, pero no esa chispa necesaria, no me había parado a pensar que aceptando el compromiso con Carlos cometí un gran error.

—No puedo responderte en este momento Júpiter, necesito aclarar mi mente, pensar, quizás será mejor que no nos veamos en un tiempo.

Júpiter baja la cabeza, está afligido, pero me mira e intenta regalarme una de sus preciosas sonrisas, ahora no lo consigue, se nota demasiado que está triste, como yo.

—Daniela, será como tú desees, yo voy a estar esperándote, no lo dudes. Te esperaré.

Nos despedimos en la puerta, Júpiter me dice que se queda en el apartamento. Yo me subo a mi coche y me pongo en camino de vuelta a casa. Pero lloro, lloro mucho, no puedo dejar de llorar, siento un dolor inmenso en el pecho, es tan fuerte que no puedo aguantarlo. Tengo ganas de dar la vuelta, de volver a su casa, de besarlo, de amarlo toda la noche. Pero no lo hago, soy una cobarde, una estirada de mierda, ¿por qué si no soy feliz no tengo lo que hay que tener para acabar con lo que no me hace dichosa? Tengo que pensar, tengo que recapacitar, esta vez no se trata de números, bancos y bodas de pega, se trata de decidir qué camino tomar y estoy demasiado perdida para tomar una decisión acertada, esto es un duelo a muerte entre mi cerebro y mi corazón, pero yo tengo un cerebro tan fuerte, tan preparado, tan implacable, que no sé qué hará mi debilitado e inexperto corazón para ganar la batalla.

CAPÍTULO 10

Abro la puerta de mi apartamento, aún con lágrimas en los ojos, aún derrotada por mi indecisión, pensando en mis particulares musarañas, la fría voz de Carlos me hace dar un respingo.

—¿Se puede saber dónde estabas Daniela? Y ¿Qué horas son estas de llegar a casa? —Me interroga sin compasión, entiendo que lo haga a decir verdad, pero ahora mismo es lo que menos necesito.

—Ya te he dicho dónde iba.

—Sí, a casa de tu hermana, he llamado y sabes qué, ha intentado encubrirte, pero no le ha salido bien, me he presentado allí y tú no estabas.

—Carlos, esta noche no, mañana te explico lo que quieras saber, ahora necesito dormir.

—Daniela, nos vamos a casar, ¿dónde está la confianza?, o mejor aún, ¿dónde está la Daniela que yo conocí?

—Carlos de verdad, no es el momento.

Carlos, que hasta ahora permanecía sentado en el sofá con los brazos cruzados se levanta y se acerca a mí.

—¿Por qué llevas esas pintas?

Me miro y me siento ridícula, hasta este mismo momento me sentía guapa, pero las palabras de Carlos me hacen pequeña, tanto que puedo llegar a desaparecer si sigue hablando. No le contesto, tan solo hago un intento por llegar a mi habitación, pero él me cierra el paso, me abraza y comienza a besarme, es bruto, no es dulce, no me siento bien. Me agarra muy fuerte, lleva sus manos a mis pechos y los amasa literalmente, me está haciendo daño.

—Carlos para.

—¿No es esto lo que querías nena? —dice jadeando, excitado, demasiado diría yo, no es el Carlos que yo conozco.

—No Carlos, me estás haciendo daño, para. —suplico sollozando.

—¿Era esto lo que necesitabas verdad? —dice sin parar de jadear y rompiendo mi vestido. Luego me arranca la ropa interior, me deja desnuda, vulnerable, como en esos sueños en los que de repente estás sin ropa y te sientes como un animal indefenso, como aquella vez... no puedo soportar esta sensación, estoy demasiado asqueada.

—¡Para Carlos, por favor, así no Carlos, así no, tengo miedo, déjame, déjame! —imploro en un último intento desesperado.

Carlos me suelta prácticamente de un empujón.

—¿No era eso lo que tanto me has pedido?, ¿no querías ser como esas a las que me follo?, pues ahí lo tienes, lo has conseguido, mira lo que me has hecho hacer. —Escupe las palabras, no tiene compasión.

Lloro desconsolada, Carlos se marcha dando un portazo y yo me quedo en un rincón abrazándome las rodillas, yo no quería esto, yo solo quería hacer el amor con mi pareja, consentidamente, no una primera vez de bragas rotas y caricias que impliquen dolor.

A la mañana siguiente no voy a trabajar, llamo a mi secretaria para que informe a Carlos de que estoy indispuesta. Lo siguiente que hago es llamar a un cerrajero para que cambie la cerradura de mi apartamento. Ahora lo tengo muy claro, no voy a casarme con un animal, no voy a cometer el error de pasar el resto de mi vida con Carlos.

Ahora mismo, no quiero ni que se me acerque, me sentí privada de mi derecho a decidir y eso no se lo puedo perdonar. De pronto sin venir a cuento empiezo a pensar que quizás sea yo la que lo he llevado a actuar así, pero destierro la idea de mi cabeza a los pocos segundos, yo solo he pedido lo normal en una pareja, no merezco ser forzada por ello.

Carlos me ha llamado muchas veces, no se lo he cogido, me ha enviado varios mensajes, todos pidiendo perdón, que si está muy arrepentido, que si no sabía lo que hacía, que la rabia lo cegó.

«Esta noche pasaré por tu casa, quiero disculparme en persona».

A ese sí le contesto, lo que menos me apetece es verlo.

«Por favor, necesito espacio, quiero estar sola, no vengas».

Lo próximo que me envía son unas caritas tristes. Pero no me voy a doblegar, no quiero verlo.

Eli me llama, pero no le cuento la verdad, tan solo le digo que algo me ha sentado mal y no me encuentro bien. Me pregunta por mi cita con Júpiter, pero le digo que ya hablaremos, que ahora necesito dormir, que no he pegado ojo en toda la noche y es la verdad.

Paso todo el día tumbada en el sofá intentando dejar la mente en blanco, mañana tendré que enfrentarme a Carlos y he de hacerlo, tengo que romper el compromiso y me da igual lo que piense el resto del mundo, yo quiero ser feliz, he comprendido demasiado tarde que no hay nada perfecto y que lo importante es estar a gusto conmigo misma y con lo que me rodea, aunque sea imperfecto.

CAPÍTULO 11

Hoy los números no son mi fuerte, no consigo concentrarme, no dejo de pensar en lo que pasó con Carlos, incluso mi encuentro con Júpiter ha pasado a un segundo plano. Solo pienso en la sensación de impotencia que se apoderó de mí, del miedo, del asco, sí, un asco total por el hombre por el que antes bebía los vientos y a quién había idealizado sin apenas conocerlo, porque esa es la verdad, no conozco al hombre con el que supuestamente voy a casarme. Pero hoy lo tengo muy claro, no sé cuál será mi futuro a partir de ahora en la empresa, pero sinceramente, he llegado a un punto en el que si me echan me hacen un favor, soy consciente de que he sacrificado mucho en este lugar, demasiado diría yo. Antes no era consciente de ello, me cargaban de trabajo y yo pedía más y más. Ahora me siento cansada de todo, y después del desagradable acontecimiento, no quiero seguir viendo día sí, día también a Carlos. El problema es que sé que tendré represalias, que me toparé con un veto que hará que no vuelva a trabajar en mucho tiempo, por lo menos no en una gran empresa como es Claiser. Pero sé que puedo comenzar de cero, que quizás en otro lugar pueda ser feliz, no se acaba la vida en Claiser, lo tengo claro, pero a la vez me asusta.

Después de meditarlo mucho llamo a mi secretaria y le digo que averigüe si Carlos está en su despacho. Un par de minutos después recibo respuesta.

Dos toques cortos en su puerta.

—Pasa Daniela.

—Tengo que hablar contigo. —Ni siquiera le doy opción a qué me salude y mucho menos a que se disculpe.

—Yo también tengo que hablar contigo nena.

Ahora mismo ese «nena» suena odioso. Le interrumpo y hablo sin apenas respirar.

—No voy a casarme contigo Carlos.

Carlos me mira y con toda la frialdad del mundo contesta con un escueto.

—O.K.

Luego hace ver que está escribiendo en su agenda y dice.

—¿Algo más?

—No, solo eso, yo informaré a mi familia de la cancelación de la boda, hazlo tú con la tuya.

—¿Algo más señorita Wolf?

—Nada más.

—Pues entonces puede volver a su despacho, va usted muy atrasada con su trabajo, piense que muchas personas matarían por un puesto como el suyo.

—¿Y tú qué sabes?

—¿Qué sé de qué?

—¿De lo atrasado que está mi trabajo o deja de estarlo?

—Tengo los suficientes recursos para saberlo, recuerde que soy su superior.

—Sí, un superior que no sabe hacer la o con un canuto.

—Mira Daniela, sal ahora mismo de mi despacho, una gilipollez más y te vas a la calle ¿me entiendes?, a la puta calle.

Aprieto los dientes y los puños, pero me contengo, ni me molesto en contestarle, doy media vuelta y salgo de su despacho dando un portazo.

De vuelta a mi oficina le digo a mi secretaria que no me pase llamadas. Otra vez las lágrimas hacen acto de presencia, esto se está convirtiendo en una mala costumbre. Tengo que dejar de llorar.

Oigo mi móvil sonar, es él, Júpiter, es como si se oliera que no estoy bien, pero no quiero cogérselo, aunque necesito oír su voz, no quiero responder con este gran nudo en mi garganta, además, le pedí tiempo, debería respetarlo, pero es que me empeño en torturarme, en cerrar puertas que podrían hacer entrar más luz en mi alma. En un arrebato contesto a su llamada.

—Hola preciosa.

—Hola...

—¿Cómo estás?

—Mal.

—¿Y eso? Cuenta, cuenta...

—Quiero estar contigo.

—Y yo contigo, ¿qué te lo impide?

—Ahora ya nada.

Y corto la llamada, acabo de tener una de mis crisis inconscientes de sinceridad, esas que solo este hombre me arranca. ¿Para qué le digo que estoy mal?, si es que no me comprendo ni yo.

Me levanto de mi impresionante sillón de piel negra, me dirijo al gran ventanal, me quedo mirando al horizonte, al mar, a la gente que parece tan feliz y se ve tan pequeñita desde el rascacielos de Tarragona.

Niego con la cabeza, me voy, necesito salir de aquí, necesito sentir a Júpiter, amarlo y decirle una gran verdad, decirle que quiero pasar el resto de mi vida con él.

Cuando el personal me ve salir tan efusivamente, corriendo a decir verdad, alegre, sonriendo, libre, se me quedan mirando como si estuviera loca, me trae sin cuidado lo que piensen. Hago volar mi Mini, me desespero en cada semáforo, en cada paso de peatones, cumplo con las normas en la carretera, que una cosa es desmelenarme, otra muy distinta poner en peligro a los demás y a mí misma.

Esta vez encuentro el Café Canalla a la primera, y allí está él, solo, esperándome. Me he quitado los tacones, voy descalza, si me clavo alguna piedrecilla en el pie ni cuenta me doy, corro a su encuentro y el me corta el paso con su abrazo y un gran beso.

Después de nuestro reencuentro pierdo la noción del tiempo, el tiempo vuela, y descubro el lugar secreto en la guarida de Júpiter, allí a parte de la noción del tiempo perdemos la ropa, la cabeza y ganamos en pasión, la

habitación decorada en estilo colonial se torna incandescente, se puede palpar la pasión en el ambiente, es una tarde de pérdidas y ganancias, pero los números no son los protagonistas hoy, y sin números todo cuadra. Me dejo arrastrar, me siento tan bien que puedo tocar el cielo con mis manos, hoy es una tarde de pérdidas y ganancias, pierdo la virginidad mientras gano la libertad que tanto ansiaba.

Abrazados, felices, libres y sinceros, así somos ahora Júpiter y yo, no sé qué demonios pasará a partir de hoy, pero sigo diciendo que ahora mismo es en lo que menos pienso, solo me dejo llevar por este sentimiento tan nuevo para mí. Me dejo llevar por el hombre que tengo a mi lado, tan comprensivo, tan bueno, tan diferente a Carlos. No quiero comparar, pero es imposible no hacerlo.

Cenamos en la cama, me miro y no me lo creo, yo, doña perfecta dejando migas en las sábanas, y lo mejor es que no me importa en absoluto. Luego y tras hablar durante horas nos quedamos dormidos, y siento que mi alma está tranquila, porque ahora estoy dónde quiero estar.

El abrazo cálido de Júpiter me transmite tanta paz que he olvidado de un plumazo los acontecimientos de estos dos últimos días.

—Te quiero. —me dice Júpiter mientras besa mi sien.

—Te quiero. —le respondo, un «yo también te quiero», sonaría un poco cutre.

CAPÍTULO 12

De pronto siento frío, mucho frío, busco a Júpiter en su lado de la cama, pero solo encuentro un gran bulto demasiado duro para ser el cuerpo de una persona. Me retiro de un respingo y me clavo algo en una pierna. Abro los ojos y ya es de día. Me horrorizo al descubrir que no estoy junto a Júpiter, que no me hallo en la parte trasera del Café Canalla, que estoy en cualquier sitio menos en una habitación. Me incorporo, creo estar en una especie de edificio en obras. La ansiedad crece dentro de mí a pasos agigantados, ¿dónde se supone que estoy?, ¿dónde está él?, y, ¿cómo he llegado a este lugar?

El viento me susurra que he sido una ingenua, el frío en mi cuerpo no es superior al que siento ahora mismo en mi corazón. No entiendo nada.

Oigo voces que se acercan, risas, son varios hombres. Entonces me doy cuenta de que estoy desnuda, miro a mi alrededor, mi traje y el resto están esparcidos por el suelo, el suelo, ese mismo donde me encuentro yo. Estoy encima de una gran lámina de plástico y el cálido edredón de *patchwork* que nos cubría ayer a mí y a Júpiter, ahora es un gran trozo de tela de saco, recia, áspera y demasiado sucia.

Las voces de los hombres suenan tan cercanas que no me atrevo a levantarme a por mi ropa. Me escabullo debajo de la mugrienta tela, pero es demasiado tarde.

—Joder con la loca, ¿otra vez aquí?, te hemos dicho por activa y por pasiva que te marcharas de una jodida vez, aquí no se puede estar y mucho menos dormir. —dice un hombre muy alto y de complexión gruesa.

—No seas tan duro Víctor, la chica no está bien. —Lo intenta calmar un chico bajito y delgaducho con una voz estridente que recuerda a... una motosierra oxidada. Entonces recuerdo las palabras de Eli. No puede ser, me temo lo peor.

—Yo, ¿dónde estoy? ¿Quiénes sois vosotros?

—Nosotros, los trabajadores de este lugar que está en obras, como ya le he dicho muchas veces, esto no es ninguna cafetería. Haga el favor de vestirse y largarse de aquí, nos va a meter en un lío. —me increpa el tal Víctor bastante enfadado.

Estoy en *shock*, ¿qué me están queriendo decir estos hombres?

—¿Dónde está Júpiter? —pregunto con un hilito de esperanza.

—Nos ha jodido, Júpiter está, no se irá nunca, lo que dudo es que usted pueda llegar a él si no es en cohete.

—Me están engañando, me quieren hacer pensar algo que no es verdad, Júpiter estaba conmigo.

—¡¡A ver puta loca de mierda, sal cagando leches de aquí o llamo a la policía!!, te voy a dar dos minutos, estoy generoso hoy, ya me tienes hasta los cojones, cada dos por tres aquí dando el coñazo con Júpiter y su puta madre.

Entonces algo en mí se rompe, una sensación de pérdida enorme se apodera de mí, todo me da vueltas, esos hombres mirándome como si fuera un bicho raro, el lugar menos acogedor del mundo, mi ropa esparcida por el suelo, entonces solo puedo gritar, gritar muy fuerte, y mis alaridos desgarradores me fraccionan el alma en pequeñas tiras ensangrentadas.

—¡¡JÚPITER!!

Me mareo, siento náuseas, sigo gritando, no consigo moverme del lugar donde me encuentro, sé que me caería al suelo si me pusiera en pie, no tengo fuerzas, mi mente se está bloqueando, me pierdo a mí misma, y todo se funde a negro, entonces lo veo, un lugar precioso, un prado, hay miles de flores que emanan un delicioso olor, lo llamo, corro hacia él, pero la distancia cada vez se hace más y más larga. Él me mira, pero no se mueve, no dice nada. Cada vez corro más deprisa, estoy descalza y me clavo todas las piedrecitas del lugar, sigo corriendo, pierdo el aliento, pero es inútil, Júpiter está cada vez más lejos. De pronto niega con la cabeza, se da media vuelta y se va difuminando a cada paso, luego lo pierdo.

—Daniela, nena, despierta. —Lo que menos necesito oír ahora es la voz de Carlos.

Miro a mi alrededor, estoy en un hospital. Carlos está junto a mí. Me mira

con cara de circunstancias.

—¿Qué hago aquí? —pregunto sin apenas voz.

—Daniela, me llamaron unos obreros, no me puedo creer lo que me dijeron.

Entonces recuerdo mi horrible despertar, no ha sido un sueño, ese mal momento lo he vivido de verdad. He gritado tanto que ahora estoy afónica. Es lo último que recuerdo, que gritaba y todo me daba vueltas.

—Me ha dicho el médico que has sufrido una crisis de ansiedad. Pero Daniela, ¿me puedes explicar en qué estabas pensando?, te han encontrado desnuda en un bajo en construcción. Para más inri, me han dicho que llevas semanas frecuentando el lugar, que estás como ida, que hablas sola y que parece tener un amigo imaginario.

No sé qué decir, prefiero quedarme muda, no puedo asimilar lo que estoy oyendo, Júpiter no puede ser fruto de mi imaginación.

—Daniela, ¿qué te está pasando?, ¿qué nos ha pasado? —pregunta Carlos a la vez que aprieta mi mano entre las suyas.

Sigo sin poder articular palabra, no me cabe en la cabeza que Júpiter no sea más que una broma pesada de mi cerebro. Un amigo imaginario como dice Carlos. No puede ser, sus besos eran tan reales, sus caricias, la noche que hemos pasado juntos, el calor de su piel, su pelo entre mis dedos, simplemente me niego a reconocer que tengo algún tipo de enfermedad mental que me ha hecho crear al hombre de mi vida. No quiero llorar delante de Carlos, mi dolor, prefiero pasarlo sola, por lo que retiro mi mano de las suyas y me doy media vuelta. Ahora solo necesito dormir, quizás pueda ver a Júpiter en mis sueños, quizás pueda darme una explicación lógica, un porqué, algo que me haga pensar que no estoy loca.

Carlos se levanta y abandona mi habitación. Me quedo conmigo misma, con mis recuerdos y mi duelo, quizás pueda vivir sin él, pero de lo que estoy segura es que siempre faltará una pieza en el rompecabezas de mi vida, una crucial, esa que da sentido a la imagen, esa que es tan difícil de encontrar y en caso de lograrlo, encaja a la perfección. ¿Dónde estás amor?

CAPÍTULO 13

En el hospital las horas pasan lentas, la monotonía y la falta de actividad, son solo interrumpidas por las visitas de Carlos y del doctor Casal, un hombre afable de mediana edad que se está portando estupendamente conmigo; al menos es comprensivo y hay veces que pienso que me cree. En otras ocasiones simplemente me doy cuenta de que me mira con compasión. Hoy me han informado de que van a trasladarme a un centro de salud mental, por decirlo de manera menos dura, la verdad es que el hecho de que me lleven a un manicomio ahora mismo me da igual, de hecho, si me abren en canal sentiría menos dolor del que estoy experimentando. Hoy me visitó Eli, no se comportaba conmigo como siempre, también me miraba con compasión. Cuando le he contado lo que había ocurrido con la esperanza de que me creyera y convenciera al resto del mundo de que no estoy loca, no me ha dicho lo que yo quería oír, me ha tomado por una trastornada, como los médicos, como Carlos, pensé por un momento que mi amiga me ayudaría, pero me equivoqué.

—Daniela, no te hagas más daño —me ha dicho en tono lastimero—, Júpiter solo está en tu imaginación, no existe por Dios Daniela, reacciona amiga, él no es real, tienes que dejar de torturarte, tienes que volver a ser la de siempre, por favor Daniela.

—Vete de aquí, no quiero volver a verte, eres mi amiga, sabes que jamás me inventaría algo así, él existe Elia, no estoy loca, tienes que creerme.

Con lágrimas en los ojos repite una y otra vez la misma perorata. Pero cuando me enfado de verdad le toco la fibra sensible, no sé de donde salen mis palabras, pero le hago daño, le digo que es una fracasada, que jamás nadie la ha querido de verdad, que es una chica de una noche y solo la quieren para acostarse con ella. No sé por qué he escupido mi veneno, solo he repetido lo que dicen de ella las malas lenguas, yo no pienso eso de mi amiga, pero quería que se fuera, que me dejara sola con mis pensamientos, esos que no hacen más

que atormentarme, es como si Júpiter hubiera muerto y yo estoy enfadada con el mundo y con él por abandonarme a mi suerte.

Lo busco en mis sueños cada noche, pero ya no lo encuentro, ha desaparecido del mundo real y del onírico. Lo necesito, y el hecho de pensar que solo ha sido una fantasía me pesa demasiado.

Pasan los días, ya no estoy en el hospital, me trasladaron al psiquiátrico hace varios días, la apatía se ha apoderado de mí ser, no tengo ganas de seguir adelante, no sin él.

El doctor Casal me ha visitado en varias ocasiones, es como si se sintiera culpable por haberme ingresado en este lugar, pero aquí estoy, viendo pasar el tiempo sin pensar en el mañana.

No estoy mal del todo, en otras circunstancias me horrorizaría ver todo lo que veo a diario, pero he aprendido a ignorar a los demás, a recluirme en mi cascarón, a buscar en mi interior un atisbo de luz que me acerque a Júpiter y volvamos a ser libres otra vez.

—Te has enamorado de una ilusión Daniela. Apenas has tenido contacto con Júpiter, ¿cómo puedes decir que estás enamorada y que es el hombre de tu vida? —La voz de Elia me hace volver a la realidad, una realidad que no es la que me corresponde vivir.

—Porque eso se sabe, porque cuando estoy junto a él siento muchísima paz, porque me hace sentir libre, no condicionada, sin tener que demostrar lo válida y eficiente que soy en cada momento.

—Daniela, él no existe, hasta que no lo aceptes no saldrás de aquí, y no puedo verte en este sitio. Ese Carlos es un mal bicho, no entiendo por qué te ha hecho esto, me dan ganas de cogerlo por el cuello al muy cabrón.

—Elia, no me vais a convencer, ni tú, ni Casal, ni Carlos, ni esos obreros, Júpiter existe y no pararé hasta demostrarlo.

—Por lo menos finge que aceptas que todo ha sido fruto de tu imaginación por un estado de estrés o por lo que sea, tienes que salir de aquí Daniela, yo sé que tú no estás loca, por favor hazme caso.

—¿Y claudicar?, y aceptar algo que yo sé que no es verdad, no Elia, no soy una persona hipócrita, no me van a doblegar.

—Dani no seas tonta, es solo para salir de aquí, luego cuando estés en la calle haz lo que te dé la gana, incluso buscar a Júpiter si eso te hace feliz, pero tienes que salir de aquí amiga.

Las palabras de Elia me hacen recapacitar, en este lugar no puedo demostrar que no miento, me horroriza la idea de reconocer algo en lo que no creo, pero Eli tiene mucha razón y eso hace que planee mi estrategia con todo detalle.

Estoy sentada en la consulta de mi psiquiatra, el doctor Ignacio Salas. Es un hombre algo enigmático, clava sus negros ojos en los míos y me es difícil aguantarle la mirada. De rasgos afilados y piel bronceada, de joven tuvo que ser muy atractivo, ahora peina canas y creo que su perfecta dentadura es postiza. Eli diría que es un madurito interesante, para mí solo es la persona que decidirá mi futuro.

—Señorita Daniela Lobato, ¿cómo se encuentra hoy?

—Es Wolf, Daniela Wolf. —respondo indignada, sí, en realidad soy Daniela Lobato, pero hace muchos años que cambié mi apellido, Daniela Lobato era débil, vulnerable, era la presa fácil de aquellos niños malvados del colegio, esos que hicieron que se metiera en una burbuja de cristal, de alguna manera la transformaron en lo que ahora es, alguien inquebrantable a ojos del mundo, al menos en apariencia, otra cosa es el interior de Daniela Wolf, mi interior, donde se esconde la antigua Daniela agazapada entre todos sus fantasmas, los míos.

Cuando entré a trabajar en Claiser como Daniela Lobato, el señor Claiser, el padre de Carlos me sugirió ese pequeño cambio en mi apellido, según él, Wolf tenía mucha más fuerza que mi apellido español. Todavía no entiendo que mi antiguo jefe me propusiera semejante tontería y por motivos tan superficiales como es lo bien que suena uno u otro. Pero, me gustó la idea, siempre odié mi apellido, el de mi padre, aquel que nunca estuvo, aquel que se fue con otra y nos dejó a mí, a mi hermana y a mi madre a nuestra suerte. Por ello no me importó cambiarlo y lo hice.

—De acuerdo señorita Wolf, dígame, ¿qué tal se encuentra hoy?

—Bien, tranquila. —respondo un poco a la defensiva.

—¿Ha vuelto a experimentar ausencias?

—No, no ha vuelto a pasarme.

—Bien. ¿Y la medicación?, ¿sigue con dolor de cabeza?

—Poco a poco va remitiendo. —Obviamente, hace días que dejé de tomar la medicación, la estoy tirando por el inodoro, sé que no es muy ético, soy una persona preocupada por el medioambiente, pero no se me ocurre un lugar mejor donde tirar las malditas pastillas.

—Perfecto. Y, ¿ha vuelto a ver a su amigo imaginario? —pregunta como si le estuviera hablando a una niña pequeña.

Niego con la cabeza.

—Ahora sé que no existe, estaba muy estresada con la boda y quizás la ansiedad me superó. —Miento descaradamente, pero lo digo con tal firmeza que tengo la impresión que el doctor me cree.

—¿Está segura Daniela?, ¿Júpiter no ha vuelto a visitarla?

—Júpiter no existe. —espeto apretando los dientes, intentando que no se me escape todo el dolor que llevo dentro al admitir algo que sé que no es verdad.

Los de seguridad me abren la puerta de hierro forjado, voy vestida con un traje de chaqueta blanco sobre una camiseta negra con escote. Mi pelo recogido en un moño a lo Audrey Hepburn y unas gafas de sol negras ojos de gato. Zapatos de tacón negros y bolso a juego. Me he maquillado algo más de lo habitual en mí, le pedí a Eli que me trajera un lápiz de labios rojo, hoy me da igual parecer una puerta, por fin salgo de este agujero.

Han pasado dos semanas desde mi entrevista con el doctor Salas, después de esa han venido más, en todas he mantenido en firme mi discurso aprendido a base de mentiras. Decidí no volver a pronunciar el nombre de Júpiter, al menos hasta que estuviera en la calle. Veo a Carlos esperándome apoyado en el capó de su Audi A4, ese que usa para ir a trabajar. Lleva tejanos y una camiseta, nada habitual en él, pues Carlos siempre lleva traje. Su pelo castaño al viento, esos preciosos ojos verdes y su perfilada musculatura le hacen un hombre sexi, pero lo peor de Carlos es lo que se oculta debajo de ese bonito cabello castaño claro.

—Hola nena. —me dice sonriendo y mostrando su blanca dentadura.

—Hola Carlos, marchémonos de aquí.

—Ahora mismo princesa.

¿Princesa?, esto es nuevo, Carlos jamás me había llamado de otra forma que no sea Daniela o nena.

Nos subimos al coche, Carlos arranca y nos vamos chirriando ruedas, dejando una estela de polvo y arena.

Tras dos meses de tratamientos, pastillas y lavado de cerebro, quiero recuperar el rumbo de mi vida, quiero volver a ser la Daniela fuerte que fui, la que hacía temblar a la multitud tan solo con el sonido de sus tacones. Pero en el lado oscuro de mi mente, en ese que no quiero que nadie vuelva a inmiscuirse, allí está él, Júpiter, lo tengo a buen recaudo en un rincón de mi pensamiento, en el corazón ya no lo puedo encontrar, pues él me lo robó y ahora soy un ser que vive con un agujero en el pecho. Lo tengo muy claro, encontraré a Júpiter aunque sea lo último que haga, no me daré por vencida porque sé que en algún lugar él me está esperando.

CAPÍTULO 14

Tras mi salida triunfal del psiquiátrico, Carlos me dio unos días de vacaciones. Yo quería incorporarme a mi trabajo lo antes posible, pero él no me dio opción y al final claudiqué, ya, que pensándolo mejor, unos días para desconectar y para reorganizar mi casa, mi situación financiera, mis cosas, mi vida y sobre todo, mi vestuario, me iban a venir de perlas. Ahora mi armario no es un lugar lúgubre y gris, pues lo he llenado de color, todo el color que Júpiter aportó a mi vida en tan solo unos breves e intensos encuentros.

Estos días he aprovechado para ir a la playa, para pensar, para ver los recuerdos como algo positivo y no como un lastre. La sensación de pérdida poco a poco va remitiendo, pero por mucho que intente demostrar a todo el mundo que Júpiter no existe y yo lo he aceptado, sé de sobra que eso es solo la versión oficial, superficial y de supervivencia; no es sitio para mí una clínica para enfermos mentales. Yo no soy una enferma, una enferma jamás podría llevar adelante el departamento financiero de una empresa como lo he hecho yo todos estos años.

Tras mirarme al espejo me digo a mí misma, «Daniela tú puedes», me gusta el reflejo que me devuelve el bonito espejo de mi cuarto de baño. Mi vestido colorido, mi pelo suelto, algo impensable hasta hace poco. Sonríe a mi reflejo y abandono la estancia sintiendo que detrás de mí hay unos ojos que me observan, los míos desde el espejo.

Arranco mi precioso Mini, acaricio su volante.

—Te he añorado pequeño.

Conduzco por la A-7 dirección a Tarragona. No puedo evitar suspirar, hoy volveré a Claiser después de varias semanas desaparecida en combate. Carlos me ha dicho que no ha dado explicaciones de mi ausencia y al parecer solo Eli sabe lo que ha pasado conmigo. Quizás eso haga que no me sienta la mar de incómoda al pensar que todo el mundo piensa de mí que soy una desquiciada.

Como siempre, recorro los pasillos con mi ya mítico taconeo inquisidor, todo el personal se gira y abre los ojos cuando me ve aparecer. Por raro que parezca me saludan afablemente; cosa que agradezco, estoy harta de ser el ogro que aparece cada mañana por la empresa para cortar todas las conversaciones a mi paso. Les devuelvo el saludo con una sonrisa que hasta ahora había permanecido en el anonimato.

Cuando llego a la puerta de mi despacho me quedo de piedra al comprobar que no es mi nombre el que hace acto de presencia en la puerta.

«Srta. María García»

Se me cae el mundo encima, ¿Por qué precisamente a ella?, y ¿por qué Carlos se ha tomado la molestia de cambiar el cartel para unas cuantas semanas?

Me dirijo al despacho de Carlos, no me he atrevido a entrar ni siquiera en mi oficina.

—Buenos días Carlos.

—Hola Daniela. —dice escrutándome con la mirada, parece que le ha sorprendido mi cambio de imagen, pero no dice nada sobre ello.

—Carlos, he visto que en mi despacho habéis cambiado el cartel con mi nombre por el de María.

—Efectivamente Daniela, es algo que tenía que decirte pero no he encontrado el momento, estos días me hubiera gustado pasar a verte, pero me fue imposible.

—Carlos, ¿le has dado mi puesto a María García?

—Verás Daniela, Claiser como tú bien sabes no está pasando por su mejor época, no podía permitir que el departamento financiero de la empresa estuviera desgobernado durante tanto tiempo.

—Vale, pero, ya estoy aquí. —le digo con los brazos en jarra.

—Sí Daniela, pero, nos hemos reunido mi padre y yo, él ha decidido relevarte de tu puesto, al menos durante algún tiempo.

—¿Entonces?, ¿estoy despedida?

—No, que va Daniela, ¿cómo puedes pensar eso?

—Pues, ¿qué se supone que haré ahora? ¿Archivar todo el puñetero día? —pregunto cada vez más enfadada.

—Tranquila nena.

—¿Tranquila? ¿Tranquila dices?, no es para estarlo Carlos. ¿Qué se supone que haré a partir de ahora?

—Serás la contable.

—Ya era la contable a parte de la directora financiera.

—Pues ahora, solo llevarás la contabilidad, creemos que necesitas un descanso.

—Quizás eso lo tendría que decidir yo, ¿no?

—Recuerda que tú solo eres una empleada.

—Sí, pero para quitarme funciones creo que tiene que haber una razón de peso.

—¿Te parece poca razón el hecho de que hayas estado ingresada en un psiquiátrico después de que te encontraran en una obra desnuda y desvariando?

—¿Cómo puedes...?

—Daniela, esto es lo que hay, ¿lo tomas o lo dejas?, además, da gracias de que mi padre no te ha puesto de patitas en la calle, porque él me dijo clarito que debía despedirte y tuve que interceder por ti, y sabes de sobra que él no es fácil de convencer.

—Vamos, que se supone que encima tengo que darte las gracias. Gracias señor Claiser. —digo con retintín.

—¿Algo más Daniela?

—Sí, ¿cuál es mi nuevo despacho?

Aquí estoy, en uno de los pequeños cubículos sin vistas del personal de administración de Claiser, cuando Carlos me ha enseñado mi nueva mesa no me lo podía creer. Tantos años en mi despacho, con sus grandes ventanales,

podía ver el mar, La Rambla Nova, el Balcón Mediterráneo. Ahora no veo nada, solo una pared gris en la que únicamente hay colgado un antiguo calendario laboral amarillento por el paso de los años.

Alguien sacó mis cosas de mi antiguo despacho y las dejó apiladas en cajas en el suelo del cubículo, por lo que mi trabajo me está costando acomodar todo lo que tenía en mi «fortaleza».

A mi lado tengo a una chica que creo recordar que hace unos meses empezó a trabajar como auxiliar de administrativa, se llama Natalia, y parece muy agradable, me ha ayudado a poner orden en todo este caos de cajas apiladas. Se lo he agradecido invitándola a un café. Hemos hablado durante un rato en la cafetería, me ha contado que es madre de una niña de un año, que se le hace difícil compaginar el horario de su trabajo con su vida familiar. Qué por las noches estudia derecho por la universidad a distancia.

Ella me ha presentado a otros compañeros, todos la mar de majos, he de reconocer que me emociona, saben de sobra que he sido destronada y no han hecho leña del árbol caído, al contrario, me han arropado como una más, por lo que por la tarde cuando termino mi jornada laboral me voy contenta, ¿qué es un despacho grande, sola?, he disfrutado más hoy en mi nuevo cubículo, que en toda mi trayectoria en Claiser y sus instalaciones de lujo para directivos.

Lo que me ha llamado la atención desde un principio ha sido no ver a Eli en la recepción, quizás esté enferma, pero, es raro que no me haya mandado ningún mensaje.

Cuando llego a casa decido llamarla, pero no me coge el teléfono. Le mando un mensaje, tampoco contesta. No me queda de otra, voy a tener que visitar su mugrienta madriguera.

Compro una botella de vino rosado del mejor que encuentro, en mi línea, en eso no creo que jamás pierda la costumbre, un buen vino te da la vida.

Llamo a la puerta desvencijada del apartamento de Elia, no contesta nadie, insisto, me estoy empezando a preocupar. Tras unos minutos de dejar mi dedo fijo en el timbre oigo la voz de Eli.

—Se puede saber ¿quién cojones está quemando mi timbre?

Eli abre la puerta, su aspecto es lamentable.

—¡Hola Eli! —saludo efusiva mientras le muestro la bolsa de papel con el vino.

—¿Qué haces aquí? —pregunta prácticamente dándome la espalda.

—¿Te pasa algo Elia?

—Nada, no me pasa nada, no es a mí a quién se lo tienes que preguntar, pregúntaselo a ese gusano engréido que es Carlos Claiser.

—¿Qué te ha hecho Eli?

—Que ¿qué me ha hecho?, el muy imbécil me ha despedido.

—¿Y eso?

—Porque dice que yo te he metido todos esos pajaritos en la cabeza, que no soy buena influencia para ti, y que mi trabajo en la empresa es pésimo.

—¿Qué?, pero será miserable, me va a oír ese imbécil, te lo juro.

—Ni te molestes, no vuelvo a ese lugar ni loca, no sabes lo mal que lo he pasado en tu ausencia, no quería decirte nada, tenías que recuperarte, pero Carlos me ha hecho la vida imposible, y esa energúmena de María ni te cuento.

—María, no sé cómo lo habrá hecho, pero le han dado mi puesto Eli, no estoy despedida, pero me han degradado.

—Lo sabía, menudo energúmeno. Sabía que ese cartelito que me hicieron pedir no tenía buena pinta.

—Eli, ¿me dejas pasar?

Elia arquea una ceja y me pregunta:

—¿Daniela Wolf en mi leonera?

—Lobato, Daniela Lobato, en tu madriguera, leonera o dónde haga falta, ¿hace una noche de chicas?

—Hace, ya te digo que hace, anda pasa que hoy le van a petar los oídos al gusano de Carlos Claiser.

CAPÍTULO 15

Los días en mi cubículo pasan rápido, es como si el tiempo flotara, ahora ya no soy una directiva de la empresa, soy solo una contable algo mosca. Estoy observando movimientos sospechosos en las cuentas, salidas de dinero poco claras, no tengo ningún documento que las justifique y cuando me canso de estar en la inopia irrumpo en el despacho de Carlos.

Me quedo de piedra cuando al abrir la puerta sin llamar como era habitual en mí en el pasado, encuentro a Carlos apoyado en su mesa con los pantalones bajados, y a la arpía de María haciéndole una felación, vamos un homenaje a Monica Lewinsky en toda regla.

—Uy, perdón. —Me excuso y cierro la puerta de nuevo.

Entonces es cuando una sensación de *déjà vu* recorre todo mi cuerpo, de pronto lo recuerdo todo. Yo entrando en el despacho de Carlos, María apoyada en la mesa y con el culo en pompa hablando en plata, Carlos embistiéndola sin compasión.

—¡Hijo de puta! —dije mientras me abalanzaba sobre ellos y cogía a María por el cuello.

Lo que no entiendo es porque había omitido ese recuerdo de mi mente, sufrí una de mis ausencias, esas que se convirtieron en algo normal durante semanas. Por eso luego Carlos decía que yo era muy comprensiva, será cabrón. Ahora lo comprendo todo, y sobre todas las cosas la manera rastrera de quitarme el puesto de María.

Estoy indignada, la verdad que lo que haga Carlos con su pene ahora mismo me trae sin cuidado, no lo quiero y ya no estamos juntos, pero que una arpía trepa utilice sus favores sexuales para quitarme de en medio es algo que no voy a permitir jamás.

Un rato después y sin dejar de darle vueltas a la cabeza estoy en la cafetería con Natalia y Teo, un comercial de ascendencia cubana que lleva el orgullo gay en la sangre como él dice. Normalmente, me suelo reír mucho con

él, pero hoy estoy ausente y tanto Natalia como Teo me lo han dicho dos o tres veces.

Entonces la veo, se dirige al cuarto de baño, sin pensármelo mucho dejo a mis nuevos amigos con la palabra en la boca y salgo de la cafetería como alma que lleva el diablo.

Entro como un toro a matar y allí está ella, lavándose las manos, se debe haber pasado la tarde metiéndolas en la bragueta de Carlos.

—Tú, chupóptera, ¿con qué así es como me has quitado el puesto no?

—Yo no te he quitado nada, ha sido Carlos quién me ha ofrecido el puesto y yo lo he aceptado, tú hubieras hecho lo mismo.

—Sabes lo que pasa, que yo llegué a dónde lo hice por méritos propios, por esfuerzo, por tesón, por ser una trabajadora incansable. Tú lo has hecho por follarte a tu jefe.

—No es solo mi jefe Danielita, Carlos me quiere a mí, siempre fue así.

—¿Seguro?, pues déjame decirte que no creo que lo vuestro vaya a más, y ¿sabes por qué?, Carlos no se acuesta con la que va a ser su mujer antes de pasar por la vicaría. Si tiene relaciones contigo, solo eres una más para él, se cansará y se buscará a otra, es la cruda realidad.

—Eres una arpía engreída, quieres hacerme daño, estás jodida porque Carlos te dejó, pues déjame decirte una cosa, él te dejó por frígida.

—Venga va María, Carlos no me dejó, fui yo quien rompió los planes de boda, yo lo dejé, si él te ha dicho lo contrario, te está mintiendo.

Decido abandonar el cuarto de baño y allí dejo a María sorprendida, a saber que milonga le ha contado el mal bicho de Carlos.

Con lo que ha pasado, me había olvidado del motivo por el que había ido antes al despacho de Carlos y vuelvo a las andadas, esta vez llamo a la puerta, no sea que me encuentre otro numerito pornográfico.

—Pasa, Daniela.

—Verás Carlos, he observado ciertos movimientos en varias de las cuentas. No tengo ningún documento que los justifique y me habéis cortado el acceso al

banco, ya no puedo entrar con mis antiguas claves, sabes que para llevar bien la contabilidad necesito tener acceso de consulta a esas cuentas.

—A ver, ¿enséñame esos movimientos?

Le enseñó el extracto bancario y le voy señalando las salidas sospechosas de dinero.

—Está todo bien Daniela, esos movimientos son legítimos.

—Vale, pero necesito el documento que los justifique, vamos, la factura o lo que sea.

—No son facturas, son préstamos.

—¿Préstamos?, ¿desde cuándo Claiser se ha convertido en una entidad financiera?

—Daniela, te estoy diciendo que esos movimientos son legítimos, el jefe soy yo y aquí se hace lo que yo digo.

—Ya claro, pero no podemos tener salidas sin justificar, por mucho que tú digas que son legítimas. Mira, no me voy a calentar los cascos, las meteré a caja, como si fueran reintegros, o mejor aún, las meteré en partidas pendientes de aplicación, ya no sé qué pensar, pero necesito documento justificante de esas salidas y el motivo de las mismas, si son préstamos tengo que saber a quién se le han concedido y quiero ver el contrato de préstamo si lo hubiere, piensa que eso para que esté bien hecho tiene que tener unos intereses.

—Son préstamos para mí, es dinero que yo he necesitado de manera puntual, lo devolveré y ya está.

—Vale, nos vamos entendiendo, es un préstamo con un socio, o sea, contigo, pero hay que documentarlo.

—Daniela, estás acabando con mi paciencia, haz lo que te dé la gana, pero déjame en paz, estoy harto, eres una paranoica.

—Mira, llámame paranoica si quieres, pero dentro de un rato volveré con un escrito que tú me vas a firmar, en dónde me exoneras de toda responsabilidad por esos movimientos sospechosos.

—¿Qué vas a ganar con eso?

—Que luego nadie venga a culparme a mí.

—¿Y tú qué tienes que ver con eso?

—Pues que sigo siendo la directora financiera de manera oficial, no quiero líos.

—Eso tiene fácil arreglo Daniela.

Carlos coge el teléfono inalámbrico de su mesa y llama a su secretaria.

—Prepare el cese de Daniela Lobato, sí, el cese en su cargo anterior, hable con los del departamento laboral, necesito que se le cambie su contrato. Sí, sí, auxiliar de administrativa, como todos los demás. No me replique y haga lo que le digo.

—Eres un gusano.

—No Daniela, soy tu jefe, no lo olvides.

Salgo del despacho de Carlos, las lágrimas resbalan por mis mejillas. Me meto nuevamente en mi pequeño cubículo, allí me protejo, es como mi nuevo cascarón.

—¿Qué te pasa Daniela?

La voz de Natalia me hace volver a la realidad.

—Nada, no te preocupes, solo estoy algo cansada.

—Mira, tengo muchos menos años que tú, y menos experiencia, pero no dejes que te tumben, pareces una mujer fuerte y es muy injusto lo que están haciendo contigo. Mira, toma esta tarjeta, este chico es del sindicato y te asesorará, es demasiado raro que te degraden sin motivo, habla con él, es muy bueno, de verdad.

Acepto la tarjeta de Natalia, más que nada por cortesía. Nunca he hablado con ningún sindicato, yo antes estaba demasiado cerca de la cúpula, no tenía queja de nada, mi sueldo era más que generoso, mi despacho un sueño; sí, tenía demasiado trabajo y estaba muy estresada, pero mis condiciones laborales eran muy buenas. Ahora no sé ni siquiera lo que voy a cobrar, probablemente no me paguen ni la mitad que antes. Quizás me lo tenga merecido, he sido una prepotente todo este tiempo, no me importaban lo más

mínimo los problemas de toda esa gente que habitaban los cubículos de Claiser, esas personas anónimas de las que ni sabía el nombre, esos trabajadores que también se estaban dejando la piel al igual que yo, pero por un mísero sueldo y escasos privilegios. Ahora que estoy en esa selva de tabiques grises, y esas personas son para mí importantes, veo la realidad de la empresa, lo injusto que es esa diferencia de clases que se respira en Claiser, esa falta de empatía con esa pobre gente. Solo son números, peones, solo somos números, y yo soy un número más, pero no he sido consciente hasta ahora, era un número entre algodones, y me quitaron mi cuna de oro, pero, pensándolo bien, ¿qué más da?, creo que mi tiempo en Claiser terminó, y debo emprender mi camino hacia otro lugar donde me sienta valorada, un lugar donde volver a hacer magia.

CAPÍTULO 16

Ya en mi casa, delante de ordenador, con una infusión de violetas entre mis dedos, vuelvo a pensar en él, en Júpiter, en mi primer encuentro accidentado con él y esa taza pintada a mano. La misma que ahora sostengo aún desconcertada.

Esta tarde al salir del trabajo me dirigí a la Vall de l'Arrabassada, deambulé sin éxito por la zona. Me paré en el puente sin salida otra vez, volví a arrancar mi coche, di vueltas sin parar, pero no encontré lo que buscaba, no hallé el Café Canalla; pero sí la obra donde me desperté totalmente desnuda y desorientada.

—Hola. —saludo al chico de la voz chirriante que está recogiendo sus herramientas de trabajo, él se sorprende al verme.

—Señorita, no quiero problemas, ya le dijimos por activa y por pasiva que el tal Júpiter no existe y que esto no es ninguna cafetería.

—Solo quiero hacerle unas preguntas, no se preocupe, no soy peligrosa.

—Pues sea breve, mi jefe está por aquí y como la vea llamará a la policía.

—No será necesario, de verdad, confíe en mí.

El chico suspira y hace un gesto de fastidio, pero decide escucharme.

—Por favor, necesito que me explique lo que pasó, todo lo que vio desde que aparecí por primera vez en este lugar, necesito saber la verdad.

—La verdad... no sé yo si es buena idea.

—Por favor, hable. —digo firmemente y mostrando mi poca paciencia.

—Pues, usted entró un día en la obra muy nerviosa, llorando y desorientada, se sentó en esa silla y se quedó dormida.

Miro la silla, una simple silla de plástico maltrecha, acompañada de una mesa roja, de esas típicas de los bares.

—Pocos días después volvió a aparecer, se sentó en la misma silla, parecía que hablaba con alguien, pero no había nadie, usted estaba hablando sola. Pasaban los días, y sin venir a cuento volvía a aparecer, en una ocasión me llamó Júpiter, se acercó a mí y me dio un beso en los labios.

—¿Qué? —Me horrorizo al oír eso y me temo lo peor.

—Una pregunta, y temo la respuesta, pero ¿usted y yo no hemos hecho nada de lo que yo pueda avergonzarme? Me explico, usted y yo no nos hemos acostado, ¿verdad?

—No, no, por supuesto que no, yo soy un hombre felizmente casado y en cuanto me besó en los labios la separé de mí y le dije que se equivocaba de persona. Mire, mi jefe la echó de aquí varias veces, en una ocasión usted se quedó dormida en su coche, con las puertas abiertas, no me pareció un buen sitio para que una mujer se quedara a pasar la noche, la intenté despertar, pero fue imposible. Entonces cogí su móvil y llamé al último número al que usted había llamado, era una chica que se llamaba Elia o algo así, me dijo que era su amiga y que pasaría a buscarla.

—Dios mío. —Me entristezco por segundos, empiezo a pensar que sí es verdad que me lo inventé todo.

—Una cosa, este local ¿qué era antes de que ustedes empezaran la obra?

—Que yo sepa era un *pub* o algo por el estilo, era de tres amigos creo, pero yo solo conocí a la chica, que se llamaba Kira creo recordar.

—¿Sabe cómo se llamaba el local?

—No recuerdo, espere, lo tengo en la punta de la lengua, un nombre raro, así como étnico.

—Por favor, haga un esfuerzo.

—Kilambo, Kilingo, algo así, vale, ya sé, creo que era Kilombo.

—Kilombo... bueno, muchas gracias por todo.

—De nada, pero ahora váyase, está bajando mi jefe y si la ve aquí se liará.

Salí de la obra y caminé unos pasos, entonces es cuando la vi, en el contenedor de la obra, en una pila de escombros, la taza en la que Júpiter me

sirvió el primer día que aterricé en el Café Canalla su infusión de violetas. No pude evitar la emoción, algo, un pequeño detalle, algo que me hizo pensar, que no me lo pude inventar todo, la tacita existe, le falta un trocito y ahora disfruto de una infusión de violetas que he comprado en una tienda de productos naturales, aún con todo en contra, sabiendo que soy una loca que se inventa amantes imaginarios, hay algo dentro de mí que me dice que no fue un espejismo.

He buscado en internet el nombre del *pub* que había antes de la obra, no he encontrado ningún local llamado Kilombo y, menos aún, en la Vall de l'Arrabassada. Tampoco he encontrado indicios de que en el pasado haya habido ninguno en ese lugar.

La pequeña llamita que se había encendido y me había hecho tener un hilo de esperanza ahora está a punto de apagarse de nuevo. A decir verdad no sé dónde buscar a Júpiter. Ni siquiera sé su apellido, no tengo ninguna fotografía suya para hacer una búsqueda por imagen. Ahora mismo se me hace una montaña encontrarlo. Con respecto al Café Canalla, tampoco he encontrado resultados en Google, es como buscar una aguja en un pajar. Es entonces y habiendo terminado mi infusión cuando me da por mirar la parte inferior de la taza. El nombre Artesanía y Cerámica S. L. hace que se me ocurra una idea.

A la mañana siguiente y después de buscar la empresa por Google con mejor suerte que en las anteriores ocasiones, marco el número de teléfono que me devuelve el buscador. Tras varios tonos una chica muy agradable me atiende educadamente. Le digo que soy Kira, del antiguo *pub* Kilombo, que ahora ya no tengo la empresa pero estoy pensando en montar un nuevo negocio de hostelería y que necesito que me pase presupuesto de las tazas que compré para el *pub*. Mi interlocutora que sigue con su tono amable forzado, me indica que por el nombre de Kilombo no tiene nada, que si puedo facilitarle el CIF de la empresa. Le cuelgo el teléfono, un *pub* jamás tendría en su haber ese tipo de tazas artesanales, no sé cómo no lo he pensado antes de llamar.

Pasan los días y esa pequeña llamita va desapareciendo, aunque intento que el resto del mundo piense que estoy bien, no lo estoy. En el trabajo gradualmente me van quitando funciones sin venir a cuento, me cierran puertas, me ningunean, ya no tengo cabida ni tan siquiera en las reuniones de los directivos como antaño. Con respecto a Júpiter, me aferro a mi pequeño tesoro, una taza que se parece más a mí de lo que se puede adivinar, pequeña,

trabajada y con un trozo indispensable de menos.

CAPÍTULO 17

Esta mañana tuve un encontronazo con María, de nuevo me topé con salidas de dinero sin justificación en los extractos bancarios. Esta vez lo sacaron mediante cheques, no hay nada registrado, de hecho, hace días que María no apunta los cheques emitidos. Ello dificulta mi trabajo y tengo que llamar a cada momento a la puerta de mi antiguo despacho.

—María, ¿me puedes atender un momento? —pregunté aguantando la fuerte punzada de rabia que me recorre el cuerpo cada vez que entro en el despacho que esta arpía me robó.

—¿Otra vez Daniela?, tengo mucho trabajo.

—Pues para variar podrías apuntar los cheques en el registro, no lo estás haciendo y creo que no deberías quejarte de que te pregunte, al fin y al cabo te has quedado con mi puesto de trabajo.

—Mira Daniela, no tengo ganas de aguantar tus pataletas.

—¿Pataletas?, lo que debería es patearte el culo.

—¿Encima me vienes con amenazas?

—Va, dime a qué pertenecen estos cheques y dame las facturas para contabilizarlas, yo no las tengo.

—Sigues siendo una prepotente, ¿qué te hace pensar que yo sé algo de esos cheques?

—Acabáramos... —digo poniendo los ojos en blanco— eres la directora financiera chica, si no sabes eso, no sé qué pintas aquí.

—Pues no lo sé, Carlos ha dicho que no me preocupe por eso, que lo tiene controlado.

—Carlos no sabe ni dónde tiene el trasero.

—Daniela, no deberías hablar así de un superior y te recuerdo, que ahora yo estoy por encima de ti.

—Ya lo veo María, ya lo veo... —sonrió irónicamente y abandono mi antigua fortaleza.

Sí, sé que me he portado como una arpía, pero dónde las dan las toman, y esa sanguijuela de María no sabe con quién se ha metido.

Después de un día agotador conduzco hacia mi casa, pero entonces, pienso que quizás podría ir a la playa Larga, buscar el apartamento dónde cené con Júpiter, dónde me dijo lo que sentía por mí, dónde nos besamos por primera vez.

En el momento que puedo, cambio de sentido y cuando estoy a punto de entrar en el pueblo dónde vivo, vuelvo a Tarragona. Ya bien entrado el otoño, el día es poco apacible y hace una humedad que cala los huesos, en Tarragona es así, la temperatura no es excesivamente baja es más, casi diría que tenemos un clima agradable, pero la humedad hace que la sensación de frío se multiplique por mucho y en verano el bochorno es a veces insoportable.

Cuando llego a la zona de la playa Larga busco el bloque de apartamentos, me entristezco sobremanera al comprobar después de dar muchas vueltas que no lo encuentro. Recuerdo perfectamente el camino, pero en el lugar dónde hace unos meses había un edificio de obra vista, hoy solo hay un solar vallado. El cartel de «EN VENTA» luce con sus letras naranjas fluorescente sobre un fondo negro. Y ahora sí, después de todo lo que he pensado durante todo este tiempo, empiezo a admitir que Júpiter y la fugaz historia que vivimos fueron fruto de mi imaginación, del cúmulo de estrés que planeaba y planea en mi vida.

Derrotada, triste, pero resignada, paseo por la playa, solo el ladrido de algún perro se oye en la lejanía. Eso y las olas que golpean con fuerza contra las rocas. Ya ha oscurecido y el lugar está demasiado solitario, un escalofrío recorre mi cuerpo, también las ideas fatalistas de que algún personaje con malas intenciones me ataca hacen que termine abandonando el lugar.

Ya de vuelta a mi casa, decido que no voy a seguir buscando a Júpiter, que no voy a hacerme más daño. He de poner en orden mi vida y ahora mismo mi obsesión por un imposible no me ayuda. Hay veces que he pensado en volver

con Carlos, ni yo sé por qué lo he pensado, a veces creo que lo que quiero es fastidiar a María. No me apetece para nada volver a tener una relación con él, pero soy humana, y los pensamientos van y vienen, a veces incluso me quitan el sueño, no es agradable que te muevan la alfombra hasta hacer que te precipites al abismo.

Los duros meses de invierno se me antojan como una pesada losa, no soporto el frío, estoy deseando ver los almendros en flor, presagio de que llega el buen tiempo, algo que añoro cada invierno, es lo que tiene ser una persona friolera, que ironía, siempre se me calificó de fría como un témpano de hielo.

Mi amistad con el otro lado de Claiser se afianza cada día que pasa, incluso Natalia me ha invitado al cumpleaños de su hija. Y aquí estoy yo, Daniela, la chica de hielo que se cambió el apellido de cara a la galería para resultar más malvada, por suerte en mi DNI nunca llegó a cambiar. Falsa, esa es la palabra que me repito una y otra vez a mí misma, yo era una falsa, una farsante, una persona con cobertura de pega, ahora me encuentro en medio de un montón de chiquillos que corretean a mi alrededor, de madres que hablan únicamente de sus hijos, sus maridos y de lo cara que se ha puesto la comida. Me siento fuera de lugar, yo no soy así, sé de sobra que soy una *rara avis*, y estas madres abnegadas se dan cuenta desde un principio, intentan buscar conversación, meterme en su saco, pero solo consiguen una sonrisa falsa de Joker.

—¿Estás bien Daniela? —me pregunta Natalia con expresión lastimera.

—Sí, tranquila. —le contesto intentando ocultar mi incomodidad.

—Me apetecía que estuvieras aquí, ya has visto el aquelarre de marujas que tengo en mi casa hoy. —susurra por lo bajini.

—Pensaba que eran tus amigas.

—¡No!, solo son las madres de los niños de la guardería, ellas han invitado a mi pequeña a los cumpleaños de sus hijos, no hubiera estado bien que yo no hubiera hecho lo mismo.

—Ya decía yo, menuda tribu. —digo conteniendo la risa.

—Son chicas café.

—¿Chicas café?

—Sí, ellas no trabajan, llevan a los niños a la guardería y luego se van a tomar el café que les dura toda la mañana, la verdad que hay días en los que me encantaría ser una chica café, siempre voy con el tiempo pegado en el culo.

—Bueno, nosotras somos chicas veneno, entre otras cosas porque a lo que bebemos en Claiser no se le puede llamar café.

—Es verdad, es horrible, pero yo creo que me he hecho adicta a esa bazofia aguachinada.

—Ahora que lo dices Natalia, yo también.

Ambas nos reímos y me siento algo mejor al saber que no soy la única que se siente fuera de lugar frente a las chicas café.

El día que me asomo a la ventana de mi apartamento y veo desde lejos un almendro en flor soy la persona más feliz del mundo. Pongo la música a toda castaña en el ordenador mientras me visto para irme a trabajar. Los Guns N' Roses me dan la bienvenida a la jungla. Primavera, como te quiero, ya casi estás aquí.

De pronto y cuando salgo dispuesta a apagar el ordenador para irme a trabajar la oigo, Soldadito Marinero de Fito y Fitipaldis, me quedo petrificada y las lágrimas resbalan por mis mejillas cuando al final de la canción:

«Después de un invierno malo,
una mala primavera,
dime porque estás buscando,
una lágrima en la arena.»

Entonces recuerdo la sonrisa de Júpiter mientras conducía mi coche. Ha sido un duro invierno, me he esforzado lo indecible por olvidarlo, casi creí haberlo conseguido, pero siempre hay algo que hace que los recuerdos afloren en mi mente al igual que los almendros florecen cuando se acerca la primavera. Desenchufo el ordenador sin piedad, no quiero torturarme más, y la única forma es cortar por lo sano con los recuerdos no deseados, al fin y al cabo, todo está en mi mente.

CAPÍTULO 18

Tras una mañana en la que mi desespero hace que abandone un extracto del banco imposible de contabilizar, entre otras cosas, porque cada vez me proporcionan menos información; quedo con Natalia para ir a comer, también hemos quedado con Eli que nos espera fuera de su gran pesadilla, el Edificio Atlántico. Eli ahora trabaja cerca de la plaza del mercado, en una pequeña tienda de decoración y por suerte sale a comer a la misma hora que nosotras.

Mientras recorremos La Rambla Nova por uno de sus laterales repletos de tiendas, algo llama mi atención, es como una intuición intensa que me hace mirar directamente al escaparate de una librería. Entonces me quedo helada, ahí, como salido del mismísimo infierno hay un libro, en su portada, una taza de café pintada a mano con su platito y con dos violetas de caramelo en el mismo. El título apedrea mi corazón como si estuviera siendo lapidado.

«EL CAFÉ CANALLA»

—Daniela, ¿qué te pasa? —pregunta Eli mirándome patidifusa.

—Eli, mira, Eli, mira ese libro...—respondo como si hubiera visto un fantasma.

Elia se queda mirando el escaparate y se lleva una mano a la boca.

—¿Qué os pasa? —se interesa una inocente Natalia que no sabe nada de mis amoríos imaginarios.

—Esperad aquí. —les digo a mis dos amigas y seguidamente entro en la librería y compro un ejemplar del libro. El autor firma como J. Alberto.

Miro en el interior del libro, no hay fotografía del autor, pero sí una breve biografía.

J. Alberto, Barcelona 1977. Directivo de una multinacional, abandonó su cargo para dedicarse a hacer realidad su sueño.

Es lo único que se puede leer sobre el autor, ni siquiera hay agradecimientos, tengo que leer este libro que tengo en mi poder, demasiada coincidencia, la taza de la portada, el título del libro. Incluso el nombre del autor, J. Alberto, esa «J» puede ser de Júpiter.

Durante la comida con mis amigas y aunque disfruto de su compañía, no puedo parar de pensar en la bolsa de papel que descansa en la silla libre donde hemos colgado las chaquetas.

Elia me llama la atención en varias ocasiones, la pobre Natalia no entiende nada y su curiosidad se puede palpar con los dedos.

—Daniela, estoy muy intrigada, ¿contadme que pasa con ese libro!

—Eli, cuéntale tú tu versión, es demasiado surrealista si lo cuento yo, Eli le da un toque más objetivo. —digo claudicando, total, Natalia es mi amiga, sé que me tomará por loca, pero, Eli sabe toda mi historia y aunque sé que en el fondo se piensa que estoy algo desquiciada me sigue queriendo igualmente.

—Verás corazón, Danielita estaba saliendo con el sieso de tu jefe como ya sabes.

—Sí, sí... pero ¿eso qué tiene que ver? —dice Natalia impaciente.

—Espera, espera —La tranquiliza Eli y prosigue—. Dani estaba hasta la pepitilla del susodicho sieso.

—Elia, no seas ordinaria...—Me quejo.

—Cuando un tío es un sieso, es un sieso y punto...

Las tres nos reímos, entonces una voz conocida interrumpe nuestro pequeño aquelarre.

—Mira las divinas aquí conspirando, hacedme un hueco que vengo echando humo. —Es Teo con su habitual forma de sorprendernos, siempre aparece como salido de la nada.

Saludamos a Teo entre risitas, nuestra cara es de lo más sospechosa.

—Venga mis niñas, seguid, seguid con lo que sea que estuvierais diciendo, seguro que despotricabais sobre la arpía esa de María la trepa.

—Pues no Teo, en esta ocasión María no ha salido a la palestra. Te

criticábamos a ti. —digo totalmente seria.

—¿A mí? Mi «amol», que hablen de ti, bien o mal, pero que nunca dejen de hablar, feliz de que despotriquéis sobre mí, venga, que me dejen criticar, ¿qué decíais? —Y nos pone los ojitos del gato de Shrek.

—Tranquilo Teo, tú tampoco has salido hoy a la palestra. —le aclara Eli

—¿Entonces quién?

—Danielita, que si me dejáis hablar, contaré su historia con el planeta Júpiter y demás.

Teo y Daniela nos miran a Eli y a mí con una mezcla de intriga y confusión.

—Bueno allá va y nada de interrupciones, ¿ok?

Todos asentimos.

—Pues Daniela, salía con el Sieso de Carlos Claiser.

—Eli...

La incorregible Eli les explica a Teo y a Natalia mi historia con Júpiter, la verdad, me sorprende su manera de explicársela, lo ha convertido en un cuento de hadas, de hecho, así es como yo recuerdo los momentos vividos con él, fugaces, simples, escasos, pero llenos de sentimientos encontrados, de nostalgia y amor.

Cuando termina de relatar mi alocada historia de amor, Teo y Natalia están llorando abrazados, sinceramente, me enternece a la par que me divierte verlos así, llorando a moco tendido, Eli me guiña un ojo, mis nuevos amigos, no me han tomado por loca y sé que Eli por mucho que diga me cree, sobre todo después de haber visto una prueba fehaciente, el libro. Estoy segura de que esta novela encierra el misterio por el que llevo tantos meses pensando, la desaparición de Júpiter, del amor que dicen que imaginé y hasta yo misma creí que así fue. Estoy deseando llegar a casa, impaciente por leer lo que oculta este tesoro, porque eso es un libro, un tesoro, un lugar donde cualquier cosa puede pasar solo con escribir letras en papel.

Después de una dura tarde de trabajo, amarrando mi impaciencia para no abrir la bolsa de papel y pasar de los números para cambiarlos por letras, el

reloj marca la hora clave, la de abandonar mi cubículo para regresar a casa, a la intimidad, al lugar en el que podré sumergirme en mi última esperanza.

En mi sofá, armada con una manta ligera, que aunque la primavera ya está a punto de despuntar todavía refresca por las noches, abro el libro.

Siempre fui un soñador, en mis sueños vivía una vida paralela, una nueva vida, pero era consciente de que eran solo sueños, solían serlo, hasta que ella apareció en mi vida, ella. Entró como un ciclón en el Café Canalla, ese sueño que jamás cumplí pero que en mi vida paralela estaba tan presente. Llegó llorando, nerviosa, perdida, parecía que buscaba una salida, era como una fiera enjaulada. La sentí tan vulnerable, tan desdichada, pero a la vez tan intensa, tan impactante, emanaba soberbia por todos los poros de su piel, aun así, me atreví a amarla...

No puedo parar de leer el libro de Júpiter, porque sé que es él quién lo ha escrito. A medida que paso sus páginas, sus capítulos, me voy emocionando más y más, no me lo puedo creer, es la misma historia, mi historia con Júpiter, pero a diferencia de la mía, esta ocurre en Barcelona, los lugares son otros, las playas son las de esa ciudad. Es tal el grado de adicción que provoca el libro en mí, que no sé si conseguiré dejarlo para dormir esta noche y si conseguiré pegar ojo si no lo acabo.

Me quiso al igual que yo a él, quedó tan marcado como yo, todos lo tomaron por loco, al igual que a mí, solo que él no acabó en el psiquiátrico, no explica nada de su vida sin mí, solo nuestra historia, solo muestra su descontento con su vida paralela, como él la llama, pero no suelta prenda. Su sueño era montar una cafetería, lo tenía todo, pero no era feliz, eso es lo único que revela.

Pasé la mejor noche de mi vida con ella, pensaba seriamente en una existencia en la que ella estuviera presente para siempre y por siempre, abrazado a ella, a la mujer de mi vida, me quedé dormido, pero desperté solo, en un lugar desconocido, desnudo, vulnerable, buscando su abrazo sin lograr encontrarlo, buscando su cuerpo sin hallarlo, recordando sus labios con nostalgia, ella no estaba, mi Café Canalla no existía, yo no era un pequeño empresario empezando de cero, solo un hombre con una existencia miserable, sin ella, ya no era nada. La busqué en mis sueños, pero no la encontré, la busqué incluso en mis peores pesadillas por si se había perdido

en una de ellas, pero mis demonios me dijeron que ella se había marchado. Quizás se arrepintió y volvió con él, con su prometido, ese que no la hacía dichosa, quizás, no me quería.

Me guardé mi pena y seguí adelante como pude, me enfrenté a mi vida paralela y busqué ayuda. Ni el mejor psicólogo me supo decir que me había pasado, me dijeron que ella no existía, que era fruto de mi imaginación, pero ¿cómo se puede imaginar de manera tan real semejante historia?, juro por todo lo que se pueda jurar que fue mía, que la tuve entre mis brazos, que sentí su respiración, sus besos, su calor, que la sentí y no hay más que hablar. No sé por qué se fue de mi vida, pero no hay día en que ella no esté en mis pensamientos, aunque ha pasado tanto tiempo que empiezo a pensar que mis psicólogos tienen razón, que mi subconsciente fabricó a esa mujer y mi pequeño negocio para escapar de una vida que no me hacía feliz. Ojalá pudiera volver a ese estado de ensoñación y vivir así el resto de mi vida junto a ella.

Cuando termino el libro son las cuatro de la mañana. Llorando, abrazándome al libro, a mi última esperanza, a una llama incandescente que brilla más que nunca, porque ahora sé, que Júpiter existe.

CAPÍTULO 19

—¿Diga?

—Eli soy yo, ya he terminado el libro.

—¿Pero tú sabes la hora que es insensata? —pregunta Eli en una mezcla de cabreo y somnolencia.

—Lo sé, lo sé, pero es que no podía dormir, Júpiter existe.

—De acuerdo Venus, luego te llamo, déjame un cuarto de hora, lo necesito para ser persona.

—Eli...

—Te llamo luego.

Eli me cuelga el teléfono, y no es para menos, son las cinco y media de la mañana, jamás se me hubiera ocurrido llamar a nadie a esta indebida hora, pero es que estoy tan emocionada, tan impaciente por compartir mi alegría con mi amiga que no me he podido esperar.

Estoy nerviosa, mi cabeza va a mil por hora y me acabo de dar cuenta de que he retomado una vieja costumbre que me costó horrores quitarme. Me estoy mordiendo las uñas.

Sin poder controlar la ansiedad, enciendo mi portátil y en cuanto se digna a cargar, abro el navegador. Busco en Google el título de la novela, al parecer hace solo unos días que la publicaron, pero está arrasando en las redes sociales y en los blogs de reseñas. Busco al autor, Alberto J. pero el único resultado sobre él, es la escueta biografía que ya leí en el libro. Tampoco hay ninguna fotografía.

Tomo el libro entre mis manos, acaricio su portada y me fijo en el nombre de la editorial, el buscador me devuelve lo que busco al instante, la web corporativa de la misma.

Apunto el nombre, el número de teléfono, la dirección física y el correo

electrónico, en un arrebató de querer recopilar información, por si acaso dentro de un rato vuelvo a intentar entrar en la página web de la editorial y no existe, si mi cabeza llegó a crear un amante imaginario con negocio de fantasía, ¿quién me dice a mí que no esté volviendo a las andadas?

Me siento en el sofá, poco más puedo hacer, dudo mucho que una editorial esté abierta a las seis de la mañana. Sin darme cuenta el sueño se apodera de mí y me siento tan a gusto que me quedo dormida. De pronto el teléfono me saca de mi placentero sueño.

—Daniela. —la voz ahora más despierta de Elia hace que las palabras luchen por salir de mi boca.

—Hola Eli, primero de todo perdóname, ha sido un arrebató, tenía que hablar con alguien.

—No pasa nada, perdóname a mí, siempre me levanto de mala leche, ya lo sabes. Pero si me dan un ratito para que me despierte tranquilamente, se me pasa.

Le resumo el libro a mi amiga, y ella permanece callada, cosa rara en Elia, una de dos, o por fin me cree, o está pensando que se me ha ido la cabeza del todo.

—Pero Dani, ¿estás segura de que es tu historia con Júpiter? —pregunta en un último intento de saber si estoy cuerda.

—Segurísima Elia, ocurre en otro lugar, pero todo lo demás es igual, incluso a él le pasó como a mí, se despertó en un lugar frío totalmente desnudo y desconcertado. La cafetería la describe tal cual la recuerdo, el Café Canalla era un sueño que quería cumplir desde pequeño, el sueño de su abuela materna, siempre quiso montar una cafetería diferente para la época, se pasaba el día fantaseando en cómo sería, envolvía a Júpiter con su ilusión, por eso, como ella siempre le decía que era un canalla, ella en su honor llamaría a la cafetería de esa forma. Poco más cuenta de lo que él llama su vida paralela, prácticamente no suelta prenda de nada más que no sean algunos recuerdos de su niñez y de nuestra relación.

—Bueno Dani, y ¿ahora qué vas a hacer?

—Pues amiga, nos vamos a Barcelona.

—¿Cómo que nos vamos a Barcelona?

—Pues porque ahora mismo estoy viendo en internet que hay una lectura en grupo del libro y han invitado al autor. —le digo emocionada y agradecida a Twitter, el libro tiene una página de fans, en ella anuncian a bombo y platillo el evento.

—Pues nada, a Barcelona que vamos. —La voz de Elia suena resignada a la par que intrigada, no esperaba menos de ella, simplemente es la mejor amiga que se pueda tener.

La lectura colectiva del libro es el sábado de la semana que viene, y todavía estamos a miércoles de esta, faltan muchos días y sé que se me harán eternos.

Estoy punteando extractos bancarios, monótono, todo está bien, pero es algo que agradezco. Tengo una pila de facturas importante para contabilizar, me da la sensación de que han estado guardando todas las facturas del mes para dármelas de golpe, no me extrañaría nada que María esté detrás de esta trepa.

Carlos está muy nervioso, en los últimos tiempos apenas cruzamos cuatro palabras, es increíble que me haya apartado de su vida con tanta facilidad, simplemente, me siento un número más en su lista, aunque en este caso quisiera casarse conmigo. María sigue con sus ínfulas de poder, Natalia dice que es una copia pirata de mí. Ahora ya no lleva el pelo suelto, por el contrario, se lo recoge en un moño estirado como los que yo solía llevar. Nada de ropa informal, traje de chaqueta oscuro, tacones de vértigo, hasta imita mi particular taconeo. Cada vez que pasa por mi lado me produce risa, y no me corto ni un pelo, me río a cosa hecha para que la arpía de María me oiga, quizás mi comportamiento esté siendo infantil, pero con esta trepa vale todo.

—¿Hay algún problema? —pregunta María fulminándome con la mirada.

—Nada, solo era un comentario que estábamos haciendo Daniela y yo acerca de la piratería. —responde por mí, Natalia.

El agua que estoy bebiendo se me sale por la nariz al oír lo de la piratería, y ahora sí, mis carcajadas se oyen en toda la oficina.

—En fin, tengo mucho trabajo, no estoy para oír tonterías.

María se va taconeando como mala copia de mí que es, pero lo mejor de todo es cuando se tuerce el tobillo y se le rompe el tacón.

—María, que para ser como yo, hay que saber llevar tacones.

María entra cojeando a mi antiguo despacho y cierra dando un portazo, Natalia y yo no podemos parar de reírnos, y las represalias no se hacen esperar.

Suena el teléfono de mi mesa, es Carlos.

—Daniela, ven a mi despacho, ahora. —dice secamente, luego cuelga el teléfono.

—En fin Natalia, voy a ver que tripa se le ha roto...

—María cada día es más rápida, seguro que le ha ido con el cuento, en fin que te sea leve.

Sonrío a Natalia y le guiño un ojo como haciendo ver que no pasa nada, pero sé que a estas alturas, meterme con María me puede costar un despido.

Llamo a la puerta del despacho de Carlos.

—Pasa Daniela.

Me acerco a su mesa, él está mirando una hoja de papel, cuando estoy lo suficientemente cerca para poder ver que es, me fijo en el membrete del documento. Banco Lin, la entidad de los señores Lin. Por mucho que le insistí a Carlos en no abrir una cuenta en ese banco, él no me hizo caso, no sé por qué extraña razón, pero esos dos me daban mala espina.

Carlos parece nervioso, y sin apartar la vista del papel me dice que me siente.

—Tú dirás. —Me impaciento.

—Verás Daniela, tenemos un problema.

¿Tenemos?, me parece que me he perdido algo.

—¿Qué clase de problema? —pregunto arrepintiéndome al momento.

—Acabo de recibir un correo electrónico de un detective privado que contraté hace unos días.

—¿Y eso? —No, no, no... me temo lo peor.

—Daniela, tengo que pedirte disculpas. —Ahora sí, levanta la vista del papel y cuando veo sus ojos no puedo creerlo, están llenos de lágrimas.

—¿Qué ha pasado Carlos?

—Daniela, necesito que me perdones, estaba lleno de rabia, me dejaste y me dolió tanto que te aparté de tu puesto, del trabajo que tanto te llenaba, lo hice para hacerte daño, y lo único que he conseguido ha sido hundir la empresa.

—¿Carlos qué...? —Me he quedado de piedra, sin palabras; era de esperar, pero no tan pronto, no sé qué diablos ha pasado, pero me huelo que me van a pasar la pelota, para que la lleve yo solita a la portería descalza y por un camino repleto de cristales.

—Daniela, perdona. —lloriquea mientras toma mi mano y la envuelve con las suyas.

—A ver Carlos, llorando no vas a solucionar nada, céntrate, primero dime qué ha ocurrido, luego vemos que se puede hacer.

—No esperaba menos de ti.

—Carlos, no lo hago por ti, lo hago por toda esa gente que tienes ahí fuera, en cubículos donde no ven la luz del día, con un sueldo mísero y un trato de lo más impersonal, lo hago por ellos, por ti no movería un dedo, quiero que te quede clarito.

—Te entiendo Daniela, soy un despojo, un mal bicho, no te merecía, no me porté bien contigo. —Carlos sigue con su tono lastimero.

—Ya vale Carlos, dímelo ya, ¿qué ha pasado?

—Pues Daniela, los Lin, tenías razón, mira.

Carlos saca un periódico del cajón de su mesa.

Al parecer los Lin son unos estafadores profesionales, han estafado a empresas en varios países, llevan documentación falsificada y en cada lugar donde engañan a palurdos como Carlos usan una nueva identidad. En realidad no son marido y mujer, son hermanos. La trama siempre es la misma, visitan

las empresas, ofrecen unas condiciones muy ventajosas y unos intereses increíbles por tener cuenta con ellos. Financiación a muy bajo interés, suculentas tarjetas de crédito, cero comisiones, vamos, el paraíso hecho banco. Cuando captan al ingenuo de turno, lo próximo que le piden es que cumpla con varios objetivos para que pueda beneficiarse de todas las ventajas que ofrece su entidad. Ellos quieren ser tu banco principal, pero hasta ahí, sería algo normal, a todos los bancos les gusta tener el máximo de tajada por cliente, lo raro viene cuando empiezan a pedir que ingreses dinero, siempre se escudan en las normas de la entidad y los objetivos a seguir. Para la comodidad del cliente emiten un giro domiciliado cada vez que necesitan llenar la cuenta, para ello te hacen firmar junto al contrato una orden de domiciliación, como si fuese una empresa privada. Van emitiendo giros, primero de manera que pueden pasar desapercibidos, pero a medida que pasan los días, los giros aumentan, hasta que un día, el cliente se da cuenta de que no tiene nada, es ahí cuando el cliente se percata de que ha hecho el pardillo. Los Lin tienen una página web de su entidad, cuando el cliente ve que le han cargado un importe, entra en la página y comprueba que su dinero está en su cuenta del Banco Lin, por ello se queda tranquilo, pero el día que se encuentra sin nada en sus otros bancos, al acceder a su cuenta en la entidad de los Lin, la página ya no existe y no hay manera de saber que ha pasado con su dinero, que a esas alturas ya está en un paraíso fiscal. Por otra parte, los Lin para justificar esos giros, emiten facturas al cliente, facturas a nombre de una sociedad, fantasma, Lin Corp.

Ahora lo entiendo todo, el nerviosismo de Carlos en los últimos días, la ocultación de la información por parte de María, esas salidas de dinero sin justificar de las cuentas. Lo peor de todo, es que nadie me pasó los extractos de la cuenta del Banco Lin, María siempre me dijo que no había movimientos. Estoy tan cabreada que me ensaño con Carlos.

—Eres un inconsciente Carlos, lo peor de todo es que ahora será muy difícil recuperar el dinero.

—Tienes razón en todo lo que me digas nena, he sido un gilipollas, para más inri, los Lin han conseguido salir del país, han escapado.

—Madre mía, va a ser difícil Carlos, yo no soy Dios, solo una simple trabajadora.

—Tú eres la mejor nena, sé que si hay una pequeña esperanza para Claiser, reside en tú buen saber hacer.

—Ya, por eso me degradaste, me enviaste a los cubículos con tus «esclavos», que sinceramente son lo mejor que hay en este podrido lugar de directivos estirados y malos compañeros. He aprendido mucho en estos meses, sobre todas las cosas, he aprendido a ser más persona, más humana, y sabes qué, es ahí donde tienes a los mejores, a los profesionales que realmente mueven tu empresa.

—Daniela, entiende mi postura, no puedes darles el dedo, te cogen el brazo, tú ya lo sabes.

—Carlos, déjate de gilipolces, se puede ser agradable con tus empleados, se les puede pagar un sueldo digno sin arruinarse, se puede distribuir la oficina, de modo que no estén hacinados como gallinas ponedoras.

—Lo sé Daniela, quizás tengas razón, pero ahora estoy demasiado preocupado para pensar en eso.

—Pues deberías, además, esas son mis condiciones para ayudarte a arreglar este entuerto.

—Lo que quieras Daniela, me pongo en tus manos.

—Ah... a la trepa de María la quiero fuera de mi despacho, a partir de ya, vuelvo a ser la directora financiera de Claiser a todos los efectos, ¿me oyes Carlos? A todos, a ella déjala en recepción, al menos aprenderá a subir desde cero y con trabajo, no haciéndole mamadas al jefe.

—Pero Daniela, ella antes de ascender a tu puesto estaba en uno superior al de recepcionista, no le puedo hacer eso.

—Recuerda que a mí me lo hiciste y no te tembló la mano, es lo que hay, da gracias a que no te pido que la despidas, tampoco le haría eso a nadie, pero es lo que hay, lo tomas, o lo dejas.

—Tú ganas Daniela... —Acepta un Carlos totalmente derrotado.

CAPÍTULO 20

Cuando salgo de la oficina de Carlos; Natalia y Teo me someten al tercer grado. Les digo que ahora no puedo hablar, pero que luego los llamaré para reunirnos en mi despacho, que necesito su ayuda.

—¿Tú despacho Daniela?, ¿No me digas qué...? —preguntan ambos a la vez.

—Que vuelvo a ser la directora financiera. —les digo con desgana.

—¿Y por qué estás tan mustia? —pregunta Teo arqueando las cejas.

—Luego os lo explico todo, ahora tengo que trasladar algunas cosas al despacho.

—¿Y la arpía? —pregunta Natalia.

—La arpía a recepción.

Ambos se quedan mirándome con los ojos como platos.

Entro a mi zulo, recojo lo imprescindible y lo meto en una caja.

Luego me dirijo a mi antiguo despacho, por el camino me cruzo con María que me embiste como si fuera un toro de Miura.

—Esto no quedará así. —me increpa señalándome con el dedo.

No le respondo, simplemente sigo mi camino, si lo hiciera solo gastaría saliva.

Mi despacho es un verdadero caos, está claro que María no sabía cómo desempeñar el puesto, el ambiente que se respira es desesperante, no me lo pienso mucho, vacío las cosas que he traído encima de la mesa y recojo todos los papeles de María para posteriormente dejarlos en la misma caja dónde hace unos minutos traje mis cosas. Suspiro al acercarme al ventanal, por fin la luz del sol, espero poder hacer algo por la empresa, pero mi intuición me dice

que voy a tener que nadar contracorriente y puedo acabar naufragando.

A la hora de comer quedo con Teo y con Natalia en la pizzería donde solemos ir de vez en cuando. Les explico con pelos y señales lo que ha pasado pidiéndoles discreción sobre todas las cosas. Ambos se quedan con la boca abierta, el miedo a quedarse sin trabajo se dibuja en sus caras.

—Por eso preciso de vuestra ayuda, necesito gente en la que pueda confiar, confío en vosotros, sé de sobra que sois muy buenos profesionales. Por ello, me gustaría si puede ser, que tú, Natalia seas mi nueva secretaria.

—¿Secretaria?, ¿de verdad?

—Totalmente en serio, no confío en mi antigua secretaria, en el momento que me degradaron se portó como una cerda, ni me hablaba la muy clasista.

—Acepto, claro que acepto. —dice Natalia totalmente emocionada.

—Por supuesto se te aumentará el sueldo, por eso no sufras, es lo justo. Con respecto a ti Teo, quiero que seas el nuevo jefe del departamento comercial.

—Pero si soy el único comercial «mi amol».

—A partir de ahora ya no, necesitamos vender todo lo que se pueda, por lo que tendrás que decidir con quién quieres formar equipo, habla con los compañeros, pienso que alguien habrá con dotes comerciales, lo dejo en tus manos, no podemos contratar a nadie nuevo, pero tirando de lo que hay en la oficina, pienso que podremos salir adelante.

—O sea, ¿qué puedo hacer un *casting*? —pregunta Teo llevándose las manos a la cara, está en su salsa.

—Lo que quieras Teo, ya te digo que confío en ti, y por supuesto al igual que a Natalia, se te pagará lo que te corresponde teniendo en cuenta el ascenso.

—Y digo yo, ¿de dónde se sacará el dinero para nuestros aumentos? —Se preocupa Natalia.

—Por eso tranquila...

—¿Seguro Daniela?, no queremos meterte en un lío. —dice Teo.

—Lío ninguno, por la cuenta que le trae a Carlos tendrá que darme lo que le pida, por lo que solo me queda decirlos, a trabajar.

Natalia y Teo siguen en estado de *shock*, los miro divertida mientras mordisqueo un trozo de *pizza* recién hecha.

—Por cierto Natalia, te voy a encargar tu primera tarea, necesito saber si conoces algún abogado que sea bueno y no cobre una fortuna.

—Bueno, yo todavía estoy estudiando y me queda mucho para terminar la universidad, pero conozco a alguien que ya terminó su carrera y aunque prácticamente acaba de empezar es muy bueno.

—Ah, sí, ¿sabes su número de teléfono?

—Claro, es mi hermano.

Los días siguientes pasan volando, intentando por mi parte poner en orden todo el caos financiero ocasionado por la mala cabeza de Carlos y la inexperiencia de María. Teo elige a tres compañeros para que busquen clientes e incentiven las ventas con los ya existentes. Les ofrece grandes descuentos por el pago al contado de sus pedidos, y la cosa funciona, Teo ha creado las primeras rebajas de Claiser, con campaña vía *mailing* incluida.

Natalia, es la secretaria más eficiente que he tenido jamás, la llevo de cabeza, pero ella cumple como una campeona; me ayuda muchísimo, cosa que agradezco.

He vuelto a contratar a Elia, Carlos puso el grito en el cielo cuando se enteró de mis intenciones, pero aceptó sin rechistar, le he asignado el antiguo puesto de Natalia y está de lo más feliz.

Yo por mi parte, me puse en contacto con Galdiu-Bank, nuestro antiguo banco principal, y por arte de magia, conseguí financiación, no esperaba menos de ellos, ni tampoco de mí, aunque suene a prepotente, de alguna manera la cabra siempre tira al monte, pero he aprendido a lidiar conmigo misma y a poner los pies en la tierra cuando me siento la diosa omnipotente que todo lo puede.

Por fin hoy es viernes, mañana Eli, Natalia, Teo y yo, nos vamos a Barcelona, en principio, solo íbamos Eli y yo, pero Natalia y Teo nos pusieron los ojitos del gato de Shrek, y no pude resistirme a invitarlos.

Alguien llama a la puerta de mi despacho.

—Adelante. —digo sin apartar mis ojos de la pantalla del ordenador.

—Buenos días. —Me saluda una voz masculina que desconozco.

Aparto la vista del ordenador y subo las gafas que utilizo para ver de cerca que las llevo a media nariz.

—Hola, buenos días. —saludo intentando recordar al hombre que me mira desde la puerta de mi despacho.

—Soy Leo Casas, abogado. —se presenta acercándose y dejando una tarjeta en mi mesa.

Invito al hermano de Natalia a sentarse y le explico la situación de Claiser y la estafa de la que ha sido víctima la empresa, al parecer Natalia ya lo ha puesto en situación, porque tiene en su poder información de los señores Lin y de sus acciones delictivas por todo el mundo.

—Veo que ha hecho los deberes señor Casas, por cierto, no quiero ser maleducada, pero ¿cuántos años tiene? —pregunto cuándo la curiosidad me mata, Natalia me dijo que hacía poco que se había licenciado y el hombre que tengo delante no es un jovencito precisamente.

—Pues, tengo cuarenta años, como le habrá dicho mi hermana, hace unos meses que acabé la carrera, pero ya he llevado varios casos, todos ganados hasta el momento. —contesta sabiendo a ciencia cierta por dónde van los tiros.

—Mire señor Casas, aquí tenemos un abogado de empresa desde hace muchos años, pero, en la actualidad y por motivos personales no puede atendernos, en los últimos meses no hemos precisado de sus servicios, pero ahora estamos en una situación desesperada, por ello, le pregunto, señor Casas, ¿se ve usted capacitado para llevar este caso?

Leo me mira directamente a los ojos, los suyos recuerdan a los de Natalia, de color marrón muy claro y almendrados, su pelo es negro, no es muy alto ni tampoco es bajito, cuando sonrío se le marca un hoyuelo en una de sus mejillas, su voz transmite seguridad, tras unos segundos en los que parece que ha pasado un ángel, Leo responde decidido.

—Sí, señorita Wolf. —dice mirando el cartelito antiguo que al parecer nunca abandonó mi mesa, empiezo a pensar que María se hacía llamar igual que yo.

—Entonces Señor Casas, está usted contratado.

—Llámeme Leo, no me siento cómodo cuando me llaman señor.

—De acuerdo Leo, voy a necesitarle a diario por aquí, por el momento.

Le enseño a Leo su nuevo despacho, es el que solía utilizar nuestro antiguo abogado. No tiene las vistas del mío y es mucho más sobrio, pero servirá para su cometido.

—Si no le importa, me gustaría empezar hoy mismo. —dice con decisión, jamás había visto un hombre tan dispuesto.

—No hay problema, queda usted en su despacho, cualquier cosa, estoy aquí al lado.

Leo asiente mientras coloca los documentos de su maletín encima de su nueva mesa.

Vuelvo a mi despacho, una vez allí me acerco al gran ventanal en un intento de volver a perder la noción del tiempo y aparecer en el Café Canalla, pero, no pasa nada, aún no me explico que pasó entonces, qué produjo aquellas ausencias, tan solo sé que desde aquellos días persigo algo que ni yo sé a ciencia cierta si existió alguna vez. El libro me ha devuelto la esperanza y estoy deseando conocer al autor, que estoy segura de que es Júpiter en un intento de encontrarme quien lo escribió. Fantaseo con nuestro encuentro, Júpiter en un atril, leyendo nuestra historia, de pronto se da cuenta de que estoy allí y para de hablar, dice mi nombre sin poder cerrar los ojos y se acerca a mí corriendo a cámara lenta y yo también hacia él, la típica musiquita de las películas sonando de fondo y nosotros dos fundiéndonos en un gran abrazo y en el beso más apasionado del mundo. De pronto, un gran revuelo me saca de mi ensoñación de golpe y porrazo.

—Daniela corre, es Carlos. —me dice Natalia que ha entrado en mi despacho con la cara desencajada.

Corro al despacho de Carlos, no sabía que había venido, en teoría necesitaba unos días para descansar después de desgraciar su propia empresa,

modo ironía *ON*.

Irrumpo en su despacho abriendo con una llave de repuesto que sigue habiendo en mi mesa y lo que veo me hiela la sangre, Carlos tiene una pistola metida en la boca.

Al parecer lo vieron pasar con la pistola en la mano, desaliñado y empujando a todo el que se encontraba a su paso, luego se encerró en su despacho a cal y canto.

—Carlos ¿qué haces?

Carlos saca la pistola de su boca y sin soltarla se apunta en la sien.

—Sal de mi despacho Daniela, no tienes nada que hacer aquí.

—Deja esa pistola encima de la mesa Carlos, por favor. —digo aguantando los nervios con todas las fuerzas que puedo reunir.

—No, Daniela, no quiero seguir viviendo, haz el favor y vete, total, será mejor que desaparezca, pudro todo lo que toco. —lloriquea Carlos.

No se me ocurre que decirle, estoy segura de que ha bebido mucho, y Carlos no es bebedor, quién sabe lo que le ha pasado por la cabeza para aparecer en su propia empresa empuñando una pistola a plena luz del día para suicidarse. Si de verdad quisiera hacerlo buscaría soledad, y se ha asegurado de que yo me enterara de sus intenciones, una de dos, o quiere llamar la atención, o simplemente necesita que alguien le pare los pies. No creo que vaya a hacerlo, pero este Carlos que tengo delante, ebrio y fuera de sí, me asusta, puede que sea capaz de pegarse un tiro sin contemplaciones.

—Carlos, suelta la pistola y hablamos, luego tú decides lo que hacer con tu vida, pero al menos, concédeme lo que te pido.

—Sabes que te lo hubiera concedido todo, absolutamente todo, pero preferiste soñar con un amor imaginario que esperarme.

—Carlos, no es el momento.

—Me has dicho que podíamos hablar, pues déjame decirte lo que llevo dentro desde hace muchos meses. ¿Te has parado a pensar en el daño que me hiciste?, ¿en la decepción de saber que te alejaste de mí por el hecho de no acostarnos? Pensé que me esperarías, que comprenderías la situación, solía

pensar que estábamos hechos el uno para el otro.

—Carlos, hablamos de lo que quieras, pero, deja esa pistola en el suelo por favor, no me gustan las armas.

—¿Tienes miedo de que te dispare?, por eso puedes estar tranquila, no voy a matarte, en todo caso soy yo el que me volaré la tapa de los sesos.

—¿Qué es lo que te pasa?, ¿en serio crees que así se arreglan los problemas? Los problemas Carlos se arreglan enfrentándolos.

—Ya, ya... déjame, conozco tus discursos fáciles, esos que utilizas para convencer a los clientes, conmigo no cuela, te conozco demasiado Daniela.

—Mira, si no quieres escucharme, allá tú, yo lo he intentado, es más, creo que lo único que pretendes es llamar la atención, por lo que mejor te dejo aquí con tu película y tus gimoteos, yo me vuelvo a mi oficina.

Como estoy segura de que Carlos va de farol me doy media vuelta y me dispongo a salir de su despacho, cuando el sonido de un disparo hace que se me hiele la sangre.

—¡Carlos no!

CAPÍTULO 21

Elia me sirve la infusión que me ha preparado, una tila, tengo los nervios de punta y todavía estoy en estado de *shock* por lo que ha pasado, estaba segura de que Carlos iba de farol, que no lo haría, que no se mataría, pero disparó una bala que fue hacia el techo e hizo caer varios cascotes de yeso.

—No puedo creer lo que ha hecho Carlos, siempre te dije que era un sieso y no me equivocaba, asustarte de esa manera para que pensaras que se había volado la tapa de los sesos, menudo impresentable. —dice Elia indignada.

No puedo contestar a Elia, me he quedado sin palabras, del susto he tenido una gran crisis de ansiedad, tan fuerte que me he desmayado. De pronto estaba en el Café Canalla, Júpiter secaba vasos detrás de la barra y me sonreía. Al ver su sonrisa intenté acercarme a él, pero no podía, un gran peso no me dejaba respirar, ni andar, me dejaba paralizada. Elia me ha sacado de mi estado de inconsciencia, dándome palmaditas en la mejilla.

—¿Por qué me has devuelto a este mundo Eli?, estaba junto a él. —he susurrado a punto de llorar, luego ella me ha acompañado a la sala de descanso.

Bebo un trago de tila y reúno las fuerzas suficientes para levantarme y volver a mi despacho.

—Estás loca Dani, lo mejor será que te vayas a casa.

—No quiero pensar Elia, necesito estar ocupada.

Dejo a Elia prácticamente con la palabra en la boca y vuelvo a mi despacho, algo se apodera de mí, algo que nace desde lo más hondo de mi alma, es la rabia, la indignación, la frustración que me hace sentir Carlos Claiser, que me mira sonriente desde una fotografía enmarcada que está encima de mi mesa y que todavía no he tenido tiempo de quitar. En un arranque de furia estrello el retrato contra el gran ventanal, por suerte no hago más estropicio del que pretendía, el marco se desmonta y el cristal que cubre la foto se hace añicos, pero la cínica sonrisa de Carlos continúa mirándome

inalterable. La destrozo con tanta saña que cuando no me queda papel que romper soy yo la que rompo a llorar.

Después, me levanto, me arreglo la falda y el pelo, cojo mi bolso y salgo de mi despacho, por hoy he acabado mi jornada laboral, no puedo seguir un minuto más en este lugar. Mañana será otro día y, espero que el mejor de mi vida.

Aparco mi mini en el aparcamiento comunitario del edificio donde vivo, el caminar sola por este lugar siempre me da escalofríos, mil historias de asaltantes misteriosos se me ocurren en los treinta segundos que hay desde mi plaza hasta el ascensor. De pronto oigo pasos tras de mí, mi cerebro comienza a inventarse una de sus paranoias, se me acelera el corazón y una extraña y desagradable sensación de bajón se apodera de mí, es el miedo, siempre lo noto de esa manera.

—¿Daniela?, ¿Daniela Wolf?, no me digas que somos vecinos...

Me quedo atónita, Leo vive en mi edificio y no lo había visto en la vida.

—Leo, ¿vives aquí?

—Hace unas semanas que me mudé.

—Jamás habíamos coincidido. —le digo aún sorprendida.

—O puede que sí, pero ahora las cosas no son como cuando éramos niños, al menos en mi caso, todos los vecinos del edificio nos conocíamos. Ahora todos vamos a la nuestra y prácticamente no tenemos relación con nuestro alrededor. —dice Leo con un aire melancólico que me llama la atención.

—Bueno, yo voy a subir a mi casa, estoy agotada.

—Normal, ha sido un mal día. Menudo primer día de trabajo.

—Sí, ha sido una situación muy desagradable para todos.

—Si necesitas hablar, puedes contar conmigo, no tengo mucho que hacer y la verdad, no conozco a nadie por aquí. —me dice Leo a sabiendas de que no voy a aceptar su proposición.

—Muchas gracias Leo, pero estoy muy agotada, quizás otro día, solo necesito descansar, el lunes estaré otra vez al pie del cañón, y espero que tú

también.

—De acuerdo jefa, nos vemos el lunes.

Nos despedimos cuando él sale del ascensor, solamente un piso por debajo del mío, vivo justo encima de Leo y ni lo sabía.

CAPÍTULO 22

El despertador suena a las seis de la mañana, me levanto de un salto, me doy un baño de lo más relajante, me visto, me peino, me maquillo, me calzo unos preciosos zapatos de tacón, quiero estar perfecta, sé que hoy por fin me reencontraré con él, tengo un pálpito, estoy muy cerca del final de esta historia y del comienzo que anhelo.

Me veo perfecta, llevo un vestido color verde esmeralda cruzado por delante y con falda de media capa, me queda genial este vestido, es para las ocasiones especiales y hoy voy de verde porque dicen que es el color de la esperanza, hoy yo soy la esperanza personificada, me he levantado optimista, ayer decidí enterrar toda la niebla que enturbia mi vida, decidí dejar atrás todo lo que no me conviene, quiero arreglar la situación de Claiser, pero luego me marcharé, no tiene sentido seguir en ese lugar, he sufrido mucho entre esas paredes, también he reído, he sentido, he llorado y ayer, la rabia se apoderó de mí, creo que en Claiser he vivido todas las emociones que soy capaz de expresar, incluso sé que estuve enamorada de Carlos, pero al igual que me enamoré, me desenamoré.

Me subo a mi pequeño Mini, arranco y...

—No puede ser... Ahora no Pequeñito, ahora no me puedes hacer esto...
—Mi coche suena como un perro afónico.

—Daniela, ese coche está sin batería, yo que tú no lo forzaría.

¿De qué me suena a mí esta situación?, y ¿qué hace Leo aquí otra vez? Antes no lo veía nunca y en unas horas me lo he encontrado dos veces en el parquin.

—Tengo mucha prisa y mi coche no quiere arrancar.

—Si quieres puedo llevarte, iba a hacer unos recados, pero puedo ir más tarde.

Me da a mí que Leo se piensa que voy a la vuelta de la esquina, aunque no

sé, no creo en tanta casualidad, ha salido como de la nada, Natalia no me dijo que su hermano era un pesado y una especie de acosador, aunque luego pienso, el chico solo quiere ser amable, pero la arpía que hay en mí, piensa siempre lo peor.

—No creo que puedas llevarme, voy lejos.

—Bueno, no creo que sea para tanto. —dice Leo intentando hacerme creer que soy una exagerada.

—Voy a Barcelona, con Elia, Teo y tu hermana, vamos a la presentación de un libro.

—¿Un libro?, mira, hacemos una cosa; te llevo a casa de mi hermana, seguro que a ella no le importa que vayáis en su coche.

No me queda más remedio que aceptar, espero que Natalia no ponga el grito en el cielo.

Mientras Leo conduce, intento buscar un tema de conversación, pero solo se me ocurre trabajo y más trabajo. Es él quien rompe el hielo y transforma el incómodo silencio en al menos, una conversación algo más distendida.

—¿Cómo se llama el libro? —me pregunta.

—El nombre es un poco raro, se llama «El Café Canalla».

—Pues sí que es raro, ¿y de qué va?

Ahora como le cuento a este chico mi propia historia imaginaria de amor.

—Pues va de un amor diferente, el protagonista pierde la noción del tiempo e imagina que tiene un negocio, el Café Canalla, tiene una única cliente, Ella, una chica que aparece misteriosamente siempre llorando y sin saber cómo ha llegado a ese lugar. Los dos se enamoran, pero después de su primera noche junto a Ella, Él aparece en un lugar desconocido totalmente desnudo...

—Para, para, para, que me contarás el final, soy un gran lector y has hecho que me pique la curiosidad.

—Es una historia atípica.

—Bueno, el amor está lleno de historias de todo tipo, hay veces que en el lugar más inesperado está esa persona que te hace vibrar.

—Hablas de manera melancólica. —le digo intrigada.

Leo me sonrío, pero no dice nada, él está rodeado de un halo misterioso, es como si fuese un alma vieja, alguien que ha vivido muchas vidas y siempre vuelve del más allá para arreglar lo que no solucionó en una existencia anterior.

Cuando llegamos a casa de Natalia y tocamos el timbre nadie contesta, marco su número de teléfono pero lo tiene apagado. Llamo a Elia, tampoco me coge el teléfono, cuando voy a llamar a Teo indignada, Leo partiéndose de la risa me enseña el Facebook de su hermana.

No me lo puedo creer, anoche esos tres traidores se fueron de fiesta, seguro que hoy son de todo menos personas, en sus fotos parece que hayan emulado a la perfección la película «Resacón en Las Vegas». Dios mío, si incluso hay una fotografía de sus culos en pompa.

Leo no puede parar de reírse, mi cara al parecer, es un poema.

Mi coche estropeado, mis amigos fuera de juego, ¿qué me estás haciendo karma?, seguro que estoy pagando por todos mis desaires y mi prepotencia.

—Daniela, va, yo te acompaño.

—Pero está muy lejos, y...

—¿Y qué?, yo quiero acompañarte.

—Es que, no lo entiendes, no creo que sea buena idea.

Le digo pensando en qué pensará Júpiter cuando me vea llegar con otro hombre, además, no quiero que Leo se haga ilusiones. Noto que le gusto, quizás me esté equivocando, pero esas cosas se notan, se sienten. El chico es majo, un poco pesado, pero majo al fin y al cabo. Pero, en este momento necesito descubrir quién es Júpiter, es de él de quien estoy enamorada y no quiero distraerme de mi cometido.

—Bueno, yo, solo quería ser amable, todo se ha confabulado para que no vayas a esa presentación, todas las cosas pasan por algo, pero, yo soy experto en desafiar al karma, por ello te digo, ¿te llevo Daniela Wolf?

—Vale, pero es Daniela Lobato, lo de Wolf pasó a la historia.

—De acuerdo, Daniela la loba.

Pongo los ojos en blanco, pero le sonrío, al fin y al cabo va a ser él quién me va a llevar junto a mi amor.

Durante el trayecto a Barcelona Leo intenta por todos los medios hacerme sentir bien, estoy preocupada, demasiados impedimentos para llegar al evento donde si todo va bien, veré al escritor de mi propia historia. Me hago mil preguntas, ¿y si luego no es Júpiter? ¿Y si es una casualidad? No, no puede ser, no es posible tanta coincidencia.

—¿Qué te ronda por esa cabecita? —La voz de Leo me saca de mi tanda de auto preguntas.

—Nada, preguntas y más preguntas.

—¿Qué tipo de preguntas?

Un poco chafardero sí que es este chico.

Suspiro y le respondo con sequedad.

—Quieres saber demasiado, ¿hay algo más íntimo que el pensamiento?

—Quizás tengas razón, a veces soy demasiado curioso.

—Ya sabes lo que dicen de la curiosidad.

—Sí, que mató al gato, pero no olvides que los gatos tenemos siete vidas.

—Leo, entonces no creo que te queden muchas.

—Me estoy aferrando a mi octava vida.

—Acabáramos, o sea, que ya estás con las de reserva.

—Es un «bonus» que me han concedido por ser buen curioso.

Le regalo a Leo una de mis sonrisas forzadas, por mucho empeño que pongo en ello no puedo dejar de lado mi esencia borde y prepotente, no sé si son virtudes o defectos, pero, soy una persona, no soy la más buena, pero tampoco la más mala, solo una mujer con sus ángeles y sus demonios, como todo el mundo.

Tras un silencio provocado por mi manera seca de expresarme, Leo vuelve

a la carga, estoy por pedirle que se esté calladito, necesito pensar, relajarme, volver al estado optimista del que disfrutaba cuando me levanté esta mañana. No soy capaz; en parte, agradezco los esfuerzos de Leo por animarme, con el fallo de mi coche y el de mis amigos me sentí triste e impotente.

—Y, ¿tanto te gusta ese libro para hacer cien kilómetros para una lectura colectiva? —pregunta Leo apartando su mirada de la carretera y mirándome fijamente.

—Mira a la carretera, por favor.

—A la orden mi capitana. —dice Leo enérgicamente y haciendo el saludo militar.

Entonces es cuando siento un escalofrío que recorre todo mi cuerpo de arriba abajo, recuerdo cuando Júpiter me dio la misma respuesta mientras conducía y yo le dije que mirara al frente.

—¿Qué te pasa Daniela?, parece que has visto un fantasma.

—Nada, no me pasa nada, es solo que hace un poco de frío.

—Si quieres pongo un poco la calefacción.

—No hace falta, enseguida se me pasa.

Leo se me queda mirando como si yo fuera un bicho raro, y en realidad es lo que creo ser, una *rara avis* como dicen por ahí, Eli me dice que no me valoro, que me fustigo a mí misma pensando esas cosas, escudriñando todos mis defectos, arrepintiéndome y sintiéndome culpable a cada desplante; a cada feo que le hago a personas que muchas veces no se lo merecen, pero hay otras que sí, y lo a gusto que me quedo cuando suelto alguna que otra fresca.

—Leo, ¿qué opinas de mí? —Menuda chorrada acabo de preguntarle, me arrepiento al segundo de soltar semejante tontería.

—Pues, pienso que eres una chica, en apariencia fuerte y a la que le gusta hacer ver que nada ni nadie la doblega, pero, en el fondo eres muy sensible, más de lo que tú misma puedes llegar a imaginarte.

Me quedo atónita, lo miro, pero no digo nada más. Él tampoco y yo agradezco su silencio.

Cuando llegamos al hotel donde se celebra el evento, estoy nuevamente emocionada e impaciente.

—Vamos Leo, date prisa.

—Tranquila, las prisas no son buenas, todo me sale mal cuando más prisa tengo.

—Vamos, vamos...

Dejo a Leo detrás, hay tanta gente que el pobre hace verdaderos esfuerzos para seguirme, soy especialista en dar codazos para abrirme paso y el pobre Leo, no tiene esa facilidad.

—Ven, dame la mano. —le digo a Leo mientras agarro su fuerte mano y le doy un tirón. Prácticamente lo arrastro al salón de actos, oigo de fondo chicas quejándose, Leo las ha pisado.

—Daniela, como sigamos así hoy salgo de aquí con el ojo morado, hay una que me ha amenazado con cortarme los huevos, lo ha dicho así literalmente, y yo, les tengo aprecio, que te voy a decir.

No puedo evitar reírme, aunque un poco pesado, Leo es un chico entrañable. De pronto y ya llevando un rato parados, me doy cuenta de que todavía estamos cogidos de la mano. Suelto a Leo como si me diera alergia, él me mira extrañado.

—Ven, vamos a sentarnos ahí. —le digo para mitigar la incómoda situación.

Leo me sigue y nos sentamos, poco después se cierran las luces y todo el escenario se ilumina.

Una chica se presenta, al parecer es la representante de la editorial, lo primero que hace es disculpar la ausencia del autor del libro que por preservar su anonimato no asistirá al evento, una gran punzada en el pecho me deja sin respiración. Siento que me falta el aire y abandono el lugar corriendo ante el desconcierto de todos los asistentes, pues solo se oye mi taconeo. Leo me sigue.

—¡Daniela, Daniela! —exclama, pero no le hago caso.

—Daniela, pero ¿qué te ha pasado? Para y hablamos, no entiendo cómo

puedes correr tanto con esos tortura pies.

Me giro y grito con todas mis fuerzas.

—¡¡Leo, déjame en paz, déjame, necesito aire, necesito estar sola joder!!

Sigo corriendo, Leo ya no me sigue, no quiero mirar atrás, pero acabo de hacer daño a una persona que me ha ayudado a llegar hasta aquí, que ha intentado en todo momento que me sintiera bien, a una persona que no se merece que lo trate así, pero ahora mismo la rabia me consume. ¿Por qué siempre la misma historia?, parece que todo se confabula para que Júpiter sea solo fruto de mi imaginación y no puedo, no puedo más con esto, necesito verlo, al menos para cerrar esta historia, una de dos, o nos reencontramos y todo es perfecto, o somos los perfectos desconocidos y tengo la excusa para pasar página.

CAPÍTULO 23

He perdido la noción del tiempo, salí corriendo del hotel, sin rumbo, sin pensar, solo quería huir, tantos días ilusionada, pensando que por fin desentrañaría todo este misterio, vería a mi amor, a Júpiter, a ese romance que se esfumó cuando solo había empezado después de aquella maravillosa noche, entonces vuelvo al pasado, estoy con Júpiter en el pequeño apartamento trasero del Café Canalla, estamos en la cama abrazados, recuerdo las palabras que él me dijo.

—Sabes una cosa Daniela, soy tan feliz ahora mismo que me asusta.

—¿Por qué dices eso?

—Porque hay veces que siento que todo no puede ser tan perfecto, que cuando las cosas van demasiado bien siempre pasa algo que lo enturbia todo. Tengo miedo de perder esa felicidad, de que se esfume, o peor, temo que sea solo un sueño.

Me acerco y lo beso.

—No tienes nada que temer, y la verdad, me sorprende, pensaba que eras de los que no le tenía miedo a nada.

—Todos tenemos miedos Daniela, hasta los canallas como yo.

Una mano en mi hombro me hace volver al momento actual, me hace alejarme de mis recuerdos.

—Daniela. —Es Leo, no sé cómo ha conseguido encontrarme, ni yo sé dónde estoy.

—Lo siento Leo, no debí hablarte así. —Me disculpo, no debería haberle tratado tan mal.

—¿Qué ha pasado?, ¿por qué has salido despavorida?

—Es muy largo de contar, prefiero no pensar más en el tema, ¿nos vamos?

—En fin, ya te dije que soy un curioso, la intriga hará estragos en mí, pero —pone los ojos en blanco—, vámonos.

Durante el trayecto de vuelta a casa me quedo dormida, espero no roncar, creo que no lo hago, Eli dice que sí, que ronco como una cerda, pero creo que lo dice para hacerme rabiar.

Cuando despierto deben ser las cinco de la tarde y ya estamos entrando en la urbanización donde vivo. Una vez que Leo aparca el coche me pregunta si quiero cenar con él.

—No sé Leo, estoy cansada, prefiero irme a casa.

—De acuerdo, otro día.

—Otro día, sí —me excuso para quedarme sola lo antes posible, pero luego me siento mal, he tratado fatal a este hombre, lo he hecho buscarme durante horas, encima le he hablado de muy mala manera, él solo ha sido amable y yo una arpía. —. Esto, Leo, si quieres puedes subir a mi casa, pedimos unas *pizzas* y tal.

—¿*Pizzas?*, ¿*pizzas?*, no sé yo.

—Lo siento, no me apetece cocinar, te haría una buena cena, no se me da nada mal la cocina, pero hoy no es el día.

—Que es broma, me encanta la *pizza*, pero queda pendiente que me hagas una de tus especialidades. Yo cocino de pena, soy el rey de las latas precocinadas.

—Qué asco, las odio.

—¿Qué dices? Se nota que no has probado algo cocinado por mí, al lado de eso, las latas y los congelados que como son manjares.

No puedo evitar reírme, Leo es como un niño grande, no tiene una pizca de maldad, quizás si no estuviera loca por mi amor imposible me fijaría en él, pero prefiero tenerlo como amigo, es un momento difícil para mí, la sombra de Júpiter se ha pegado a mi piel y ahora no puedo sentir por nadie más.

Una vez en mi casa me desplomo en el sofá.

—Tú tranquila, me ocupo yo de todo, de llamar a la pizzería, de esperar que no nos traigan *pizzas* de segunda mano, de todo.

—¿*Pizzas* de segunda mano?

—Sí, de esas que se le han caído al repartidor y las ha vuelto a meter en su caja.

—¿Alguna vez te ha llegado una de esas?

—Tengo el gafe, una vez hasta pelos tenían, y a decir verdad, su procedencia era más que dudosa, yo para mí que el chaval había visto demasiadas veces American Pie.

—¿Qué horror?, ¿y si pedimos otra cosa?

—Que va mujer, estoy bromeando, solo una vez hace mucho tiempo mi hermano y yo nos pedimos unas *pizzas* y vinieron de esa guisa.

—¿Tienes otro hermano?

—¿He dicho mi hermano?, quería decir mi hermana, no sé dónde tengo la cabeza.

—Pues nada, pedimos *pizzas* y a cruzar los dedos.

Ambos nos reímos, la verdad Leo ha logrado que mi disgusto de alguna manera se disipe, a ratos me acuerdo, pero él parece tener un sexto sentido y me hace sentirme bien, puedo ser yo misma, algo que solo logré con Júpiter, con Carlos me cansé de interpretar un papel, en el momento que la Daniela de verdad salía a relucir hacía lo posible porque volviera a ser la mujer inquebrantable que él pensaba que era, o más bien, quería que fuera. No me gusta comparar a las personas, cada uno es como es, pero lo cierto es que Leo es diferente y muy especial.

Cuando nos despedimos es casi medianoche, el tiempo ha pasado volando.

—Me lo he pasado muy bien, gracias Leo.

—No hay de qué, encantado, ya sabes aquí estoy justo en el piso de abajo para lo que haga falta.

—De verdad, muchas gracias, me has llevado a Barcelona, has aguantado mi pataleta y encima me invitas a cenar.

—Sí, pero menuda invitación, has pagado tú las *pizzas*.

—Era lo menos que podía hacer, si te hubiera dejado pagar ya sería el colmo.

—Pues que lo sepas, la próxima en mi casa, y no voy a dejar que saques la cartera, ni que me mandes a comprar hielo a la gasolinera como has hecho hoy para que yo no pague.

—Anda ya, déjate de tonterías, yo no hago esas cosas. —digo con picardía.

—Has herido mi orgullo masculino. —dice Leo fingiendo sentirse indignado.

—Lo de los hombres siempre tienen que pagar ya está muy anticuado ¿no crees? ¿O es que tienes complejo de cajero automático?

—Daniela, eres una liante, pero me caes bien. Buenas noches, queda pendiente una magnífica cena de latas y congelados en mi casa.

—Qué horror, buscaré pretextos para no cenar contigo, que te quede clarito.

Leo me guiña un ojo y se va riéndose.

—Estás loca Lobita.

Cierro la puerta y me quedo pensativa, hay veces que quieres dirigir tu cuerpo, tu cerebro, tu corazón; piensas que lo tienes todo atado, dominado, piensas que eres capaz de reprimir emociones, de conducir tu rumbo sin obstáculos e impedimentos que te obliguen a entretenerte de tu cometido, pero ¿y cuándo te das cuenta de que esas tres cosas van a su libre albedrío?, me pasa algo con Leo, no sé qué es, en principio, sentí rechazo, luego curiosidad, ahora y después de haber pasado todo el día con él, no sé qué pensar, ni quiero pensarlo. En fin, mañana será otro día, apago todas las luces de mi apartamento, reviso que todas las ventanas estén perfectamente cerradas y las persianas bajadas. Cierro la puerta con doble vuelta de llave y dejo éstas dentro de la cerradura. Todas las noches repito el mismo ritual, si no lo hago no me siento segura y mi cabeza empieza a crear ladrones imaginarios que entran por las ventanas, que fuerzan la cerradura y luego me tapan la boca con una gasa impregnada con una sustancia que hace que me quede inconsciente.

Elia siempre se parte de la risa cuando se queda a dormir en mi casa y me ve en mis conatos de trastorno obsesivo compulsivo. Pero es que no puedo evitarlo, soy una maníaca de la seguridad y por el momento mis rituales de

antes de acostarme no interfieren en mí vida; bueno, un poquito sí, cinco minutos al día.

Me derrumbo literalmente en la cama, ha sido un día agotador, repaso la jornada mentalmente y recuerdo el momento en que anunciaron que el autor del libro no había venido, que quería preservar su anonimato. Ha de haber una forma de llegar hasta él y creo que eso pasa por hacer una llamada a la editorial, debería haberlo hecho hace semanas y de hecho lo pensé, pero al descubrir el evento en internet creí haber encontrado la solución, demasiado fácil, jamás consigo las cosas si no es con esfuerzo, eso, lo sé de sobra.

En mis cavilaciones me quedo dormida, mañana es domingo y aprovecharé para descansar. Al menos es eso lo que tengo pensado.

De pronto suena el teléfono, no debo haber dormido más de dos horas, la alarma de la planta de producción de Claiser ha saltado, al parecer han intentado contactar con Carlos, pero su teléfono está apagado y como segundo contacto me tienen a mí.

Alguien ha pintado el objetivo de las cámaras de negro y los de la central de alarmas no pueden ver nada, han llamado a la policía, que se dirige a la nave industrial.

La planta de producción de Claiser se encuentra en el Polígono Industrial de Constantí, los de la central me han dicho que espere, que me notificarán si es una alarma infundada, pero tengo un mal palpito y tengo que ir. Me visto con lo primero que encuentro en mi armario y me dispongo a salir de casa, entonces recuerdo que mi coche está averiado. Pienso en pedir un taxi, pero no tengo tiempo de esperar a que me pase a recoger, sin pensarlo mucho más, bajo una planta y toco el timbre del apartamento de Leo.

—Daniela, ¿qué te pasa? Y ¿Qué hora es? —pregunta Leo que abre la puerta en calzoncillos, frotándose los ojos y bostezando.

—Leo, necesito que me hagas un favor, me han llamado los de la central de alarmas de Claiser, al parecer alguien ha entrado en la planta de producción.

—Toma las llaves de mi coche, baja al parquin y espérame allí con el coche arrancado, bajo en dos minutos.

Hago lo que me dice y en un tiempo *récord* Leo entra en el habitáculo de su

coche.

—¿Te importa conducir a ti Daniela?, no veo muy bien por la noche.

—No, mejor, sé dónde está la planta de Claiser, iremos más rápido.

Durante el trayecto le explico a Leo lo que me han dicho los de la central de alarmas, la cosa pinta mal, un robo es lo que menos necesitamos ahora, la situación de Claiser es límite, y aunque todos estamos esforzándonos al máximo por sacar la empresa adelante y conservar nuestros puestos de trabajo, cada día estoy más desilusionada. En un principio parecía que se nos abrían puertas, que vendíamos y por suerte el banco nos financió para poder atender los pagos de los proveedores y los del personal. En los últimos días, las ventas han caído en picado y los fondos del préstamo se están acabando. Carlos está detenido y no me va a quedar de otra que hablar con su padre, aunque el señor Claiser está delicado de salud y tengo miedo de causarle un infarto o algo peor.

Intento que todo eso no influya en mi vida, hay veces que por mucho que luches no te queda otra que aceptar la derrota. Los señores Lin continúan desaparecidos y el dinero, ya hace tiempo que salió del país. Leo está haciendo lo imposible, pero desde un principio me dijo que no iba a ser fácil, sé lo que va a pasar, sé que la empresa tiene los días contados, lo que no sé es como le voy a comunicar al personal que se va a quedar sin trabajo en breve.

Cuando llegamos a la nave vemos varios vehículos de la policía. Aparcamos el coche de Leo, bajamos los dos y nos dirigimos al que parece ser el inspector jefe. Éste nos explica lo ocurrido, un grupo de sujetos encapuchados ha forzado la cerradura y ha entrado por la puerta trasera de la nave. Han pintado las lentes de las cámaras de seguridad de negro y han interrumpido la conexión con la central.

Los delincuentes se han dedicado a destrozando las máquinas y la producción que estaba preparada para ser transportada dentro de unas horas. Luego han roto los tanques que contienen los productos, no se puede entrar, ya que al mezclarse el contenido de varios tanques ha producido reacción y los vapores que emanan son tóxicos. Los hombres que han entrado en la nave lo han hecho con mascarillas y trajes especiales.

—No puede ser Leo, esto es fatal, si ya la situación de Claiser es

desesperada ahora no sé...—Gimoteo en el hombro de Leo.

—Daniela, no sé qué decir, no soy bueno para estas situaciones, pero nada de esto es culpa tuya, has hecho todo lo que estaba en tu mano, ven —me dice mientras me abraza—, llora Daniela, llora todo lo que puedas, luego te sentirás mejor.

Y sí, estoy llorando, de impotencia, de rabia, de pena, muchísima gente acaba de quedarse sin trabajo. El seguro podrá arreglar todo este entuerto, me dice Leo.

Luego recuerdo que puede que haya pasado algo por alto, durante el tiempo que me degradaron se tendría que haber pagado la prima del seguro, pero ¿cómo he podido tener este fallo?, el seguro no se ha pagado y no me he dado ni cuenta, he antepuesto mi vida personal a mi trabajo y ahora sí que estamos listos de papeles.

—Leo, creo que no tenemos seguro.

—¿Cómo es eso?

—Antes de que vinieras a la empresa acababa de recuperar mi puesto, durante un tiempo me degradaron y aunque era supuestamente la contable de la empresa apenas se me facilitaba información, incluso cerraron mi acceso a los bancos. Con todo el lío de los señores Lin y al tenerme que poner al día al recuperar mi puesto se me había pasado que no teníamos pagado el seguro.

—A lo mejor te estás confundiendo Daniela, el lunes lo miras con tranquilidad, ya verás que seguro que está todo en orden.

—No Leo, no me suelo equivocar en esas cosas, Claiser no tiene seguro.

Cuando vuelvo a casa destrozada, sintiéndome una inútil me despido de Leo, él insiste en quedarse en mi casa y dormir en el sofá, pero necesito estar sola, al fin lo convengo y se marcha a su casa, no sin antes repetirme por activa y por pasiva que si necesito algo no dude en volverlo a despertar.

No consigo pegar ojo en lo que resta de noche, cuando me duermo son cerca de las ocho de la mañana, me abandono a los brazos de Morfeo y decido no volver a pensar.

CAPÍTULO 24

Durante la mañana del lunes el ambiente en las oficinas de Claiser es de desolación, los trabajadores no son tontos, tanto la estafa de los señores Lin como el asalto a la planta de producción han sido noticias de primera plana. Me miran buscando respuestas, pero no soy capaz de aguantarles la mirada.

Esta mañana atrasé el reloj por primera vez, fueron diez minutos más, los necesitaba para reflexionar, ni siquiera me permití el lujo de dormirme otra vez, solo pensé y pensé, me siento derrotada, no sé cómo solucionar todo este entuerto. Por primera vez Daniela, la mujer de hierro no sabe cómo afrontar un problema.

No he visto a Leo desde la madrugada del domingo, supongo que como yo, estaría reventado. Ayer cuando me desperté, eran cerca de las cinco de la tarde, luego me senté en el sofá y ahí me quedé mirando a la televisión sin ver nada en ella, sin prestarle atención. Dos disgustos en menos de veinticuatro horas, pasan factura, y eso que el sábado acabó bien después de todo.

De pronto recibo una llamada, es del despacho de Carlos, por un momento me pongo nerviosa, parece la llamada de un fantasma, porque hasta donde yo sé, Carlos está detenido, o estaba.

—Nena, ¿puedes venir a mi despacho por favor? —Es Carlos, seguro que su padre ha logrado que lo soltaran.

—Dame un minuto. —le digo secamente, luego cuelgo el teléfono y tapo mi cara con las dos manos, estoy demasiado nerviosa. Suspiro, me levanto y me dirijo al despacho de Carlos.

Toco la puerta aún poco convencida de lo que estoy haciendo.

—Pasa Daniela. —me dice un Carlos que luce una favorecedora barba de tres días, aún a sabiendas de que Carlos es un mal bicho y con todo lo que me ha hecho, sigo sin poder negar que es uno de los hombres más atractivos que he conocido, Carlos es muy guapo sí, pero su defecto de fábrica está en la parte más importante de una persona.

—Verás Daniela, he de comunicarte algo, y, sintiéndolo mucho, cuando salgas de aquí tendrás que hablar con el personal, tú no tendrás represalias.

—Mira, no sigas, sé lo que me vas a decir, que se acabó la partida y que como no hay más dinero que insertar nos tenemos que ir cada uno a su casa, sin nada.

—Concurso de acreedores, en teoría el dinero que entre a partir de ahora será para pagar, impuestos, nóminas y si queda algo irá para los proveedores, al menos eso es lo que me ha dicho nuestro abogado.

—¿Qué abogado? —pregunto con los ojos como platos.

—Desde luego, ese aprendiz cuarentón y recién salido de la universidad no.

—¿Qué has hecho con Leo? —lo interrogo furiosa.

—Lo he despedido en cuanto ha pisado la oficina hace un buen rato.

—¿Y eso por qué?

—Pues Daniela, me parece que has sido una irresponsable al contratar a alguien así, sin experiencia.

—Leo es un buen abogado, en el poco tiempo que lleva en Claiser se ha dejado la piel.

—Ya, pero ¿qué ha conseguido tu amiguito?, yo te lo diré, nada, tu amiguito o quién sabe qué más no ha conseguido nada. A parte Daniela si solo llevaba un día en la empresa, no sé por qué te afecta tanto, la verdad.

—O sea, qué tu mente enfermiza ha vuelto a salir a la palestra, no esperaba menos de ti.

—Lo que no puede ser, es que contrates a alguien para llevártelo a la cama.

—¿Pero, de qué narices estás hablando?, no he tenido nada con Leo.

—Ya, por eso os han visto juntos en Barcelona, también en el aparcamiento de tu edificio, incluso acudiste con él cuando te llamaron los de la alarma.

—¿Cómo sabes todo eso Carlos?, me has mandado vigilar, ¿verdad? —digo destilando rabia por todos los poros de mi piel.

—Digamos que yo no conozco a nadie, pero a mí, Daniela; me conoce mucha gente.

—Mira, no hace falta que me digas nada más, no voy a comunicar a mis compañeros que se han quedado sin trabajo, eso lo vas a hacer tú, para algo eres el jefe y ¿sabes por qué esta vez no voy a recoger la mierda que vas cagando?, porque ya estoy harta, llevo muchos años aquí, demasiados, siempre mirando por la empresa, implicándome como si fuera mía y ¿qué recibo?, mierda Carlos, mierda que luego tengo que recoger y ¿sabes?, mejor que cada uno se limpie su propio culo, dimito.

No sé de donde he sacado la valentía para hablarle claro a Carlos, y sí, le he hablado como a él no le gusta, odia las mujeres mal habladas, yo no soy malhablada, pero es lo que se merecía el «sieso», como le llama Eli. Por fin estoy en paz y me voy de aquí como alma que lleva el diablo.

Camino por el pasillo, hoy mi taconeo es más fuerte que nunca, los ojos emergentes de los cubículos me miran curiosos, sigo adelante, no es a mí a quién le toca torear en esta plaza, yo soy una más, solo sé de primera mano algo más que ellos se huelen ya de sobra. De pronto seis ojos conocidos y de los que no puedo pasar me clavan la mirada.

—Eli, Teo, Natalia, a mi despacho, ya.

Los tres entran con el miedo pintado en la cara.

Les explico a mis amigos mi decisión de dimitir del puesto y lo del concurso de acreedores, mis compañeros no se sorprenden, supongo que ahí fuera todos se huelen lo que está pasando, una estafa de semejante envergadura y unos actos vandálicos más que sospechosos le mosquearían a cualquiera.

—Pero ¿por qué te vas Daniela? —pregunta Natalia consternada.

—Por qué ya no aguanto más Natalia, simplemente tengo que salir de este lugar, me asfixia y he perdido, por primera vez en todo el tiempo que llevo aquí siento que no puedo tenerlo todo controlado, lo siento mucho, pero no puedo hacer nada por arreglar la situación de Claiser, por ello, será mejor que alguien que sí pueda hacerlo coja las riendas de este lugar.

—Dani, si tú te vas, esto se hunde. —dice Eli con los ojos abiertos como platos, no puede creer lo que acaba de oír.

—No Elia, el agua nos cubrió hace ya tiempo, me negaba a reconocerlo, pero ya no puedo remar más contracorriente, estoy agotada Eli, por favor, espero que lo comprendas.

—Así, sin más, ¿te rindes Daniela, tú?, no me lo puedo creer. —espeta Teo con un enfado más que evidente.

—No Teo, no me rindo, no es eso.

—Claro que sí, ¿qué te piensas que vamos a hacer ahora?, el trabajo está fatal y yo tengo una hipoteca que pagar, vamos como casi todo el mundo.

—Teo, no creo que esto sea un concurso voluntario, os he mandado llamar para avisaros, supongo que luego Carlos hablará con vosotros, espero que entiendas por dónde voy.

—¡Pues la verdad, lo único que entiendo es que estás siendo muy egoísta! —exclama Teo mientras me da la espalda y sale de mi despacho de un portazo.

Natalia se queda callada, supongo que su hermano la ha puesto al día de su despido. Lleva la preocupación pintada en la cara, pero decide guardar silencio, cosa que agradezco.

—Daniela, espero que sepas lo que estás haciendo, aquí nos quedamos a la deriva, a saber lo que va a hacer Carlos con nosotros. —dice Eli que parece que se ha contagiado del enfado de Teo.

Ambas salen de la oficina, no han entendido mis motivos, los van a echar a todos, sospecho de Carlos, hay algo que no cuadra en todo esto, algo huele mal. Si hubiera querido salvar la empresa se hubiera declarado en concurso voluntario, pero veo demasiado interés en que esto se liquide, incluso quería que yo me enfrentara a los trabajadores y les comunicara la situación de Claiser el muy cobarde. No le he dejado hablar, pero lo que en realidad quería era despedir al personal y que yo lo hiciera por él.

Me voy porque yo puedo pasar sin esa indemnización que me corresponde por ley, y la misma dará para que varios de mis compañeros puedan recibir algo. Me voy porque estoy harta de tragar y tragar, me voy porque necesito un respiro, porque he construido mi vida alrededor de algo que no es mío y he asumido responsabilidades que no me correspondían, me voy porque Carlos es un parásito y su padre también lo era, de manera sutil pero lo era al fin y al

cabo, quizás los demás piensen que soy una egoísta, y sí, puede que lo sea, pero creo que merezco pensar un poco en mí misma, no puede ser que se ponga la esperanza de vida de una empresa en manos de una sola persona. Me voy a mirar fuera de estas cuatro paredes, porque estoy segura de que no todo se acaba en Claiser.

CAPÍTULO 25

Paro el coche en la playa de l'Arrabassada, es tarde, el sol está a punto de ponerse y me siento en un banco a contemplar el horizonte. Me pregunto ¿Qué va a pasar ahora?, quizás la línea divisoria entre el mar y el cielo me quiera decir que hay algo bueno esperándome, que podré hacer cualquier cosa que me proponga, que detrás de esa línea hay más mar que conocer. Quiero pensar que será así, que podré pasar página, que podré volver a empezar. Olvidar a Júpiter, dejar atrás mi extensa etapa en Claiser, quiero pensar que seré feliz. Al menos por el momento me siento en paz. El sol se ha puesto, desde que salí de Claiser esta mañana con la típica caja de los que se van de una oficina, con las pocas cosas personales recopiladas año tras año, me he pasado todo el día conduciendo, ni siquiera he comido, necesitaba pensar, reflexionar, encontrarme a mí misma; sí, eso que suena tan típico y tan sin sentido en ocasiones, pero hoy lo necesitaba.

Cuando la brisa del mar comienza a calar mis huesos me marchó a casa. Entro en mi apartamento, estoy muy cansada, pico cuatro tonterías de la nevera y me meto en la cama, no sé ni tan siquiera que hora es, pero creo que dormir será hoy la solución, siento que me he quitado una gran losa de encima, pero por otra parte me siento muy vacía, demasiado vacía.

El sonido de la alarma de mi móvil me despierta a la hora de siempre, no me acordé de desactivarla, no me levanto, me quedo en mi cama mirando al techo con los ojos abiertos, ya no podré dormir, pero no quiero levantarme. A cada momento oigo el móvil, estoy recibiendo toda clase de notificaciones además de llamadas que no respondo y que no tengo la menor intención de responder. El timbre suena de vez en cuando, creo que es Leo, lo oigo cerrar su puerta, subir hasta la planta donde yo vivo y pensárselo un poco antes de llamar. Espera un par de minutos y vuelve a intentarlo, luego lo oigo bajar las escaleras, así una y otra vez, pero no tengo ganas de ver a nadie.

Han pasado varios días, sigo recluida en mi apartamento, mi móvil se debió quedar sin batería hace mucho, porque ya no lo oigo sonar. Leo sigue intentando que le abra la puerta, pero cada vez espacia más sus visitas. He ido

encargando la compra por internet, llevo tantos días sin salir que he perdido la noción del tiempo. Sé que esto no puede ser bueno, pero no tengo fuerzas para nada. Pensé que saliendo de Claiser volvería a respirar. Pensé que descansaría de tanta presión, pero por el contrario cada día estoy peor, me siento naufragar y no estoy haciendo nada por salir a flote.

Llaman al timbre y estoy cerca de la puerta de entrada, me quedo petrificada, intento no hacer ruido, entonces veo como una hoja de papel pasa por debajo de mi puerta. Espero a que mi visita se haya marchado y me agacho a coger la nota.

Hola Daniela,

Estoy preocupado por ti, hace muchos días que intento contactar contigo, pero no abres la puerta y no contestas mis llamadas. Lobita, sé que estás en casa, no quiero parecer un acosador, pero vivo debajo y obviamente te oigo, lo sé, estoy pareciendo lo que no pretendo.

Solo quiero que sepas que no estás sola, que sé lo que ha pasado y si necesitas un amigo que te intoxique con comida basura aquí me tienes.

Un abrazo,

Leo

La nota de Leo me arranca una leve sonrisa, quizás el contacto con una pequeña parte del mundo me ayude a salir de esta espiral en dónde me he metido yo solita.

Por primera vez en varios días me doy un baño, creo que jamás había salido el agua tan sucia. Me visto con ropa cómoda, me maquillo un poco, lo suficiente para borrar lo demacrado de mi cara. Respiro hondo y bajo la planta que me separa del apartamento de Leo. Presiono el timbre con timidez, no hay respuesta. Espero un par de minutos y vuelvo a llamar, pero no hay suerte, quizás sea lo mejor.

Cuando estoy a punto de abandonar, Leo sale del ascensor.

—Hola. —saludo tímidamente.

—Hola Lobita, ya pensaba que te habías desintegrado y habías salido volando.

—Ya me gustaría Leo, pero no, aquí estoy, entera.

—Bueno, no sé yo, falta al menos un cuarto de Daniela.

Lo sé, he adelgazado mucho estos días, pero prefiero no darle explicaciones.

—¿Quieres pasar? —me pregunta frunciendo el ceño.

—Pues, no sé si es buena idea, no soy una grata compañía ahora mismo.

—Tú siempre eres bienvenida, para las risas y los llantos.

—No seas trágico Leo, no tengo ganas de remover el asunto.

—Se dice remover la mierda Daniela, no te cortes.

Pongo los ojos en blanco y acepto su invitación.

El apartamento de Leo no es como me lo imaginaba, parece decorado por una mujer, pero teniendo en cuenta que él acaba de alquilar el piso amueblado, no me parece raro.

—Ponte cómoda, yo me voy a dar una ducha, vengo de correr y ya sabes.

Me quedo en el sofá mirando la estancia; el salón de Leo no tiene nada que ver con el mío, el espacio es el mismo, pero el suyo es más acogedor, yo creo que pequé demasiado de minimalista cuando decoré mi apartamento.

En la estancia dominan los tonos blancos y arena, con detalles de color azul, es como un ambiente marinero, pero decorado con buen gusto. Siempre me ha llamado la atención este estilo, pero jamás lo he aplicado en mi casa.

Leo vuelve de la ducha, lleva ropa deportiva que huele a limpio y su pelo mojado y despeinado le da un aire juvenil. La verdad es que se conserva muy bien para la edad que tiene, podría pasar perfectamente por un recién entrado en la treintena.

—¿Te gusta el sushi? —pregunta enérgico.

—Me encanta.

—¿Qué te parece si pedimos?

—Siempre que no sea de segunda mano, me parece bien. —digo guiñándole

un ojo, ambos nos reímos.

Leo hace el pedido y mientras esperamos que nos traigan la cena me explica lo que ha hecho estos días, no me ha preguntado por mi dimisión en Claiser, cosa que agradezco. Él me explica que ha aceptado un puesto en un bufete de abogados de Tarragona, dice que son muy majos y que precisan una contable. Yo le digo que necesito un poco de tiempo, pero que quizás me pueda interesar, esto lo digo con la boca pequeña, sí que me interesa, pero todavía no me veo capaz de volver a trabajar.

—Te iría bien, y además, echo de menos tus tacones.

No puedo evitar reírme.

—En serio, son como la televisión en una casa, que aunque no la veas, siempre tiene que estar encendida para sentirte acompañado.

—Curiosa comparación. —digo divertida.

—Ves, ahora sí, me gusta cuando sonrías.

Entonces pienso en mis dientes ligeramente torcidos, siempre me ha acomplejado que me vean sonreír, suelo taparme con disimulo la boca, pero hoy no lo he hecho.

Intento cambiar de tema cuando veo a Leo mirarme profundamente, tanto que parece agujerear mi alma y saber todo lo que guardo en mi interior. De pronto suena el timbre, sin duda, salvada por la campana.

La velada es de lo más divertida; suelo ser una persona muy correcta a la hora de comer, pero hay algo que me vuelve loca y hace que me transforme en una máquina de engullir, me fascina el sushi. Por suerte, a Leo le gusta tanto o más que a mí; por lo que durante la comida prácticamente no hablamos, hasta que nos miramos el uno al otro y no podemos evitar partirnos de la risa. El *wasabi* casi se me sale por la nariz.

—Pareces un gorrino.

—Dijo la gorrina.

—Anda calla tonto. —le digo coqueta, y luego cambio la expresión en seco.

—¿Y esa cara?

—Nada, no es nada, sigue comiendo.

Leo me mira y sonrío levemente, intenta hacer ver que no le importa mi cambio de actitud. Pero no cuela, disimula muy mal. Tengo que parar, creo que se está haciendo ilusiones conmigo y yo sigo sin entender muchas cosas, no estoy preparada para una relación. Aunque quizás me esté haciendo una película y Leo solo quiera ser mi amigo. Mientras sigo en mis cavilaciones él me interrumpe.

—Daniela, no sé si es el momento adecuado, pero tengo que hablar contigo.

No, no, por favor, me lo va a decir, me va a decir que le gusto, no puedo permitirlo, lo estropeará todo.

—No, Leo, mejor no me digas nada, mejor dejamos las cosas así como están.

—Pero Daniela, necesito decírtelo, no es justo seguir callando.

—Que no Leo, que no quiero saber nada, no lo estropees. —digo enfadada mientras me levanto del sofá y salgo como alma que lleva el diablo del apartamento de Leo.

No le he dado ni la opción de hablar, sé que quería decírmelo. Que le gusto, que quiere empezar algo conmigo, pero no puedo, la sombra de Júpiter es demasiado alargada y todavía me tiene atrapada.

CAPÍTULO 26

Hacía mucho tiempo que no corría, hace años solía hacer deporte, pero en los últimos tiempos no he podido ni si quiera planteármelo. Estaba cansada de pasarme en casa todo el día sin hacer nada más que limpiar y pensar cíclicamente. Por eso esta mañana me levanté temprano y empecé a andar, cada vez más rápido, hasta que acabé corriendo.

Cuando volvía a casa me he cruzado con Leo, se me había olvidado que él también corría hasta La Pineda. Creo que no se ha dado cuenta de que era yo, por suerte. Parecía distraído.

No me siento orgullosa de mi comportamiento de anoche, pero quizás sea lo mejor, he de poner distancia entre los dos.

Cuando llego a casa el teléfono fijo está sonando, entonces recuerdo que tengo el móvil apagado hace unos días.

—¿Sí?

—Por fin, me tenías preocupada. —dice Elia exagerando como ella acostumbra.

Elia y yo nos podemos enfadar, decirnos de todo, pero siempre se nos olvida al momento, muchas veces he sido muy dura con ella, ella también conmigo, pero nos queremos y con ella no hay rencor.

—Estoy de una pieza, ya ves.

—Pues no me lo creo hasta que no lo vea con mis propios ojos.

—Estoy bien pesada, ya te lo he dicho. —digo haciendo notar que me agobia.

—Estoy aquí abajo, llamo a tu timbre, pero no me contestas y sé que estás ahí, te he visto cerrar las cortinas.

—El timbre está estropeado, ahora te abro.

Miento, lo desconecté, en mi afán por estar sola, me he aislado del mundo.

Segundos después tengo a Eli, Natalia y a Teo en el salón, este último se ve apesadumbrado.

—Hola. —saludo tímidamente.

—Daniela, es que no puedo esperar, el día que te fuiste me comporté como un energúmeno, lo siento, había tenido un mal día y lo pagué contigo. —Para mi sorpresa, Teo se pone frente a mí como un ciclón y suelta todo eso sin respirar.

—Tranquilo Teo, sé que me marché de malas maneras, pero tenía que hacerlo. ¿Y vosotros qué tal, cómo fue?

—Nosotros, ahí seguimos. —dice Natalia mientras abro los ojos más de lo normal.

—¿Y cómo va?

—Tirando, la arpía ha vuelto a ocupar tu puesto y se ha prometido con Carlos, no veas la que montaron, ahí delante de toda la oficina brindando con cava y todo. Carlos dijo que era la mujer de su vida. —explica Elia.

Por mi parte mi cabeza se pone en marcha, y de pronto algo en mi cerebro se activa, es como un clic que me dice «Un momento, ¿pero Carlos no iba a cerrar la empresa y a despedir a todo bicho viviente?»

Sabía que algo olía mal en Claiser, y ahora empiezo a pensar que he caído en una trampa como la más tonta de las pardillas.

—Pero a ver... ¿La empresa sigue adelante?, Carlos me dijo que Claiser estaba en concurso de acreedores.

—Sí Daniela y además, el seguro va a cubrir todos los desperfectos de la nave, no nos han dicho nada de ningún concurso. —dice Natalia.

De pronto todo me da vueltas, Carlos lo tramó todo para quitarme de en medio, y lo consiguió porque me fui voluntariamente sin indemnización para que mis compañeros pudieran cobrar algo aunque sea. Mi indemnización hubiera sido la más cuantiosa, he sido víctima de un engaño y no me he dado

ni cuenta.

En teoría la nave no tenía seguro, no se había pagado por ninguna de las cuentas que tiene la empresa, pero ¿quién me dice a mí que no había alguna cuenta más que yo desconocía? Una dónde está todo el dinero que supuestamente nos habían robado los señores Lin, una que tiene todo el dinero que falta en Claiser, el destrozo en la nave, no, todo lo ha hecho él, los señores Lin han estafado a mucha gente, pero puede que Carlos se diese cuenta de qué iban y aprovechara el tirón para decir que habían sido ellos los que robaron el dinero de Claiser y no él mismo. Yo nunca vi la supuesta cuenta del banco Lin, solo una hoja de papel con los datos de la misma el día que Carlos me llamó al despacho, dios mío, la estafada he sido yo y nadie más que yo.

Mis tres amigos permanecen un rato más conmigo, lo suficiente para tomarse un café y charlar de nuestras cosas. Yo estoy ausente y ellos lo notan, no les digo nada de lo que he descubierto, pero me notan rara y me preguntan. Cuando siento que necesito quedarme sola me disculpo inventándome un supuesto dolor de cabeza, ellos dicen que me dejan tranquila, pero que quieren quedar conmigo para comer un medio día como siempre solíamos hacer. Yo les digo que cuando quieran.

Cuando consigo que se marchen la ira se apodera de mí, me planto delante del espejo y empiezo a hablar delante del mismo, insulto, hago reproches, imagino que es con Carlos con quién estoy hablando, en un momento exclamo «¡Te voy a hundir, te voy a hundir cabrón!» mientras señalo con el dedo a mi propio reflejo, entonces es cuando pienso, «Daniela, estás desquiciada». Y así es como me siento, tonta y desquiciada, Carlos ha jugado conmigo como si de una marioneta se tratara.

Sin pensarlo mucho salgo de mi apartamento dando un portazo y bajo una planta, respiro hondo y pulso el timbre.

—Lobita, ¿qué te ha pasado?, pareces asustada.

—¿Puedo pasar?

Entramos en el apartamento y le explico a Leo lo que he averiguado atando cabos.

—Por eso no encontré documentación del banco Lin en la empresa, intenté hablar con Carlos la mañana que me despidió, le hice varias preguntas y se

mostró nervioso, pero no le di importancia, aunque me chocó su comportamiento. Luego cambió de tema radicalmente y dijo que me despedía porque no daba la talla, así mismo me lo soltó, «Leo, me parece que te falta experiencia, Daniela me ha fallado esta vez, no das la talla, estás despedido».
—dice Leo imitando la prepotencia de Carlos.

—Es un energúmeno, pero esto no quedará así, Leo, necesito un abogado, ¿me ayudas a desenmascarar al sieso de Carlos?

—Con mucho gusto, no sabes las ganas que le tengo.

—Créeme, no más que yo.

Y ambos nos sonreímos maliciosamente.

CAPÍTULO 27

La vida me ha enseñado que lo que no consigas con esfuerzo y dedicación es menos valorado y más fácil de perder. Carlos consiguió así llegar a presidente de Claiser, la empresa que fundó su padre.

Camino por el largo pasillo de Claiser, a mi izquierda como siempre la jungla de cubículos, al otro lado, las amplias oficinas de los directivos, piso fuerte como siempre. Mi taconeo despierta las miradas del personal confinado en los pequeños zulos, Teo y Eli me observan con los ojos como platos, los saludo y les hago un gesto para tranquilizarlos, deben pensar que vengo a montársela a Carlos y no están del todo equivocados. Por pura casualidad hoy llevo el mismo traje de chaqueta blanco que utilicé el día que salí del psiquiátrico y Carlos vino a buscarme. Me he recogido el pelo en uno de mis antiguos moños estirados; voy vestida para matar, soy como la reina del ajedrez, tan fuerte, tan versátil, pero que puede ser comida como el resto de piezas del tablero y perder su poder al instante.

Paso por delante de mi antiguo despacho, el cartelito de María García clava un puñal en mi pecho, pero sigo adelante, prefiero no verle la cara a esa arpía compinche del mal nacido de Carlos.

—Hola Natalia.

—Hola Daniela, ¿qué tal?, dime ¿en qué puedo ayudarte? —Y seguidamente me hace un gesto con la mirada, la arpía de María está detrás de mí.

—¿Qué haces aquí? —pregunta con prepotencia.

—No es asunto tuyo. —contesto sin girarme siquiera a ver su cara.

—Todo lo que concierne a mi prometido —dice recalcando las dos últimas palabras y luego añade—, me concierne y no sabes cuánto.

—Vale, enhorabuena, ahora ya no se la tendrás que chupar a escondidas, lo podrás hacer en público.

—Estúpida, siempre has sido una estúpida, mucha prepotencia, mucho mirar por encima del hombro, te crees muy lista, pero a la hora de la verdad eres una pardilla, solo eres fachada «Daniela loba herida».

—Quizás no sea tan tonta como crees, «María la chupóptera».

Me giro por fin y la miro a los ojos, mi mirada es tan intensa que no queda de otra que apartarse, sabe que no saldrá bien parada si nos enfrentamos.

—Natalia, dile a Carlos que estoy aquí y que quiero hablar con él.

Natalia llama a Carlos, pero él le dice que no puede atenderme.

—Lo siento Daniela, el señor Claiser no puede atenderte ahora. —se excusa Natalia con la disculpa instalada en su semblante, le hago un gesto de complicidad, «No te preocupes Natalia, te entiendo» quiero transmitirle, y ella lo pilló a la primera.

—Bueno, como no admito un no por respuesta, dile a tu jefe lo siguiente, dile que tengo información importante sobre la estafa de los señores Lin y del atentado contra la nave, dile que por la cuenta que le trae es mejor que me atienda.

Natalia vuelve a llamar a Carlos y ella intenta disculparse con él, ya que éste la regaña por llamarlo dos veces para lo mismo. En cuanto le transmite lo que le he dicho, me deja pasar al instante.

—Hola Carlos.

—Hola Daniela, tú dirás.

—No Carlos, dime tú, yo ya lo sé todo, ahora creo que merezco cuando menos una explicación, ¿o no?

—¿Quién te lo ha dicho?

—Ah, ¿qué pensabas que me lo tenía que decir alguien?, puede que yo sea una pardilla Carlos, pero hasta atar cabos llevo.

—Vale, ¿qué sabes?

—Ya te lo he dicho; todo, y, si no quieres que te llene esto de policía en menos que canta un gallo mejor que me des lo que te pida, solo tengo que

hacer una llamada, mi abogado está apostado delante de comisaría, una llamada Carlos y te hundo de por vida, incluso irías a un calabozo de verdad, con policías de verdad, porque Carlos, sé que contrataste hombres disfrazados de policía para que hicieran el paripé de tu detención, sé que jamás la empresa fue estafada por los señores Lin, que lo hicieron en otras empresas, pero en esta no, te diste cuenta del engaño y decidiste aprovechar para desviar fondos, pero sabes Carlos, no te ha salido bien, yo sé la verdad. También sé que tú ordenaste que asaltaran la nave, sé que el seguro está pagado en efectivo por cierto y la persona que lo hizo es tu nueva novia, María García, hay grabaciones del día que efectuó el pago, pobrecita, no sabe que ella sola se ha metido en la boca del lobo.

—¿Y qué quieres si se puede saber?

—Mi indemnización, hasta el último euro y una explicación, un por qué, algo que me convenza de no denunciarte por estafador.

—Bueno, no pides demasiado.

—Entonces, ¿por qué hiciste todo ese paripé para que me fuera?, podrías haberme despedido y punto.

—La vida no siempre es un camino de rosas Daniela, tú eso lo sabes muy bien, en ocasiones hay que sacrificar a la reina para ganar la partida.

—¿Esos son tus motivos?, ¿comparas la guarrada que me has hecho con una partida de ajedrez?

—No Daniela, simplemente no quiero tenerte cerca, tú no te ibas a marchar si seguías en la cresta de la ola, te intenté asustar con algunas aguadillas, pero tuve que optar por ahogarte para que salieras despavorida, y no me equivoqué, te marchaste.

—Desde luego Carlos Claiser, eres el ser más rastroso que se ha cruzado en mi camino en la vida.

—Daniela, déjalo ya, ¿qué quieres, tu indemnización?, pues la tendrás, de hecho, tienes mucho más y dices que vas a hundirme, venga, llama a la policía, estarán encantados de descubrir que mi directora financiera robó todo el dinero de la empresa y que actualmente está en un paraíso fiscal a nombre de una empresa ficticia donde figura como única administradora.

Me quedo petrificada y mi cerebro comienza a conectar pensamientos, ¿está de farol?, no puede ser, no ha podido llevar hasta esos extremos su locura.

—No te creo. —no se me ocurre nada más que decirle, por lo que digo lo primero que me pasa por la cabeza.

—Compruébalo tú misma. —y me lanza varios documentos a nombre de Daniela Wolf.

Entonces la risa se apodera de mí, las carcajadas más fuertes que he soltado en mi vida.

—Carlos, Daniela Wolf no existe, no tienes nada contra mí, si te pensabas que con eso me ibas a desarmar, te has equivocado y sabes una cosa, quizás habrás podido jugar con Daniela Wolf, pero con Daniela Lobato no juega nadie. —espeto sin parar de reír y señalándolo con un dedo inquisidor.

De pronto un clic me corta la risa en seco y me congela el alma, Carlos me está apuntando con una pistola.

—Te crees muy lista zorra, ¿verdad?

No contesto, no puedo articular palabra. Mi vida pasa en segundos por mi mente, todo, desde que era una niña hasta mis momentos con Júpiter, de pronto lo veo, es él, Leo. Dicen que cuando te ves al límite te das cuenta de a quienes de verdad quieres, la imagen de Leo queda congelada en mi mente y de pronto se materializa en el despacho.

—¡¡Policía suelte el arma!! —exclama un policía que irrumpe en el despacho con varios más de sus compañeros y Leo que me observa con la cara desencajada.

—No voy a soltar el arma, voy a matar a esa zorra y a su lacayo.

—¡No haga tonterías o tendremos que disparar! —exclama el policía en tono autoritario.

—Salgan de aquí, o ¿es qué acaso no saben quién soy?

—Sí, el niño bonito de Claiser, pero esta vez no le salvará la mano de su padre, es más no habrá ser humano con dinero o sin él que pueda librarle esta vez de ir a la cárcel.

—Yo no voy a ir a la cárcel, no sea estúpido.

—Se lo digo por última vez, baje el arma.

Carlos suspira y levanta las manos con la pistola colgando de uno de sus dedos.

—Déjela en el suelo.

Carlos hace el gesto de agacharse, pero en lugar de eso coge la pistola firmemente en un gesto rápido y dispara hacia dónde estoy yo.

Entonces es cuando veo pasar mi vida más rápidamente que hace unos minutos, la bala se dirige hacia mí lentamente, mi vida va a toda pastilla, siento que es el final, que no lo voy a contar, que una bala entrará en mi corazón y me lo partirá del todo, no puedo irme todavía, hay muchas cosas que no he hecho y que no pueden quedar pendientes, no quiero ser un alma en pena.

De pronto un enorme empujón me saca de golpe y porrazo de mi muerte anunciada. Lo último que veo son unos ojos color caramelo.

Tiros y más tiros, estoy en el suelo contra una pared, alguien me cubre, es Leo que parece no moverse, no puede ser él no, no ahora que me he dado cuenta de que estoy enamorada de él.

Carlos ha sido abatido, los policías se hallan de pie rodeando todo el despacho, me incorporo y veo a Leo que sangra. Es su espalda, Carlos le ha dado con esa bala fugitiva que iba a por mí. Leo ha dado su vida por salvar la mía.

—¡¡Leo!! —grito con todas mis fuerzas.

CAPÍTULO 28

24 horas antes

—¿Estás segura de querer hacerlo Daniela?

—Nunca he estado más segura de algo en mi vida Leo.

—Me da miedo de que entres ahí sola.

—Estaréis en la planta inferior, llevaré micrófonos y una cámara oculta, si la cosa se pone fea podréis llegar en menos de un minuto.

—En un minuto pueden pasar muchas cosas Daniela, y no quiero perderte, no ahora.

Durante las últimas dos semanas Leo y yo hemos investigado a Carlos Claiser a fondo, lo que no sabía es que él fuera un magnífico detective, hemos descubierto toda la trama, más bien hemos comprobado mi descubrimiento punto por punto y todo, absolutamente todo lo que pensé, que bien podrían haber sido conjeturas mías, todo era cierto, y como ya me lo esperaba no me sorprendí.

Teníamos la libertad de Carlos en nuestras manos, solo había que demostrárselo a la policía, debían hacernos caso, pero no nos engañemos, es Carlos Claiser, sí, en apariencia un hijo de un importante empresario de la ciudad, pero también nieto de un alto cargo militar que en su día tuvo mucho peso, sobrino de policías, pero de altos mandos. Por lo pronto según quién nos atendiera podría poner sobre aviso a los familiares de Carlos y chafarnos el plan. Pero debíamos contar lo que sabíamos, teníamos que hacer justicia.

Nos presentamos en comisaría, Leo, al llevar tan poco tiempo en Tarragona no conocía a nadie, explicamos el caso, en principio, pensé que nos iban a echar de allí, pues nos atendió un hombre de poco más de cincuenta años que tenía pinta de conocer a la familia Claiser, al menos ese fue el pensamiento absurdo que se me cruzó por la mente en esos momentos, Leo apretó mi mano para transmitirme seguridad. Lo agradecí acariciando la suya.

Nos hicieron pasar a un pequeño despacho y mostramos todas las pruebas que pudimos recopilar, pruebas documentales obtenidas de modo no muy lícito.

—Todo esto es una bomba. —dijo la inspectora Lidia Marín, alguien a quién debemos mucho, porque su compañero Gutierrez no hizo más que negar con la cabeza una y otra vez.

—No lo veo claro Marín, con esto no podemos detener a Claiser.

—Pero, este hombre está intentando estafar al seguro, ha engañado a esta mujer y ha hecho creer a todo el mundo que fue víctima del matrimonio Lin, aquí está todo.

—Necesitamos algo más, al fin y al cabo esto son documentos fotocopiados, ¿Cómo sabemos que son reales?, necesitamos algo más Lidia.

—Hay una manera, pero ello implicaría su colaboración Señora Lobato.

—Para destapar la verdad, lo que haga falta. —dije con firmeza.

—Le toca demasiado de cerca, no se ofenda señora Lobato, pero la veo a usted demasiado indignada. —añadió Gutierrez.

—Gutierrez, no podemos pasar por alto este asunto, es muy grave, siempre podemos estar cerca...

—No, Marín, si es lo que estoy pensando la respuesta es no, mira haz lo que quieras, pero yo me lavo las manos. —increpó Gutierrez.

Y al final, Marín se llevó el gato al agua y se inició la operación «Señor Limpio», sí, curioso nombre para una operación policial, pero al fin y al cabo Claiser es una empresa de productos de limpieza al por mayor.

Cuando salimos de comisaría íbamos partiéndonos de la risa Leo y yo, menudo par de policías cachondos, lo normal hubiera sido que no fuésemos partícipes de su intercambio de impresiones, pero ahí estábamos, mirando a ambos lados como si de un partido de tenis se tratara, poco después supimos que Gutierrez y Marín son matrimonio, increíble pero cierto.

Tras varias reuniones con la policía, un pequeño «entrenamiento» y miles de consejos de seguridad, mañana es el día. Iré a Claiser aparentemente sola, la policía estará en la planta de abajo, en un piso en el que no vive nadie y por

suerte se ha podido contactar con los dueños que amablemente han colaborado, creo que le tienen ganas a Carlos, tiempo atrás cuando vivían en el piso los dos ancianos y Carlos tuvieron un rifirrafe a causa de unas goteras.

Tendré que hacer que Carlos confiese, espero poder conseguirlo, aunque no puedo negar que tengo miedo, hace mucho tiempo que dejé de confiar en mi antiguo prometido. Carlos tiene de guapo lo que de imprevisible, demasiado.

Como necesito relajarme y no pensar en el día de mañana, invito a Leo a cenar en mi casa, prometí hacerle una buena cena y lo voy a cumplir.

Me paso toda la tarde preparando un solomillo Wellington, por regla general, me sale muy bien, pero en alguna ocasión no ha sido el caso y no quiero que hoy sea uno de esos días tontos en los que la comida me sale fatal, se me quema, me equivoco y le pongo azúcar o cualquiera de mis despistes culinarios. Sí, Daniela la perfecta cocinera muy bien pero hay veces en que las lentejas se le pegan.

Podría haber cocinado un postre sofisticado, algo que dejara de piedra a Leo, pero he hecho arroz con leche y me ha salido delicioso.

Un buen vino, un vestido cómodo pero bonito, el timbre suena y un Leo recién duchado, en tejanos y camiseta hace que algo cobre vida en mi interior. Eli diría «Daniela, ese tío te pone, dile que te saque las telarañas del chichi», al recordarlo no puedo evitar soltar una risita tonta.

—¿Te ríes de mí, Lobita? —pregunta Leo levantando una ceja.

—No, cosas de Eli, que no le gustan las arañas. —Creo que acabo de soltar la tontería del día y Leo tiene ahora las dos cejas en el cogote.

La cena va genial, Leo está pletórico, acostumbrado a las latas y los congelados, esto le parece un manjar de los dioses.

—¿Puedo felicitar a la cocinera? —pregunta guiñándome un ojo.

—No es para tanto, solo son dos cositas medio improvisadas.

—Venga ya Daniela, que eres digna de concursar en «Master Chef» y llevarte el primer premio.

—Exagerado.

—Qué va, qué va, y para mostrarte lo satisfecho que estoy —dice acercándose a mí un poco demasiado, más de lo correcto y menos de lo que deseo en realidad —, te voy a dar una gratificación.

Se acerca a mí hasta quedar completamente pegado, mi corazón va a más de mil por hora. Tengo un angelito que me suplica que lo aleje de mí, y un diablo que se desdobra cada segundo creando una nueva copia de sí mismo. Cuando tengo ya cuatro diablos en un hombro no soy capaz de parar. «Bésalo, lo estás deseando». De pronto uno de los diablos tiene la cara de Eli, «no por Dios, Eli, sal de mis momentos eróticos». «Fuera telarañas, fuera telarañas», reivindica como si estuviera en una manifestación. Vuelvo a la realidad y los penetrantes ojos de Leo clavan dos dardos dañinos en mis pupilas. Tres, dos, uno... me separo.

El diablo con la cara de mi amiga me hace un corte de manga y se esfuma.

Leo cambia su semblante, intenta disimular, pero creo que se siente violento.

—Lo siento Leo, pero es que, no estoy preparada para una relación.

—Daniela, solo quiero conocerte, que me des esa oportunidad. Podría decirte que me da igual, que no pasa nada y realmente, yo no quiero presionarte, por lo que si no quieres nada conmigo, lo entenderé, pero si hay alguna posibilidad, y solo necesitas tiempo, quiero que sepas que esperaré lo que haga falta. Eso sí, si me vas a poner en la zona de amigo del alma y luego voy a tener que escuchar tus amoríos con otros, dímelo Lobita, esa es la peor tortura a la que podrías someterme.

Suspiro y pienso, me ha hablado claro, no es justo que lo ande mareando. Sé que siento algo por él, que lo que siento no es solo amistad, sería incapaz de hacerle eso, de ponerlo en la zona de amigo. Pero hay cosas que me frenan, la historia con Júpiter imaginaria o no, me caló hondo, tanto que siento que lo traiciono si empiezo algo con otra persona.

—Lobita, me encantas, me enamora todo de ti. Tu fuerza, tu sonrisa, tus desplantes, tu taconeo sexi, tu interior sensible que escondes en vano, tu aroma, ese mechón que se te cae continuamente y te sitúas detrás de la oreja, tu manera de morder los lápices, los bolis y todo lo que sirve para escribir, todo, absolutamente todo, me pareces la mujer más preciosa de la tierra.

Abro los ojos como platos, no me ha dicho nada de que soy implacable y bla bla bla...

Me emociono sin poderlo evitar, y una lagrimilla furtiva se escapa de la prisión de mis ojos.

Leo se acerca de nuevo. Otra vez mi corazón late con la fuerza del galope, pero esta vez no pienso, solo me dejo besar y Leo me besa, tierno, intenso, sensual y cálido. Nos fundimos en un abrazo, no quiero que me suelte, solo quiero más.

Me despierto, tengo frío, no por favor, otra vez no, no puede volver a pasarme, con Leo no, toco el bulto que duerme a mi lado, que no sean escombros por favor, que la colcha no sea un plástico de una obra. No, es un cuerpo, respira y yo suspiro aliviada. Lo abrazo, se gira. No, es Carlos, grito, grito con todas mis fuerzas.

—Daniela, tranquila, despierta. —la mirada de Leo me hace la mujer más feliz del mundo.

—Leo, eres tú, eres tú. —y me abalanzo sobre él, abrazándolo tan fuerte que creo que lo voy a asfixiar.

—¿Has tenido una pesadilla, no?

—Sí, una horrible.

—Debió de serlo, no hacías más que decir, Carlos «no, no quiero plásticos ni escombros, Carlos fuera».

Cambio de tema, mi pesadilla ha sido muy dura, pero por suerte solo ha sido eso, una pesadilla.

—¿Qué quieres desayunar? —pregunto enérgica.

—¿Bufé libre en la madriguera de la loba?

—No tonto —me río, y pienso que hablo como una cursi de esas que no me gustan—, voy a hacer tostadas con mantequilla y mermelada.

—Daniela, no quiero ser maleducado, pero, es que, odio la mantequilla a muerte, ¿tienes Cacao en polvo y leche fría?

—¿Cacao?, no me lo digas, quieres también las tostadas con crema de

avellanas... —digo divertida.

—Sí Lobita, tengo cuarenta años; pero no pierdo la costumbre de cuando era un enano. —me dice poniendo los ojos del gatito de Shrek.

—Pues por suerte, de vez en cuando me doy un homenaje, me encanta ese desayuno, yo tomaré lo mismo.

Ambos nos reímos y me dispongo a hacer el desayuno ochentero que yo también tenía en mente, pero me daba vergüenza y le sugerí algo más «adulto».

—Yo me voy a duchar Daniela.

—Vale León, nos vemos ahora. —León, Lobita, la cosa va de animales salvajes.

Saco pan del congelador y lo meto en el micro, saco el bote de cacao en polvo del armario de la isla que tengo en la cocina. Pero cuando lo voy a abrir, la lata se me escurre de las manos como si tuviera vida propia, tras varios malabarismos, el polvo de cacao cae encima de la cartera de Leo que se halla en la encimera de la isla.

—Mierda, mierda, mierda...—digo en voz alta a la vez que cojo la cartera de Leo que está completamente cubierta de cacao en polvo.

Cojo papel de cocina y la voy limpiando, pero la parte interior también se ha llenado de cacao. No me gusta hacerlo, pero la abro, luego se lo explicaré, no creo que se enfade, aunque yo soy de esas personas celosas de mi intimidad hasta límites insospechados y a mí me daría rabia, pero no voy a dejar su documentación llena de cacao.

Abro la cartera con cuidado, voy limpiando poco a poco cada una de las tarjetas, su DNI, su permiso de conducir, y algunos *tickets* que tiene desde sabe dios cuanto tiempo. Cuando ya he terminado mi faena, cierro la cartera y la deposito encima de la isla.

Cuando voy a recoger el polvo del suelo con el aspirador de mano, veo un papel cubierto de cacao en el suelo, se ha debido caer de la cartera de Leo.

Lo cojo, parece una fotografía, retiro el cacao de la misma y el corazón se me para cuando veo a Leo junto a un hombre, éste le pasa un brazo por encima del hombro, no me lo puedo creer, es tan surrealista, tan difícil de creer. Miro

el fondo de la fotografía, están delante de un local, un local en construcción, unos operarios subidos a unas escaleras están colocando un cartel. Cartel en el que se puede leer claramente. «Café Canalla», porque el hombre que está junto a Leo, ese que lo tiene cogido por un hombro, ese, es quién tanto busqué, ese, es Júpiter.

CAPÍTULO 29

Leo entra en la cocina sonriente con el pelo mojado y despeinado, sí, está realmente guapo, pero ahora mismo es lo que menos me importa, mil ideas se atropellan entre ellas en mi cabeza. Intento serenarme, encontrar una explicación lógica a tal hallazgo, una excusa convincente, algo que haga que mi cerebro deje de malpensar. Me enciendo demasiado y no puedo pararme a mí misma.

—¿Quién eres Leo? —pregunto muy seria.

—¿Cómo dices? —pregunta divertido.

Le muestro la fotografía y Leo cambia su expresión burlona por una de sorpresa que me irrita en demasía.

—Más vale que tengas una buena explicación para esto. —increpo con seriedad y firmeza, odio decirlo, pero ahora mismo parezco mi madre.

—Daniela, no es lo que crees.

—¿Y cómo sabes lo que yo creo?

—No quería decir eso, Daniela, intenté decírtelo, pero no me quisiste escuchar.

—¿Decirme el qué Leo?, ¿qué te confabulaste con el tal Júpiter para reírte de mí?, ¿qué te hiciste el sorprendido con el título del libro a sabiendas de que conocías un lugar llamado Café Canalla?, ¿Qué clase de juego es este Leo?

—No Daniela, te equivocas, no es lo que piensas, de verdad.

—¡Ah, no!, pues sabes lo que te digo, que ahora lo veo todo claro, habéis jugado conmigo, tú y tu amiguito, dime, ¿dónde se esconde ese malnacido?, seguro que entre los dos urdisteis todo este montaje, ¿para qué? ¿Para volverme loca?

—Daniela no, te estás equivocando, deja que te explique.

—¡No hay explicación posible, vete, fuera de mi casa, no quiero volverte a ver en toda mi vida, lárgate!

—Pero Daniela...

—Ni Daniela ni leches, ¡¡fuera!! —le grito abriendo la puerta para que se vaya.

Leo agacha la cabeza y sale de mi casa, me mira a los ojos una última vez, niega con la cabeza y se va.

Dolida, rota por dentro y por fuera, no me lo puedo creer, he sido engañada de la manera más ruin, no me extrañaría nada que Carlos tuviera algo que ver. Estoy enfadada, dolida, me siento estafada y lo peor de todo es que había confiado en Leo, odio los sentimientos, odio darlo todo y encontrarme siempre con un jarro de agua fría que me despierta de la peor manera.

Miro mi reflejo en el espejo y pienso, esta vez no me hundiré, hoy tengo que ir a Claiser, ahora lo tengo más claro que nunca, Carlos no va a salir impune, lo voy a derrocar.

CAPÍTULO 30

La ambulancia no llega, Marín y Gutierrez me sujetan, no puedo dejar de llorar, quiero estar junto a Leo, pero me han obligado a marcharme del despacho de Carlos. Por fin ha llegado el personal sanitario. Pasa el tiempo lentamente, yo sigo llorando, quiero estar con él, Leo no puede estar muerto, cuando me hicieron salir, un policía le estaba haciendo un masaje cardíaco y el boca a boca. No sé si está vivo o muerto y ni siquiera he sido capaz de escuchar su explicación.

Quizás todo sea fruto de mi retorcida imaginación y Leo no se haya reído de mí, hay veces que he de reconocer que tienen razón cuando dicen de mí que soy implacable.

De pronto se abre la puerta del despacho, me levanto, Marín me intenta sujetar por el brazo, pero consigo zafarme de sus zarpas. Corro hacia la puerta, veo salir una camilla cubierta con esa especie de plástico plateado que le ponen encima a los muertos.

—¡¡Leo, Leo!! —grito con todas mis fuerzas.

—Señora, haga el favor de dejarnos trabajar y sálgase de en medio.

—Por favor, tengo que saber si está bien.

—Está muerto.

El portador de la camilla no ha tenido compasión conmigo, las palabras «está muerto» repiquetean mi cabeza una y otra vez en un bucle macabro.

Me desplomo, no puedo evitarlo, no puedo asumirlo, no puedo creerlo, Leo no, no puede estar muerto.

Abro los ojos, Marín me mira fijamente.

—Tranquila, relájate y duerme un rato, te vendrá bien.

—¿Dónde está?, ¿dónde está Leo?

—Daniela, tranquilízate.

—No puedo tranquilizarme Marín, no sabiendo que Leo está muerto.

—No niña, Leo está vivo, al que han sacado muerto ha sido a Carlos Claiser, Leo salió un par de minutos después, pero tú te habías desmayado, Leo está herido, pero fuera de peligro, consiguieron reanimarlo y no hace más que preguntar por ti, por lo que descansa un poco y podrás ir a verlo.

—¿Descansar?, no, descansar no. —Y me levanto de la camilla dónde estoy tumbada, al parecer a mí también me han traído al hospital. Me toco la ceja, tengo una gasa y noto un dolor palpitante en la misma, creo que al desmayarme me he debido de dar un buen porrazo.

Corro por el pasillo gritando.

—¡Leooooo!

Nadie contesta, corro más rápido, me quito los tacones y los tiro al suelo.

—¡Leooo! —repito.

Nadie contesta, eso sí todo al que me cruzo me mira como si estuviera loca.

—¡Leooooo! ¿Dónde estás?

—Lobita. —creo oír a lo lejos.

—Leo, voy Leo.

—Qué estoy aquí, que te has pasado de habitación. —dice Leo esforzándose porque lo oiga.

Reculo unos metros y en la habitación 213 lo veo, mirándome con una sonrisa algo forzada.

—Leo...

Me acerco a él y lo abrazo, él se queja por lo bajini, lo he apretado demasiado.

—Lobita, como me alegro de que estés bien.

—Y no sabes cuánto me alegro yo, creí que...

—Qué estaba muerto, lo sé, me lo dijo Gutierrez. Te vi cuando me llevaban al hospital, estabas en el suelo, tenías sangre en la frente, pensé que ese desgraciado te había dado a ti también.

—La última vez que te vi te estaban reanimando.

—Bueno, los leones también somos felinos, y ya sabes lo que dicen de los gatos, hoy gasté mi octava vida, todavía me quedan unas cuantas más, ya te dije que tenía un «bonus».

—Leo yo, espero que me disculpes, soy una bruta. —digo cambiando de tema radicalmente.

—Daniela, tenemos que hablar, quiero explicártelo todo.

—Ahora tienes que ponerte bien, ya habrá tiempo para explicaciones.

—No Daniela, tengo que contártelo, necesito que me escuches.

—No es el momento de verdad.

—Insisto.

Asiento con la cabeza, sea lo que sea que tenga que contarme será la explicación que llevo tanto tiempo esperando.

—Verás Daniela, hace unos años, monté un negocio con un socio. Era una ilusión que tenía desde que era un niño, más bien la ilusión de la mujer que me crió y que no pudo llegar a conocer el local para el que se pasó ahorrando toda su vida, esa mujer era mi abuela.

Mi socio, no era otro que mi hermano.

—¿Júpiter? —pregunto intrigada.

—No Daniela, escúchame, todo cobrará sentido enseguida.

—Vale...

—Mi hermano Alberto y yo montamos el Café Canalla, un lugar en el que se podía escuchar música en directo, monólogos, bailarines y cualquiera que quisiera darse a conocer, nosotros les dábamos la oportunidad y les pagábamos un porcentaje pactado de la recaudación. Y... —Leo suspira y prosigue—, todo fue muy bien durante algún tiempo, hasta que las cosas se

torcieron.

Yo me fui a Barcelona a estudiar la carrera y Alberto se quedó al mando. Él había tenido problemas con el consumo de drogas en el pasado, pero eso ya estaba superado, al menos eso era lo que él decía. En principio, lo creí, creí que decía la verdad, pero empezó a faltar el dinero en la empresa. Alberto no me dijo nada, cuando le preguntaba decía que había bajado la faena, que no venía tanta gente. Pero luego cuando yo me ocupaba del negocio los fines de semana, el local se llenaba. Me parecía raro que un negocio fructífero como era ese café hubiera descendido tanto y tan rápido.

Empecé a recibir llamadas, los proveedores se quejaban de que no estaban cobrando, se lo decía a mi hermano y él lo justificaba con pretextos. Que si un error del banco, que si el proveedor no lo había mirado bien, excusas, todo excusas.

Un día, entré en la parte trasera del local, ahí teníamos un pequeño apartamento que utilizábamos para descansar. En una mesa me encontré una bolsa de cocaína, una báscula y no quieras saber que más. Alberto estaba traficando y lo que es peor, había vuelto a consumir. Él lo disimulaba muy bien, ni cuenta me di, pero el dinero que faltaba en la empresa, es el que él utilizaba para comprar su mercancía, lo peor de todo, es que gran parte de lo que compraba se lo metía él y sus supuestos amigos.

El Café Canalla cayó en picado, los proveedores de confianza, dejaron de confiar y ya no nos servían. Mi hermano iba de mal en peor y su carácter afable dio la vuelta como un calcetín, se volvió un prepotente y un desquiciado.

Un día me llamaron de madrugada, habían encontrado el cuerpo de mi hermano, unos tíos le habían cosido a balazos debajo de un puente en la Vall de l'Arrabassada.

—Entonces... ¿Júpiter está muerto? —pregunto sin poder pestañear.

—Daniela, ten paciencia, todavía no he llegado a esa parte —susurra dulcemente—. Cerré el Café Canalla con todo el dolor de mi alma. Vendí el local a una chica que abrió un *pub* de salsa con unos familiares, no volví jamás a mi antiguo local, me dolía demasiado.

Pasaron los años y decidí hacer realidad otro de mis sueños, escribir un

libro. Tenía una idea que me rondaba por la cabeza. Quise escribir una historia de amor, de un amor imposible, puede parecerte gracioso, pero lo soñé, soñé con la historia y simplemente, la escribí.

El protagonista masculino, era él, Alberto, cuando estaba bien y no consumía. Era él, al menos en apariencia. Cuando escribes un libro es mucho más intensa la sensación de estar viviendo la historia que cuando lees, con la diferencia de que el escritor controla hacia dónde va la misma. Mi novela tiraba para donde ella quería, era como si tuviera vida propia y eso me pasó factura.

Para la protagonista me inspiré en una chica que me crucé un día por casualidad. Ella salía de su trabajo y yo me quedé prendado de ella nada más verla. Con su paso firme, su aparente rectitud, me pareció tan enigmática que tuve que preguntarle por ella a mi hermana. Sí, Daniela, esa chica que salía del Edificio Atlántico eras tú. No te conocía de nada, pero por alguna razón era como si pudiera mirar dentro de ti. Entonces fue cuando cree mi personaje a tu imagen y semejanza.

Mi novela viva me envolvió por completo, podía palpar la historia de amor entre Júpiter y Daniela, era como si me ausentara de mi propio yo. El libro se escribía prácticamente solo, yo únicamente era el autómatas que tecleaba sin parar.

Pero empecé a sentir celos, celos de que fuese mi hermano y no yo de quién tú te hubieras enamorado; no pude soportarlo Daniela, porque Júpiter era solo un personaje de ficción, con el físico de Alberto y mi yo interior, no era real. Entonces decidí cortar por lo sano, acabar la historia de la manera más cruel.

—¿Me estás diciendo que al final todo fue una invención?, ¿qué Júpiter solo fue un personaje de ficción? No Leo, no sé a qué viene todo esto, pero yo sentí a ese hombre, lo sentí hasta lo más adentro de mí ser que se puede sentir a alguien.

—Daniela, el Júpiter que tú conociste no es real, es solo el físico de mi hermano Alberto; pero su carácter, su persona, no tienen nada que ver con lo que fue mi hermano, ¿o es que no te has dado cuenta?

—Yo, no estoy entendiendo nada, ¿y Natalia?, ¿sabía todo esto y no me dijo nada?

—No la tomes con ella, Natalia no tenía ni idea de que yo había escrito el libro, ató cabos, entre otras cosas porque el título no dejaba lugar a dudas. Ella es prudente, y primero me preguntó, es más, el mismo día que tú compraste mi novela, ella se la descargó por internet, la leyó durante la noche y al otro día me llamó. «¿Qué has hecho?», me dijo, y me explicó tu historia. No me lo pensé, decidí venir a vivir aquí, conseguí que me alquilaran un apartamento en tu edificio, sí, te puede parecer que estoy loco, pero quería que me conocieras, que te enamoras de mí por mi persona, no por un personaje de ficción.

—Me podrías haber dicho la verdad.

—¿Me hubieras creído?, yo creo que lo hubiera condicionado todo, y jamás te hubiera visto mirarme como cuando has visto que al final todo había quedado en un susto. No te hubiera visto amarme como la noche pasada, simplemente, nada de eso hubiese pasado.

—Dejaste que me derrumbara en la presentación de la novela, me viste sufrir, lo sabías todo y seguiste con tu farsa.

—Daniela, tenía que ser así, compréndeme, yo viví la misma confusión que tú, te amaba y sabía que existías, pero jamás había oído tu voz, solo te había visto caminar por la calle con paso firme y expresión seria. De repente me estaba enamorando de ti como un loco, cada página que escribía era una losa para mí, porque eras de otro, de otro que no existía, no era fácil.

—¿Y quién es Alberto J, J Alberto o cómo demonios se llame? ¿Y esa biografía de escritor de tu libro?

—Utilicé un seudónimo que significaba algo para mí, la biografía es ficción, fue cosa de la editorial. Pero todo eso es lo de menos, ya te he dicho que para mí no fue fácil.

—Leo yo estuve en un psiquiátrico, Carlos me internó allí, me tomó por loca, hasta yo misma llegué a pensar que estaba perdiendo la razón, tenía ausencias, aparecía en aquel lugar, con Júpiter, con alguien que ni siquiera era real, pero que ayer vi en una fotografía que tú tenías en tu cartera, eso sí que no es fácil Leo.

—Lo siento Lobita, nunca pensé la trascendencia que tendría escribir esa historia. Nunca quise hacerte daño.

—Puede ser, pero todo esto es más de lo que puedo asimilar. —digo sin poder aguantar un sollozo—, he de irme, necesito pensar.

Leo no dice nada, me mira fijamente, su voz se ha ido apagando a medida que contaba la historia, una historia desgarradora, por fin sé, que Júpiter nunca existió, que hubo un hombre con su físico, Alberto, el hermano de Leo, pero que no era como él, como mi Júpiter. Solo puedo sentirme estúpida.

Me decido a abandonar la habitación, siento tras de mí unos ojos que me miran intensamente, son los de Leo, el hombre al que amo, el creador del hombre que amé, ese que ni siquiera está vivo, y en caso de estarlo, no sería él.

CAPÍTULO 31

Y de nuevo sentada en la orilla del mar, no consigo dejar la mente en blanco, mi cabeza es como una olla a presión a punto de soltar vapor de un momento a otro. No entiendo como llegué a vivir lo que Leo escribió en ese libro. Sí, los lugares no eran los mismos, ni siquiera los personajes tenían nombre, eran Él y Ella, pero la historia era idéntica, tanto que pensé en todo momento que era Júpiter quien había escrito el libro, pensé que él existía, no quiero pensar más, pero es imposible, el asunto vuelve a mi cabeza una y otra vez. Incluso he olvidado el desagradable suceso de esta mañana en Claiser. La muerte de Carlos la he omitido de mis pensamientos, el hecho de que hayan detenido a María García por cómplice de Carlos también. Tengo que asumir que mi vida tiene que continuar, pero no creo que jamás llegue a olvidar, es imposible.

De pronto una voz conocida me saca de mi tumulto de pensamientos circulares.

—Daniela.

Me giro, la miro y vuelvo a mirar al mar, cojo una pequeña piedra y la tiro con saña a la orilla.

—Daniela, tenemos que hablar.

—¿De qué Natalia?, ¿de qué me engañaste?, ¿de qué hiciste ver que no sabías nada del Café Canalla, cuando era el negocio de tus hermanos? —digo enfadada.

—Solo fui prudente, tenía que constatar que eso lo había escrito mi hermano Leo, la intuición me decía que sí, pero preferí callar y leí el libro.

—Ya, pero luego lo averiguaste y no me dijiste nada.

—Le prometí a mi hermano que no lo haría.

—Los dos habéis jugado conmigo.

—No Daniela, te equivocas, callé porque sabía que cuando conocieras a mi hermano olvidarías a ese Júpiter de ficción.

—Yo amé a Júpiter, no sabes cómo lo amé.

—Y sigues amando a Júpiter Daniela, ¿o no te has dado cuenta de nada?, ¿no lo notas?, ¿no lo sientes?

—Yo, lo único que siento es que habéis jugado conmigo, que me habéis tratado como una panoli, que no quiero gente así a mi lado.

—Ya claro Daniela, huye; huye como haces siempre. Mucho taconeo, mucha pose de mujer dura, mucha prepotencia, sí Daniela, esa es la imagen que tratas de dar, la de una mujer de hielo, pero luego, te derrites al mínimo síntoma de calor, y cuando ves que eso pasa sales corriendo para seguir metida en tu gélida coraza.

—¿Cómo te atreves a decirme eso a mí?

—Sí, a ti Daniela, claro que te lo digo, y te duele, porque es la verdad y tú lo sabes, no estás acostumbrada a que te vean tal y como eres.

—Yo no soy así. —mascullo entre dientes.

—¿Ah, no?, entonces Daniela, dime cómo eres... o mejor ¿Quién eres Daniela Wolf?

—No tengo que decirte como soy, pensé que me apreciabas, que eras mi amiga.

—No Daniela, no lo era. No lo era y hablo en pasado, porque eras inaccesible, porque parecía que no existía nadie más en este mundo que tú, la abeja reina de Claiser, la intocable. Cuando mi hermano me preguntó por ti aquel día que vino a recogerme y tú pasaste por su lado, ¿sabes lo que le dije?

—Tanto me da lo que tú le dijeras.

—No Daniela, no creo que no te importe, es más, estás deseando que te lo diga, le dije textualmente. «¿Quién?, ¿ésa?, nadie, no te gustaría conocerla, créeme...». Nadie Daniela, eso le dije, porque realmente era lo que pensaba, para mí eras una mujer vacía, que salía con el jefecillo para llegar a lo más alto.

No puedo articular palabra, ya no puedo defenderme, Natalia me está clavando dardos envenenados en el corazón, no puedo seguir manteniendo la compostura, no puedo y las lágrimas comienzan a asomar por mis ojos.

Agacho la cabeza, sigo sin querer mostrar mis sentimientos, no puedo permitirme que me vean llorar, flaquear, no puedo sentirme tan vulnerable. Entonces viene a mi cabeza ese momento, me agarraron por las muñecas y por los tobillos, eran cuatro, intenté defenderme, pero no pude, me llevaron al lavabo, solo tenía doce años. Cerraron la puerta con pestillo, me metieron en una ducha, rasgaron mi ropa, me quedé desnuda, tenía miedo y frío, mucho frío. Me pegaron una paliza, se masturbaron y eyacularon en mi cara, «zorra» repetían, «¿A qué esperas? bébete la leche». Abrieron la ducha, el agua estaba helada, tanto que creo que fue entonces cuando se heló mi corazón. Lo cerré con candado, y decidí no volverlo a abrir jamás. Perdí el conocimiento.

Cuando me encontraron estaba totalmente amoratada, tras examinarme en el hospital le dijeron a mi madre que no me habían violado, pero mi cuerpo estaba tan magullado y fue tan brutal la agresión de esos cuatro cabrones que tardé varios meses en volver al colegio. Por suerte, a ellos los expulsaron y no volví a verlos jamás, ya que los metieron en el reformatorio, no era la primera vez que agredían a una niña, tras mi caso, dos chicas más confesaron su secreto mejor guardado. Agresiones que pasaron inadvertidas, pero que ayudaron a que los quitaran de en medio, de lo contrario jamás habría podido volver al colegio.

La agresión fue el final de varios años de calvario, jamás habían llegado tan lejos, pero hacía mucho tiempo que esos indeseables me hacían la vida imposible. Los profesores decían que eran cosas de críos, no hicieron nada, hasta que no les quedó de otra porque habían ido demasiado lejos y mi madre denunció. Entonces sí, le llamaban cosas de críos, hoy en día, se llama *bullyng*.

Cuando vuelvo al momento actual, Natalia me está abrazando, llora al igual que yo y me dice «Lo siento» una y otra vez, no estaba pensando para mis adentros, sin darme cuenta le acabo de contar la historia de mi tortuosa infancia a Natalia.

—Daniela, solo te he presionado para que reaccionaras, antes pensaba eso de ti, antes de conocerte, ahora no pienso así, eres una buena mujer y por eso

te quiero para mi hermano, Júpiter.

Abro los ojos como platos.

—Te he traído esto, toma. —Natalia pone en mis manos una llave de un coche antiguo.

—¿Vamos?, a qué esperas, ahí lo tienes aparcado. Pero dame las llaves de tu Mini o me voy a hinchar a andar y no tengo el mismo dominio que tú con los tacones. —dice cogiéndome la mano y estirando de mí para que me levante.

Entonces lo veo a lo lejos, no puede ser, es el Renault 4 de Júpiter. Poco a poco todo va tomando forma y ahora ese vehículo que creí que era una fantasía más.

—Ve Daniela, no dejes escapar ningún tren más en tu vida, no te cierres al amor. Mi hermano te quiere, y no es ningún personaje de ficción, es real. Sé que tú también lo quieres a él, y estoy segura de que no tienes que buscar más, no Daniela, no tienes que buscar más a tu amor de fantasía, porque siempre estuvo ahí, pensando en ti, dándole forma a una novela, sufriendo porque él mismo había hecho que te enamoraras de otro; otro que era ni más ni menos que él mismo, porque Daniela, mi hermano Leo, es Júpiter, es a él a quién mi abuela apodó de esa manera. Porque siempre estaba en las nubes, porque era un soñador. Mi otro hermano no era como él, también fue un buen chico, pero no tenía el alma de Leo, ni era el hombre de esa novela. Ve Daniela y no mires atrás. —Escucho a Natalia sin pestañear, Leo, mi Leo es Júpiter, ¿cómo no me he dado cuenta antes?, me pregunto, claro que es él, lo que me gustó de Júpiter fue su alma, su yo interno, su físico no fue lo que más me llamó la atención, por cómo era me enamoré de él, por cómo es Leo, mi amor.

Abrazo a Natalia y le doy un beso en la mejilla.

—Muchas gracias por abrirme los ojos, amiga. —digo sinceramente, las palabras de Natalia me han emocionado.

Me subo al coche de Júpiter, o Leo, qué más da. Pongo la radio, suena «Always Somewhere», de Scorpions, y no puedo más que emocionarme con la música, con la letra, sobre todo porque el estribillo le va al pelo a nuestra relación y una última frase, «Volveré para amarte otra vez», y eso es lo que ha pasado, Júpiter ha vuelto de la mejor manera, para que nos amemos por siempre y para siempre.

EPÍLOGO

Aparco a «Carraqueitor», acaricio su volante, jamás pensé que me alegraría tanto de estar dentro de esta máquina infernal. La primera vez que vi este coche me entró la risa, pero he de reconocer que funciona genial para la cantidad de años que debe tener esta cosa.

Corro por los pasillos del hospital, parece que cuanto más avanzo más largo es el camino, llego a la habitación, pero la cama de Leo está hecha y aunque intento mantener la calma no puedo.

De pronto entra una mujer en la estancia.

—Señora, no puede estar aquí. —me dice de mala manera.

—Disculpe, el chico que estaba aquí, Leo Casas, ¿Sabe dónde está?

—Si tuviera que saber dónde están todos los pacientes de este lugar me volvería loca, yo solo soy de la limpieza, pregunte en el mostrador.

Salgo de la habitación sin despedirme de la arpía limpiadora y ésta se queda refunfuñando por lo bajini. Me dirijo al mostrador y pregunto por Leo.

—El señor Casas, espere un segundo. —dice la administrativa mientras intenta localizar a Leo en el ordenador y luego añade—, no encuentro a nadie con ese apellido.

Me pongo roja como un tomate, creo que toda la sangre de mi cuerpo se agolpa en mis mejillas, otra vez no, por favor.

—Mire bien señorita, Leo Casas, cuarenta años, si quiere le doy hasta su talla de calzoncillos. —digo perdiendo la paciencia.

—No Lobita, no vayas dando mis datos personales íntimos por ahí mujer. —La voz de Leo y sus carcajadas hacen que mi corazón se calme, como si fuera una yegua a la que han gritado «¡So! caballo».

—Leo, estás bien. —digo emocionada y me arrojo literalmente en sus brazos.

—Claro que estoy bien preciosa, y ahora mejor en la nueva habitación, se rompió una tubería y la cosa no pintaba bien. —explica mientras intenta no reírse.

—Perdona por todo, por no darme cuenta antes, por haber sido tan tonta.

—No hay nada que perdonar, es todo muy surrealista, a según quien se lo contemos nos tomarán por locos —ríe y luego añade—, y es que es una locura, pero una locura con clase.

—Bésame Júpiter.

—¿Cómo?

—Lo sé todo, ya sabes, tu hada madrina.

—Natalia...

—La misma, por cierto he venido con Carraqueitor.

—Ese viejo trasto, ¿ha arrancado?

—Ya te digo y me ha traído hasta ti.

—Pues al final será verdad que funciona mejor que mi nuevo coche. Esta Natalia es terrible, pero sabes, me alegro de que todo se haya aclarado.

—¿Quieres dejar de hablar tanto? ¡Qué me des un beso! —nos reímos.

—No quiero.

—¿Cómo que no quieres?

—Porque yo no quiero darte un beso, quiero dártelos todos, porque no quiero un punto final, sino un principio, porque quiero que me quiten estas vendas y salir contigo de este sitio conduciendo mi viejo coche y perdernos en el lugar más bonito del mundo, porque te quiero Daniela Lobato, y lo que de verdad quiero que me respondas es a esta simple pregunta. ¿Quieres casarte conmigo?

Leo me acaba de dejar de piedra, no estoy en París, mi ropa está hecha un desastre, tengo arena por todas partes, mi pelo no está peinado a lo Audrey Hepburn, todo lo contrario, parezco la hermana pequeña de la Bruja Avería. Estamos en el mostrador de un hospital, delante de una administrativa que nos

observa curiosa, a la par que divertida. Entonces lo comprendo todo, no es importante el lugar, el lujo, la ropa cara, ni el restaurante más distinguido, lo importante es la persona que está a mi lado haciéndome esa petición sincera.

Pero, un momento, el miedo se apodera de mí, yo, casada, ya una vez me lo pidieron, Carlos, con el que todo había ido bien hasta ese momento. La petición de mano fue un antes y un después en nuestra relación, no quiero que pase lo mismo con Leo, no sé si debo prometerme con él, no quiero que esto cambie.

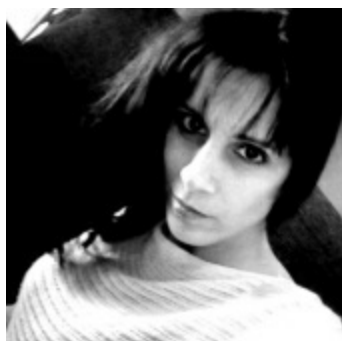
—Escúchame Daniela, mírame a los ojos, no te voy a prometer que jamás te haré daño, eso sería mentirte, no lo sé, al igual que tú no sabes si me lo harás a mí. Solo puedo decirte que trataré de que seas la mujer más feliz del mundo a mi lado, y sé que yo seré el hombre más dichoso contigo, no tengas miedo.

Solo él sabe ver dentro de mí, sabe lo que pasa por mi cabeza tan solo con mirarme, entonces clavo mis ojos en los suyos, y le contesto.

—Sí, Leo Júpiter, mi canalla, sí, me casaré contigo.

Y la chica de recepción, la arpía limpiadora con mal día y un celador que no tenía ni idea que estuviera delante de nosotros comienzan a aplaudir, mientras Leo y yo nos besamos apasionadamente.

Y el mundo me parece ahora un lugar perfecto donde vivir, con todas las injusticias que se producen, con todo lo que tenemos que sufrir los simples mortales, con esa ley de vida, venimos, ocupamos este mundo y luego nos vamos, dejando a nuestro paso una huella más o menos grande en el mundo. Yo encontré un amor de ficción en un lugar que bien podría haber estado en otra dimensión, un amor que llegó hasta a mí por medio de su imaginación, encontré el amor en el Café Canalla.



M.C. GÓMEZ

Maribel Caparrós Gómez

(Tarragona 1977)

Trabaja como contable en una pequeña empresa.

Sus pasiones son el dibujo y la música. Es DJ y productora de música electrónica *amateur*. En 2012 y casi por casualidad comenzó a escribir su primera novela, a partir de entonces no ha parado.

«Imperfecta Rara Avis» es su cuarta novela, una historia de amor diferente e inverosímil con tintes de misterio y no falta de giros inesperados que harán imposible separarse del libro hasta haberlo terminado.

Otros libros de la autora:

«Adyacente – La noche del cielo rojo» es su tercera novela. Con ella se revelan las incógnitas de «Subyacente-El Informe Alcatraz».

«Subyacente – El informe Alcatraz» llegó a ser número 1 en su categoría en amazon.com. Un *thriller* con toques de humor que estuvo en todo momento muy bien posicionado en el top 100 del Concurso Indie 2016 de Amazon.

AGRADECIMIENTOS

Una nueva aventura, otra historia que contar y llega el momento de escribir eso tan difícil, los agradecimientos. En fin, vamos a ello, pero primero he de comentar ciertos aspectos de este libro.

He escrito esta novela aprovechando los breves instantes que tengo para mí, y es que el ser madre de familia, mujer trabajadora y no poder vivir sin seguir aprendiendo hace que tengas que estirar el día, las horas, los minutos como chicles.

Con esta novela he querido contar una historia de amor diferente, en la que el bueno no es el más guapo, no es rico y mucho menos un hombre dominante que sobreprotege y controla a su víctima, sí, he dicho víctima. Estoy harta de libros románticos en los que el chulazo de turno se comporta de esa guisa con la mujer que supuestamente ama, sinceramente, me revuelven las tripas, porque de ese tipo de personas hay que huir, ya sean hombres, mujeres... porque esa lacra llamada violencia de género no solo afecta a mujeres, aunque por desgracia sí en su gran mayoría.

Los hechos y personajes de esta novela son ficticios, cualquier parecido con la realidad es mera casualidad. Hay lugares que de verdad existen en Tarragona, como el Edificio Atlántico, que es el edificio más alto de Tarragona, el Balcón Mediterráneo situado al final de La Rambla Nova, si vienes a Tarragona y no vas a «Tocar Ferro», es que no has estado en la misma. Las playas de l'Arrabassada y Llarga. La Vall de l'Arrabassada, en concreto el puente que describí en este lugar lo recuerdo de hace algunos años, acabé en él sin comerlo ni beberlo al igual que la protagonista de mi novela y junto a mi hermana, ese momento fue digno de película o novela de terror, lo juro. Me pareció un lugar misterioso, una posible puerta de entrada a otra dimensión, un ingrediente que sin duda he utilizado muchos años después.

Y bueno, agradecer a todas esas personas que le dan una oportunidad a mis novelas, mis lectores anónimos y conocidos, también le doy las gracias a mi familia, a mi pareja y mis hijas por todo lo que me aportan y su apoyo incondicional.

También quiero agradecer especialmente a una lectora cero de lujo, mi hermana la que se perdió conmigo en la Vall de l'Arrabassada, serás una

psicóloga de lujo, que nadie te diga lo contrario, ¡¡saca tripas!!

Y sobre todas las cosas gracias a la vida por hacerme feliz.

Sígueme en:

https://twitter.com/nalen_gomez

<https://www.facebook.com/MaribelCGomez/>

<https://nalengomez.wordpress.com>